

Francisco Javier Simonet

**LA MUJER
ARÁBIGO-HISPANA
Y OTROS ESTUDIOS
ANDALUSÍES**

CLÁSICOS DE HISTORIA 562

FRANCISCO JAVIER SIMONET

LA MUJER ARÁBIGO-HISPANA

Y OTROS ESTUDIOS ANDALUSÍES

La mujer árabigo-hispana (1891)

El Siglo de Oro de la literatura árabigo-española (1867)

Influencia del elemento indígena en la cultura de los moros de Granada (1894)

Biografía de Omar Ebn Hafsun (1860)

Caída del reino visigodo y conquista de España por los sarracenos (1893)

Prólogo a la traducción de La Croix et le Croissant, de G. Kruth (1895)

<https://www.cervantesvirtual.com/obras/autor/simonet-francisco-javier-1829-1897-11828>

CLÁSICOS DE HISTORIA 562

ÍNDICE

La mujer árabe-hispana.....	4
Memoria presentada al IX Congreso Internacional de Orientalistas celebrado en Londres en septiembre de 1891 Granada 1891	
El Siglo de Oro de la literatura árabe-española.....	15
Discurso leído ante el claustro de la Universidad Central en el solemne acto de recibir la investidura de Doctor en Filosofía y Letras. Granada 1867	
Influencia del elemento indígena en la cultura de los Moros de Granada....	38
Congreso Científico Internacional de los Católicos que se ha de celebrar en Bruselas en septiembre de este año Málaga 1894	
Biografía de Omar Ebn Hafsun.....	60
<i>Crónica de ambos Mundos</i> , número 5, 1 de julio de 1860	
Caída del reino visigodo y conquista de España por los sarracenos.....	69
<i>El Siglo Futuro</i> , del 14 al 25 de octubre de 1893	
Un Prólogo sobre El Islam y la esclavitud.....	83
Godofredo Kurth, <i>La Cruz y la Media Luna</i> , traducción de A. R. Castroviejo. Granada 1895	

LA MUJER ARÁBIGO-HISPANA

*Memoria presentada al IX Congreso Internacional de
Orientalistas celebrado en Londres en septiembre de 1891
Granada 1891*

Al estudiar la historia de nuestro país bajo la dominación sarracena, han notado algunos eruditos y críticos un fenómeno singular, y que ofrece patente contradicción con los principios sociales y religiosos que constituyen la civilización musulímica. Entre otros, el barón Adolfo Federico de Schack, en el capítulo V de su obra *De la poesía y del arte de los árabes en España y en Sicilia*¹, advirtió que las mujeres alcanzaron más libertad entre los mahometanos españoles que entre los orientales; y brillando por su ingenio y por su ilustración, gozaron de una estimación que jamás les tributó el Oriente musulmán. «Mientras que allí (añade), con raras excepciones, el amor se funda en la sensualidad, aquí arranca de una más profunda inclinación de las almas, y ennoblece las relaciones entre ambos sexos.» Y el orientalista Mr. Dugat², después de dar una breve noticia de varias literatas y poetisas árabe-hispanas, mencionadas por el historiador Almacarí, escribe lo siguiente: «Por estos detalles, aunque escasos y sumarios, sobre la cultura intelectual de la mujer, se comprenderá hasta qué punto de civilización habían llegado los árabes en España durante los siglos XI y XII.»

En efecto, a diferencia de las africanas y orientales, que rara vez lograron salir de la oscuridad y abyección a que las condenó el islamismo, las mujeres árabe-hispanas, triunfando con su saber y su discreción de las preocupaciones musulímicas, brillando con frecuencia como poetisas, como literatas y aun como princesas, supieron granjearse el amor y consideración de sus esposos, el respeto de sus hijos y grande influencia social. Y siendo indudable que el talento y el saber predominan entre los hombres más larga y felizmente que la fuerza y la tiranía, forzoso era que aquellas cualidades, reunidas en amable consorcio con el encanto y la dulzura, ejerciesen grande y provechoso influjo en la sociedad hispano-musulímica, prevaleciendo sobre la ferocidad árabe y berberisca.

Considerable en verdad y asombroso, tratándose de una sociedad pagana, es el número de mujeres distinguidas y famosas que registra la historia de la España sarracena. Allí, al par de *Azzahrá*, en cuyo obsequio el más insigne de los sultanes cordobeses construyó aquellos maravillosos alcázares que inmortalizaron su nombre; de *Çobh* (Aurora), mujer del califa Alhacám II; de *Romaiquía*, caprichosa y mimada consorte del emir sevillano Almotámid ben Abbad; de *Hobab*, esposa del emir almohade Almamon; de *Zoraya*, que avasalló al sultán granadino Muley Hasén, y de tantas otras que alcanzaron grande intervención en los negocios públicos, sobresale tal número de literatas, músicas, maestras y doctoras, que necesitaríamos muchísimas páginas para mencionar sus escritos, sus rasgos de ingenio, sus triunfos y demás recuerdos suyos que han apuntado con admiración los historiadores árabe-hispanos.

En las crónicas del califato cordobés hallamos peregrinas memorias y lindos trozos de *Radhia*, de *Mozna*, de *Lobna*³, de *Aixa*, de *Mériem* (María), de *Jádicha*, de *Walláda*, de varias

1 Traducida elegantemente al castellano por el Sr. D. Juan Valera, que en su prólogo acertó a corregir algunas de las exageraciones del autor alemán.

2 En su introducción al texto árabe de Almacarí publicado en Leiden, página LXXXVIII.

3 No será impertinente a nuestro propósito notar que las literatas Mozna y Lobna merecieron ocupar por su discreción, al par que por su gallarda letra, puesto de secretarias cerca de los califas de Córdoba Abderrahman III y Alhacám II, como lo refiere Ibn Paxual.

Fátimas, y de otras muchas que formaron el encanto y el ornamento de aquella brillante corte, con sus versos, con su enseñanza y con sus varios conocimientos artísticos, literarios y científicos, desde la música hasta la teología y el derecho musulmíco.

Y limitándonos a algunos ejemplos, por el célebre cronista Ibn Hayyán de Córdoba⁴, sabemos que *Aixa*, hija de cierto Ahmed ben Mohammad ben Cádím, y nacida en aquella misma ciudad, no tuvo rival entre los españoles de su época en ingenio, en ciencia, en literatura, en poesía, en elegancia de estilo, en pureza de costumbres, en discreción y buen sentido; que compuso poesías laudatorias y epístolas dirigidas a los sultanes y príncipes de su tiempo, con que sobrepujo en elocuencia y perspicuidad a la mayor parte de los escritores contemporáneos; que además de esto, se distinguió por lo hermoso y gallardo de su escritura, que atestiguaron a la posteridad numerosos códices de su puño y letra; por su incansable afición al saber, y por lo copioso y escogido de su biblioteca, en que empleó una gran parte de sus cuantiosos bienes.

Lenguas se hacen los mismos cronistas al tratar de la célebre *Wallada*, hija del califa Mohammad III de este nombre, que, hundido el trono paterno, supo reinar en Córdoba por sus raras prendas físicas e intelectuales, por su agudeza, su erudición, sus versos y su talento musical; siendo sus recepciones verdaderas academias y certámenes literarios, en que nunca terciaba sin que obtuviese la palma del triunfo, aventajándose sobre los mayores ingenios, y cautivando a cuantos la veían y escuchaban⁵.

En la próspera Sevilla, rival de Córdoba en ilustración y cultura, brilló durante el siglo XI, respetada por su honrada conducta y excelentes cualidades, y admirada por sus talentos, Mertem, hija de Abu Yacób el Faisolí, natural de Silves; la cual, si dio preciadas muestras de su estro poético, sobresalió principalmente como doctora y maestra, enseñando a las sevillanas humanidades y literatura⁶.

El compilador Almacarí hace mención de una dama arábigo-española, y probablemente de la raza indígena, que floreció en Valencia a mitad del siglo XI, la cual aprendió la gramática y lexicología árabe de su marido el literato Abulmothárrif, pero que, aventajándole mucho, sobresalió principalmente en la métrica, a que debió el apodo de *Alarudhia* con que es conocida, y que dotada de una memoria prodigiosa, recitaba y exponía las famosas obras clásicas de Al-mobárrad y Alcalí.

Consultando a la brevedad, nada diremos de *Gáliba*, de *Safia*, de *Amat-arrahman*⁷, de *Tona* (Antonia), de *Carima*, de *Hind*, de *Mohabba*, ni de otras *Fátimas*, *Aixas*, *Meriemes* y *Jádichas* que suenan en la historia literaria de los siglos posteriores; pero bueno será apuntar que sólo en el reino arábigo de los Nazaritas resplandeció una brillante pléyade de maestras, literatas y escritoras ilustres, como *Meriem bent Ibrahim*, *Mosada*, *Leila*, *Mohcha*, *Hamda*, *Rihana*, la *Vellisiya* (la de Vélez), y aquellas tres insignes poetisas, *Nazhun*, *Zainab* y *Hafza*, que, según cierto escritor cordobés, bastarán para ennoblecer a Granada en lo tocante al ingenio y a la sabiduría⁸.

4 Citado por Ibn Paxcual en su *Çila*, cód. Escorialense, núm. 1672, según la *Bibl. Ar. Hisp.* de Casiri, y 1677, según la numeración que ahora rige. Murió Aixá en el año 400 de la hégira, 1010 de nuestra era.

5 Wallada murió en Córdoba, año 1087 de nuestra era, y según otros, en 1091. Acerca de su vida y escritos, véanse los datos apuntados por Ibn Paxcual, Almacarí y otros historiadores.

6 Ibn Paxcual, en su mencionada obra. Según este autor, floreció tan celebrada escritora y maestra después del año 400 de la hégira (1010 de nuestra era).

7 Significa este nombre «la sierva del Misericordioso.»

8 Abulwalíd el *Xocundi*, llamado así por ser natural de *Xocunda* o Secunda, arrabal de Córdoba, y citado por Almacarí, II, 147.

Pero, ¿será lícito colegir de estos datos históricos⁹ y del respeto a la mujer, que revelan a veces las poesías de nuestros árabes, que tal cultura, tal condición, favorable y privilegiada del bello sexo, fueron propio, natural y legítimo fruto de la civilización arábigo-muslímica, y de cierto espíritu caballeresco, importado a nuestra Península por sus conquistadores? Así parece haberlo entendido el ya mencionado Schack, al decir atrevidamente que «las poesías amorosas de los árabes españoles respiran una veneración fervorosa a la mujer, a que era extraña la Europa cristiana de entonces.» Que tales sentimientos no pudieron ser inspirados por el islamismo y por el espíritu propio y nacional de la raza árabe, pruébalo de por sí solo el hecho confesado por el mismo Sr. de Schack: «que las mujeres alcanzaron entre los árabes españoles una libertad, una ilustración y una estima que jamás les tributó el oriente musulmán.»

Pero ahondando algo más en la materia, debemos advertir, en primer lugar, que la ley alcoránica, y la civilización por ella producida, no podía menos de oprimir y degradar a la mujer, convirtiéndola, de compañera del varón, en un ser abyecto y esclavizado, sin conciencia de su libre albedrío y de su dignidad humana. Humillada y envilecida por la poligamia y por otras doctrinas y prescripciones de la legislación musulímica¹⁰, sometida al despotismo marital, convertida en mero instrumento de deleite y de servicio, privada ordinariamente de educación y cultura, así moral como intelectual, falta de autoridad y ascendiente con sus propios hijos, la mujer musulmana no puede granjearse el cariño de su esposo y el señorío del hogar doméstico, sino por medio de sus gracias y hechizos corporales, acrecentados con la más refinada coquetería, pero transitorios y fugaces como la flor de la juventud y de la hermosura.

Y en segundo lugar, en cuanto al pretendido espíritu caballeresco de los árabes, diremos, distinguiendo tiempos y países, que si entre los antiguos y anteriores a Mahoma, la necesidad de amparar a los seres débiles contra las demasías de los poderosos, y la influencia del Cristianismo, predicado en aquellas regiones, produjeron algo de galantería y de protección al sexo bello¹¹, estos sentimientos perecieron con la invasión del islamismo, cayendo la mujer oriental y africana en la humillante servidumbre del harem. ¿Qué rendimiento apasionado y cortés, qué respeto caballeresco podía inspirar al soberbio árabe o al feroz beréber la mujer ignorante y esclava, custodiada en perpetua cárcel por viles eunucos, que sólo era honrada por la fuerza, y que sólo pensaba en aumentar su gordura y sus encantos físicos para complacer al sensual marido? Ni vale alegar algunos datos y testimonios de romanceros y novelistas cristianos, que pintan a los moros de Granada como cumplidos caballeros, por extremo galantes y rendidos con sus damas, cuyos mote y divisas llevaban en sus escudos al romper lanzas en su obsequio en público palenque.

Aquellos escritores, con un idealismo muy común en nuestros antiguos pintores y poetas, atribuyeron a sus héroes musulmanes los sentimientos, ideas, usos y costumbres de los caballeros cristianos de su tiempo. Y si hay algo de realidad histórica en esos relatos, es sin duda lo que aquellos moros granadinos habían tomado de la España cristiana, a cuya superioridad y predominio

9 Acerca de las poetisas que produjo la España árabe, véanse las noticias contenidas en los escritos de Ibn Paxcual, Alhomaidí, el Dhabbí, Ibn Alabbar e Ibn Aljatib, existentes en la Real Biblioteca Escorialense, y extractadas por Casiri en el tomo II de su *Bib. Ar. Hisp.*, las *Analectas*, de Almacarí, II, 536 y siguientes; la introducción de M. Dugat al texto arábigo del mismo autor, edición de Leiden, página LXXXVIII, y en lo tocante al reino Nazarita, nuestra *Descripción del reino de Granada*, páginas 209 y siguientes de la segunda edición.

10 Véase *El Corán*, sura XLIII, aleya 17; sura XXX, aleya 20, y sura IX, aleya 38.—Sobre el estado miserable de la mujer y de la familia en la sociedad musulímica, véase al Dr. Pedro Guerra de Lorca, en varios pasajes de su interesante libro, titulado: *Catecheses mystagogice pro advenis ex secta Mahometana*, Madrid, 1586; al abate Gaume en su preciada *Historia de la sociedad doméstica*, y al Sr. D. Pedro de Madrazo, en el bellísimo prólogo que puso a nuestras *Leyendas históricas árabes*, Madrid, 1858.

11 Hace muchos años que, impulsados de ideas preconcebidas y de opiniones ajenas, emprendimos un estudio sobre el espíritu caballeresco entre los árabes del desierto anteriores al islamismo: estudio que abandonamos al fin, convencidos de que si la ley natural y la influencia cristiana produjeron entre aquellos árabes ciertos sentimientos de honor y galantería (bosquejados en poesías y relatos históricos de la edad anteislámica), todo aquello quedó extinguido con el triunfo del mahometismo, y no ejerció influjo alguno en la Europa cristiana.

en poder material y en cultura, rindieron el homenaje de la más completa y servil imitación, como lo refiere un crítico árabe¹². Por cuyas razones, y otras muchas que sería prolijo aducir, la crítica moderna proclama que el espíritu caballeresco nada debe a los hijos del desierto¹³.

Siendo, pues, indudable que la ley, al par voluptuosa y tiránica del *Corán*, no tiende a perfeccionar, sino a malear y deprimir la condición de la mujer, corrompiéndola y esclavizándola; y siendo juntamente un hecho reconocido por los más entusiastas admiradores del pueblo y cultura árabe, que el bello sexo alcanzó incomparablemente más libertad, respeto y consideración entre los musulmanes españoles que entre los orientales, forzoso es buscar la razón de una diferencia tan profunda e importante en las condiciones españolas de nuestro país, y en alguna idea tan superior, tan elevada, tan fecunda y tan hondamente arraigada en nuestro suelo, que, luchando con las doctrinas y preocupaciones de los conquistadores, acabase por vencerlas y sobrepasarlas. Ni la civilización, ni la literatura, ni el idioma mismo de la España árabe se pueden comprender y explicar satisfactoriamente, sin tener en cuenta la grande y eficaz influencia del pueblo indígena, harto superior en número, en ciencias y en letras, en artes y en todo género de cultura a los musulmanes que lo sojuzgaron.

Este pueblo indígena, en su mayor parte hispano-romano, aunque sometido por las armas, llegó a predominar con el poderoso ascendiente de su literatura latina y de su civilización romano-cristiana, sobre el número harto exiguo de la población árabe y el más copioso de la mauritánica y berberisca, como en otro tiempo había prevalecido sobre la raza visigoda, menos bárbara sin duda que las huestes de Taric y Muza. De esta considerable y provechosa influencia hemos tratado con suficiente extensión en otra parte: bástenos ahora notar que a la mezcla del elemento indígena hispano-romano cristiano se deben, sin duda alguna, los principales rasgos característicos que distinguen a los musulmanes españoles de los orientales, y muy especialmente cierto espiritualismo, cierto perfume de pureza cristiana y de verdadera civilización que no pudo venir de los incultos riscos del Atlas, ni de esas hordas salvajes que con sus periódicas e incesantes avenidas, destruyeron en el literal africano los últimos restos de la cultura romana, tan floreciente en otro tiempo.

Mejorar la condición del sexo débil, producir un cambio tan radical y tan saludable en la viciosa constitución de la familia musulmática, fue un prodigio reservado a la poderosa influencia del elemento cristiano, introducido en aquella sociedad por medio de la mujer indígena, que, armada con la dignidad cristiana, con la entereza ibérica y con la ilustración hispano-latina, supo reportar tan señalada conquista sobre sus bárbaros dominadores. Los conquistadores de España fueron conquistados por los hechizos de las mujeres españolas; prendados árabes y moros de la gentileza, dignidad y discreción de las damas indígenas, las solicitaron por esposas, prefiriéndolas a las de su propio linaje; y como ellos se habían hecho ricos y poderosos con los bienes y riquezas arrebatados a los vencidos, y ellas estaban acostumbradas al fausto y regalo de la corte y época visigoda, bien pronto el cálculo y la moda autorizaron enlaces que reprobaban de consuno la conciencia y el patriotismo¹⁴.

12 El célebre Ibn Jaldón, de Túnez, que escribía a principios del siglo XV, en los prolegómenos a su grande *Historia Universal*, donde dice así: «Un pueblo vecino de otro que le sobrepaja en cultura intelectual, y a quien debe la mayor parte de la suya propia, no puede menos de copiarlo y remedarlo en todo. Esto pasa hoy mismo entre los moros andaluces por sus relaciones con los *gallegos* (los cristianos castellanos y leoneses); pues tú los verás cuánto se les asemejan en los trajes y atavíos, en usos y costumbres, llegando al extremo de poner imágenes y simulacros, tanto en lo exterior cuanto en lo más retirado de sus alcázares y edificios. Quien observe esto con ojo de sabiduría, lo habrá de estimar como resultado forzoso de extranjera superioridad y predominio.»

13 Así lo reconoce el mismo Renan en su *Hist. des langues semitiques*.

14 También pudo influir en la flaqueza femenina el miedo a sus altivos dominadores, la necesidad de buscar un apoyo firme contra los peligros de la orfandad desvalida o de la hermosura malamente solicitada. ¿Qué extraño es que Sara, nieta del rey godo Witiza, cuando pasó al Oriente a impetrar el apoyo del califa contra su tío el traidor Ardabasto, que la había despojado de sus bienes, aceptase el esposo árabe y musulmán que le ofreció aquel monarca? Más culpable encontramos a Lampegia, que siendo hija de un príncipe traspirenáico, el duque Eudon de Aquitania, y por lo mismo menos expuesta a caer en manos de los musulmanes, casase con el beréber Munuza,

Desde Egilona, viuda del rey D. Rodrigo, que admitió por esposo al árabe Abdalaziz, y Sara, nieta de Witiza, que aceptó sucesivamente dos maridos musulmanes, hasta la completa extinción de la cristiandad mozárabe, hubo innumerables españolas que casaron con infieles, expiando muchas con grandes sufrimientos y desventuras el interés que las arrastró a tan reprobados enlaces. Pero al admitirlos y al unir su suerte con los sectarios del Islam, no lo hacían sin pactar condiciones ventajosas, sin el formal compromiso de que se las permitiese continuar en su fe, en su rango y libertad cristiana; con tal extremo, que consta de muchas que, sobreviviendo a sus maridos, educaron a sus hijos en la religión católica, no obstante la prescripción musulímica, que condenaba semejante educación con la última pena. Mas si el rigor de la ley no les permitía tanto, procuraban al menos suavizar la aspereza nativa de sus esposos, y educar a su prole en principios de honestidad y virtud, ajenos a la impura moral alcoránica y a la grosera cultura musulímica.

Puede asegurarse que las mujeres que más descollaron en la España árabe por su espíritu, talentos e influencia social, fueron de raza indígena, y muchas de ellas hijas de cristianos mozárabes o libres, y educadas en nuestra religión. Cristianas fueron, por ejemplo, la vascongada *Çobh*, esposa del califa Alhacam II; la portuguesa *Sairalhosn* (el *non plus* de la hermosura), que cautivada en Santarén, fue madre de Abdallah ben Yacób, titulado Aládel, uno de los mejores soberanos almohades, y elogiado por sus cronistas como discreto, prudente y religioso; *Hobáb*, que casó con el sultán Almamón, y mereció ser celebrada por los mismos historiadores arábigos como mujer distinguida y dotada de grande inteligencia¹⁵, y *Zoraya*, hija del alcaide de Martos, y que al lado del emir Muley Hasén ocupó el solio real de Granada. De familia española, aunque renegada, fue la célebre poetisa granadina *Mosada*, hija del insigne literato y maestro Abulhassén ben Alpedex, y como dice su biógrafo Ibn Aljathíb, mujer de mucha agudeza, ingenio, piedad y literatura¹⁶.

Aun las españolas islamizadas conservaron tenazmente y por mucho tiempo el espíritu, ideas y costumbres recibidas de sus cristianos ascendientes. Todavía, entrado ya el siglo XII, una literata natural de Valencia, hija de cierto Abdalazíz ben Musa ben Tháhir, la cual murió en 1112, y a quien el historiador Ibn Paxcual celebra por su mucho saber, gallarda letra, honradez y religiosidad, usaba el nombre español de *Tona* (que como es sabido es la forma catalana y valenciana de Antonia) y por sobrenombre el arábigo de *Habiba*. De tal manera, la tradición hispano-cristiana, sostenida y perpetuada por los mozárabes o cristianos sometidos, y por los mulladíes o españoles islamizados, influyó constantemente en la sociedad arábigo-musulímica, y produjo esos frutos fenomenales que tanto sorprenden a los que desconocen su verdadera causa. Tal influencia y tradición son palpables y evidentes en todo cuanto se relaciona con la civilización, y especialmente con la condición de la mujer y de la familia. Entre las poetisas arábigo-hispanas de que hicimos mención anteriormente, hubo algunas que, caso raro entre musulmanes, no quisieron tomar esposo, muriendo doncellas¹⁷. El ejemplo de las mozárabes y españolas, ayudado por el espíritu de rivalidad tan ordinario entre mujeres, debió despertar en las árabes y africanas el sentimiento natural de la dignidad humana, que yacía olvidado, pero no extinguido, en lo más recóndito de sus corazones, enseñándolas a mirar más por su decoro y a exigir mayor pureza, más agasajo y consideración en sus relaciones amorosas, conyugales y maternas¹⁸.

En los escritores arábigos de nuestro país hay noticias de muchas familias de origen español, que por sus talentos e instrucción, por sus cualidades y hechos insignes, brillaron durante uno y otro siglo entre los musulmanes. Así lo revelan los apellidos de *Bono*, *Burriel*, *Carlamán*, *Cuzmán*,

labrando su trágica ruina.

15 Cronicón arábigo del *Carthas*, página 179 del texto arábigo, publicado por Tornberg.

16 Murió en el año 1196 de nuestra era.

17 Así lo cuenta Ibn Paxcual de Córdoba al tratar de sus compatriotas las ilustres poetisas y literatas Aixa bent Ahmed, que murió en 1010 de nuestra era, y Fátima bent Zacaria, que murió en 1137.

18 A tal extremo llega el envilecimiento de las mujeres musulmanas en África, que a sus propios hijos varones les suelen dar el tratamiento de *sid* o señor.

Chorriol, Fandila, Ferro, Fortix, Fortun, Garsia, Pascual, Vives, Yénneco y otros tales, que tanto abundan en la historia literaria de la España árabe, y muy especialmente los apodos de *Ibn Alcuthia* (el hijo de la Goda), *Ibn Al-Lathina* (el hijo de la Latina), e *Ibn Arromía* (el hijo de la Romana o cristiana), conque fueron conocidos muchos literatos y varones insignes, demostrando que a la influencia femenina debían aquellas familias su ilustración, valer y nombradía.

Pero aquí, por no dilatarnos, sólo haremos especial mención de una familia muy distinguida del propio linaje, que brilló como fúlgida antorcha en el foco de la civilización arábigo-hispana, y que si no conserva en la historia su apellido español, por haber fingido un abolengo arábigo-persa¹⁹, traía su origen, nada remoto por cierto, de la cristiandad mozárabe de Elepla (Niebla). Tal fue la familia de los *Benu Hazm*²⁰, que fijando su residencia en Córdoba y abrazando el islamismo, dio grandes motivos de alabanza a los historiadores arábigos. En el siglo X y en el más brillante periodo del califato cordobés, produjo esta familia al insigne hablista, literato y sabio Ahmed ben Saíd ibn Hazm²¹, que fue wazir o consejero del célebre hagib Almanzor, primer ministro del califa Hixem II. Hijo de este Ahmed fue Alí ben Ahmed ibn Hazm, que llegó a ser ministro del califa Abderraman V de este nombre, y el ingenio más sobresaliente de su tiempo²². Su talento, privilegiado y vastísimo, abarcó todos los conocimientos humanos, pues brilló igualmente en el cultivo de la teología y del derecho musulmán, de las tradiciones mahometanas, de la poesía, de la gramática, de la elocuencia, de la dialéctica y de las ciencias filosóficas en general; dejando escritos sobre todas estas materias numerosos y preciados libros, que desgraciadamente se han perdido en su mayor parte. Pero en los opúsculos y fragmentos que de él se conservan, hallamos, al par con pruebas indudables de su prodigiosa capacidad, rasgos interesantes de sentimientos puros, tiernos, delicados y casi espirituales, extraños al genio arábigo y musulmán, bebidos en la fuente de la tradición hispano-cristiana, y que le han valido el ser llamado por un orientalista moderno *el más cristiano entre los poetas musulmanes*²³.

19 Como los *Mulladíes* o musulmanes nuevos solían ser mirados con desprecio por los rancios, los renegados de nuestra fe y sus descendientes, para alejar de sí aquella mancha de origen, tomaban apellidos árabes y pretendían ser oriundos de las regiones orientales. La familia de que tratamos, suponiendo que procedía de la Persia, logró sepultar en el olvido su antiguo apellido español; mas no engañó del todo a los escritores de su tiempo, que hacen constar juntamente sus pretensiones persianas y su origen hispano-cristiano.

20 Es de advertir que, según el célebre cronista *Razí*, citado por Ibn Alabbár, en el siglo IX de nuestra era florecieron dos literatos del mismo nombre, padre e hijo: Hazm, apellidado el *maestro universal*, en unión de su hijo Mohammad y de una hija, grande literata (cuyo nombre ignoramos), sostuvo en Córdoba un establecimiento de enseñanza, principalmente histórica y literaria, en que recibieron su instrucción muchos escritores y sabios famosos, y que dejó en aquella corte provechosa tradición y glorioso recuerdo. Mohammad, hijo de Hazm, sobresalió notablemente en los estudios históricos y literarios, mereciendo ser elogiado por el Razí como *enciclopedista de todo asunto y cronista de todo suceso*. Pudiera sospecharse que estos Hazm fueron progenitores de los que tanto ilustraron el mismo apellido del siglo X al XI; pero al menos es muy verosímil que una familia tan distinguida como aquélla en saber y moralidad, según la celebra el Razí, y en que una mujer enseñaba públicamente, era de origen español.

21 Murió en el año 1012 de nuestra era.

22 Murió en el año 1043 de nuestra era. De este portentoso ingenio tratan largamente Ibn Alabbár en su *Tecmila*, Ibn Aljathíb en su *Ihátha* y Almacarí en sus *Analectas*. Véase a Mr. Dozy en el tomo I, pág. 224 a 236 del *Cat. Cod. Or. Acad. Lugd. Bat.* y en su *Hist. des mus. d’Esp.* t. III, página 341 y siguientes.

23 En su mencionada *Hist.*, III, 350, Mr. Dozy escribe las notables palabras siguientes: «No debemos olvidar que este poeta, el más casto, y aun me atrevería a decir el más cristiano entre los poetas musulmicos, no era un árabe de pura sangre. Biznieto de un español cristiano, no había perdido enteramente la manera de pensar y de sentir propia de la raza a que pertenecía. En vano estos españoles arabizados renegaban de su origen, puesto que en el fondo de su corazón quedaba siempre algo de puro, delicado y espiritual, que no era árabe.» En el mismo capítulo hallará el curioso lector una interesante anécdota amorosa del mencionado poeta, contada por el mismo, y que revela los sentimientos casi cristianos que a la sazón lo animaban.

El propio espiritualismo, los mismos sentimientos delicados y generosos, se hallan en las composiciones de Alasad ben Bellitha, poeta cordobés del siglo XI, que floreció en la ilustrada corte de Almotácim de Almería, y cuyo apellido *Bellitha* revela claramente su origen español²⁴.

A la tradición hispano-cristiana, y sólo a ella, pertenece ese espiritualismo, ese rendimiento amoroso lleno de abnegación y pureza que hallamos en los poetas arábigo-hispanos, y que en vano se buscará en la poesía musulmana de otras regiones, tan groseramente sensual. Se dirá tal vez que esa especie de espíritu caballeresco se refleja igualmente en los versos de vates andaluces que acaso no tenían en sus venas una sola gota de sangre española, y que por lo mismo no habían heredado de sus ascendientes ni bebido en la tradición nacional tales sentimientos e ideas. Pero a esto replicaremos que, a nuestro juicio, ni las ideas ni las creencias son caracteres distintivos de las razas, bastando a comunicarlas la educación y el ejemplo. En las escuelas cristianas adquirieron los árabes, así occidentales como orientales, la mayor y mejor parte de su instrucción literaria y científica. Y limitándonos a esos nobles sentimientos que brillan en los versos de Ibn Hazm y de otros poetas arábigo-hispanos, es indudable que aun en la imaginación exaltada de los mismos árabes no pudieron menos de encender las llamas de un casto y poético amor tipos femeninos que ellos no habían soñado hasta entonces. Veían a la mujer indígena, merced a su educación cristiana y española, rodeada de una aureola de pureza y dignidad que no habían contemplado jamás en las hijas de su pueblo; veíanla esquivar a los tiranos y amable con los rendidos; veíanla en las estipulaciones matrimoniales, atender más a la felicidad doméstica que al interés de una dote crecida²⁵; veíanla honrada y fiel en medio de la libertad, y sobrellevar sus desengaños e infortunios con noble paciencia, sin recurrir a los torpes remedios que arbitró la sabiduría musulmana²⁶; veíanla, finalmente, sobresalir en el cultivo de las letras y las ciencias, y padecer y morir heroicamente en defensa de su fe sobre los patíbulos de Córdoba²⁷; y como advierte un elegantísimo escritor de nuestros días, «¡cuán fecundos gérmenes de poesía brotaron al calor del suelo andaluz en la imaginación popular, excitada por el espectáculo sublime de la mujer ocupando un trono o sumida en hedionda cárcel, padeciendo por la verdad y la justicia!»²⁸

Buscar la razón de estos hechos en la civilización musulímica, afirmar con Mr. de Schack que la Europa cristiana de los siglos medios era extraña a la fervorosa veneración que los poetas arábigo-hispanos tributaron a la hermosa mitad del humano linaje, es desconocer la filosofía de la historia, olvidando que al Evangelio se debe la emancipación y ennoblecimiento de la mujer; es desconocer la historia de la familia y de la sociedad europea, en cuya regeneración y progresivo perfeccionamiento tanto resplandece la acción civilizadora del Catolicismo; es, por último, desconocer la literatura de los pueblos cristianos, a cuyo lado, todo eso que nos deslumbra y admira en los mismos árabes españoles, no es más que engañosa apariencia y tosco remedo²⁹. La crítica

24 De este poeta *tres spirituel* hizo mención el celebrado Mr. Dozy en la primera edición de sus *Recherches sur l'hist. pol. et litt. de l'Espagne pendant le moyen âge*, pag. 109 del tomo primero y único. Pero debemos advertir que Mr. Dozy se equivocó en creer que el apellido Bellitha, corresponde al vocablo español *billete*, siendo indudable su equivalencia con el nombre propio *Bellida*, femenino de *Bellido* (*Bellitus*) diminutivo de *bellus* y usado ya en la edad visigótica.

25 Temerosas del repudio y divorcio absoluto, sancionados en muchos casos por la ley alcoránica y harto frecuentes en aquella sociedad, las mujeres mahometanas ponen su principal cuidado en asegurar una dote proporcionada a su edad, hermosura y otras prendas; y así más que unirse por amor, lo que hacen es venderse o alquilarse. Véase lo que discurre a este propósito el Dr. Pedro Guerra de Lorca en sus *Catecheses mystagogice pro advenis ex secta mahometana*, folio 52.

26 Según la ley mahometana, *quæ bis fuerat repudiata, ad priorem virum redire non potest, nisi ab alio fuerit carnaliter cognita et repudii lege poterit tunc antiquo viro reconciliari*. «Guerra de Lorca», *ibidem*, folio 51 verso.

27 Allí alcanzaron la palma del martirio, durante la persecución sarracénica, las Floras y las Marías, las Argénteas y las Aureas, las Benildes y las Liliotas, dignas sucesoras de las Leocadias, las Eulalias y las Victorias, que tanto honor habían dado a Toledo, a Mérida, a Barcelona y a Córdoba.

28 El Sr. D. Aureliano Fernández Guerra.

moderna proclama altamente por boca de nuestro insigne Balmes³⁰, que todo el respeto y consideración de que goza la mujer europea, se lo debe exclusivamente al Catolicismo, que con sus doctrinas sobre la virginidad y sobre el vínculo indisoluble del matrimonio, elevó su condición hasta un punto que no sospecharon siquiera las naciones más civilizadas de la antigüedad³¹; y cabalmente a su carácter, por excelencia católico, debe nuestra España la honra singular de ser el pueblo clásico del honor, de la galantería y del verdadero espíritu caballeresco, tan brillantemente reflejado en su literatura.

En ella, y muy especialmente en la admirable dramática del siglo XVII, bellísimo y fiel reflejo de nuestra civilización, se eleva a su más alto grado la apoteosis de la mujer cristiana; allí también encontramos el contraste de la dama española y la musulímica. En su comedia *Virtud, pobreza y mujer*, y en una escena que pasa en África, el fénix de los ingenios pone el siguiente diálogo en boca del moro Alí y el español D. Carlos.

- ALÍ. Yo pienso que amor te engaña:
En la libertad de España
Virtud, pobreza y mujer.
No puede ser...
- D. CARLOS. Las que aquí son virtuosas,
Alcaide, sonlo forzadas.
En España son honradas
Por sí mismas, siendo hermosas.
- ALÍ. Si aquí con tanto recato
Aún no podemos vivir.
- D. CARLOS. Hay tantas allá tan buenas,
Que con esa libertad,
De ejemplos de honestidad
Están las ciudades llenas.

Recapitulando, pues, cuanto llevamos dicho, séanos lícito afirmar que la mujer indígena, ya cristiana, ya islamizada, cultivando su corazón y su inteligencia, y realzando sus prendas morales, únicas que aseguran al bello sexo un ascendiente sólido y duradero sobre el corazón del hombre, atendiendo a la educación de sus hijos y a la posible mejora de sus esposos, descollando con público

29 Cabalmente, al apuntar estas razones, llega a nuestras manos un discurso leído ante la Real Academia de la Historia, por D. Víctor Balaguer, y en él hallamos una página muy bella (23-24), por donde aparece que la poesía provenzal de allende y de aquende el Pirineo refleja los sentimientos de que tratamos, pero realzados hasta un punto a que ni llegó ni se aproximó la arábigo hispana. El Sr. Balaguer advierte de paso que «la mujer esclava en el Norte, es reina soberana en el Mediodía»; prueba evidente de que el espíritu caballeresco no nació entre los germanos, sino entre pueblos más meridionales y más influidos por la civilización latina y católica. Pero el Sr. Balaguer, cediendo a la confusión de ideas que impera en nuestros tiempos y embota las más claras inteligencias, sospecha que «la poesía provenzal pudo nacer de la misma fuente que la española toda, es decir, de la poesía árabe»; error ya desacreditado y combatido aun por escritores tan apasionados de la cultura arábigo como Renan y Dozy. «Ni la poésie provenzale (dice Renan en su *Hist. des langues semitiques*), ni la chevalerie ne doivent rien aux musulmans. Un abîme separe la forme et l'esprit de la poésie romaine de la forme et de l'esprit de la poésie árabe.» Y Mr. Dozy (en sus *Recherches*, tomo I, página 600 y siguientes de la primera edición) ridiculiza la supuesta influencia de la poesía árabe en la española.

30 En los capítulos XXIV a XXVII de su obra *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*.

31 Es cierto que durante la Edad Media, entre los bárbaros de la Germania y los árabes del desierto, hallamos a la mujer más considerada que en la antigua sociedad romana, y en la musulímica fundada por Mahoma; pero esto se debe a que algunas naciones bárbaras han conservado por tradición los principios de la ley natural, principios falseados en Grecia, en Roma y en otras naciones de la antigüedad, por un paganismo del todo materialista, y posteriormente en una gran parte del mundo por la gran herejía musulmana, que tanto ha detenido los progresos del Evangelio.

aplauso en las letras y en las artes, y manteniendo cuidadosamente la dignidad y los derechos que le conquistó la fe cristiana de sus mayores, contribuyó eficazmente a la ponderada civilización de los árabes españoles³².

Más esta condición de la mujer árabe-hispana, sostenida por el espíritu y tradición recibidos de sus ascendientes, no debió subsistir hasta los últimos tiempos de la dominación sarracénica. Disipado por la acción destructora del tiempo y la influencia perniciosa del islamismo aquel aroma cristiano, tan extraño a la moral y a la ley alcoránica, la mujer, degenerada y corrompida, descendió y se despeñó fácilmente de la altura que le habían granjeado sus antiguas virtudes y dotes morales. La historia nos hace ver que muchos pueblos, apartados de la religión verdadera, conservaron durante largo tiempo cierta sombra de virtud y de civilización, gracias a los elementos de vida que habían llevado consigo al tiempo de su apostasía, hasta que, produciendo ésta sus inevitables resultados, cayeron y se hundieron en la más completa ruina³³. Así decayó, para no levantarse jamás, la cultura árabe de Oriente y de Occidente, cuando perdió los elementos saludables, los principios civilizadores recibidos en el orden moral del Cristianismo y en el literario y científico de griegos y romanos; y quedando reducida a su propio caudal pagano y musulmán, manifestó claramente su esterilidad e impotencia, que tocan ya en los límites de la barbarie. Hundido, pues, el califato cordobés, tan penetrado por la civilización hispano-cristiana, y predominando en la España sarracena la ferocidad berberisca y el fanatismo musulmán, disipáronse aquellos sentimientos generosos y delicados; y la mujer, envilecida y despreciada, sólo pensó ya en avalorar sus encantos físicos.

Según el célebre historiador Ibn Aljathib, que escribía en la segunda mitad del siglo XIV y en el sensualismo de la corte Nazarita, las granadinas, conservando algún resto de las gracias que antiguamente atesoró la mujer indígena, se distinguían por lo ingenioso de sus palabras y el donaire de su conversación; mas habían llegado al mayor desenfreno en el lujo, la compostura y la vanidad. «Las granadinas, dice, son hermosas, señalándose por lo regular de su estatura, lo garboso de sus cuerpos, lo largo y tendido de sus cabelleras, la blancura y brillantez de sus dientes, el perfume de su aliento, la graciosa ligereza de sus movimientos, la agudeza de sus palabras, y su buena aunque demasiada conversación. Mas han llegado en nuestros días a tal variedad en el atavío, a tal ostentación en los primores de la industria, a tanto afán por las joyas de oro y las telas preciosas, a tal desenfreno en la multitud y diversidad de trajes y adornos, que excede a toda ponderación³⁴.» El lujo y desenvoltura de las granadinas, fue uno de los mayores obstáculos que se opusieron a la conversión de aquellos infieles. Aun después de reducidas a nuestra religión, las moriscas se obstinaron en conservar el traje pomposo y liviano a que estaban acostumbradas, y que por los años

32 Permítasenos estampar aquí unas frases bellísimas que, a decir verdad, han sido el móvil del presente trabajo. En su erudito y elocuente discurso de contestación al pronunciado ante la Real Academia Española por el Sr. D. Luis Fernández Guerra, su hermano D. Aureliano ha escrito lo siguiente: «La mujer fue un poderoso elemento de civilización entre los árabes españoles... Y todo esto fue hacedero, porque nunca entre los mahometanos españoles vino la mujer al extremo de abyección que en Asia y África: nunca pudo la infelicidad del cautiverio arrebatar a la dama española su genial resolución y travesura, la majestad latina, la altivez y piedad visigóticas. Igual esmero puso en avalorar sus gracias naturales que en avivar y enriquecer su entendimiento. Ciñóse el laurel del poeta y del sabio, pero con afectos de mayor delicadeza y ternura. Logró que le fuera lícito desplegar las alas de su espléndida fantasía en las academias de los árabes más doctos. Concurrió a los plácidos saraos, junto a los surtidores de agua y floridos jazmines y limoneros, donde, como el ruiseñor en la enramada, bellas muchachas coristas y cantoras, detrás de los egipcianos tapices y de las altas celosías, embelesaban los sentidos. Y en justas y torneos, al estruendo de trompetas y añafles, ocupó dorados miradores, gozándose al ver cómo al pasar ante ellos el justador que la servía enamorado, hizo que se arrodillara su corcel: y luego, alzándose en los estribos, le ofreció sujeto al hierro de la lanza, el bordado listón, la rica joya y la cadena de oro, premio de la fortuna y del valor en el ardoroso palenque.» (Págs. 56, 57.)

33 De aquí esta gran decadencia de la Europa cristiana, infestada hace tres siglos por el protestantismo y el racionalismo.

34 Ibn Aljathib, en su *Historia de la dinastía Nazarita*, titulada *El esplendor del plenilunio*, cód. Esc. 1.771 según el catálogo de Casiri, y 1.776 según la numeración moderna.

de 1526 llamó tanto la atención al viajero italiano [Andrés Navajero](#), embajador de Venecia cerca del emperador Carlos V³⁵.

Un escritor católico del propio siglo, y que trabajó mucho por extirpar los vicios que aquejaban a la población morisca, hace, a propósito de las mujeres, observaciones muy curiosas. Extractando de su interesante relato sólo aquello que cumple a nuestro propósito, diremos que, según este escritor, las moras y moriscas, atentas sólo a realzar sus encantos naturales y agradar a sus sensuales maridos, consumían malamente todo su tiempo en ungir, retocar y alinear sus cuerpos, de tal manera, que las viejas se presentaban en público sin los surcos y arrugas propias de su edad, y con todas las pretensiones y el aspecto de jóvenes casaderas. Para conservar su frescura y aumentar su obesidad, porque los moros se pagan mucho de la gordura femenil, absteniéndose de toda fatiga y trabajo corporal, no pensaban más que en comer, bañarse y dormir, como hoy las moras en África, hasta el punto de convertirse, según el mencionado escritor, en cochinos cebados (*pingues sues*); usaban un atavío muy pintoresco y voluptuoso³⁶, y, olvidando el recato propio de su sexo, competían en liviandad y desvergüenza con los mismos hombres de su raza³⁷. De cuya corrupción femenina resultaban naturalmente, como en lo más degenerado de nuestra sociedad moderna, que retrocede hacia el paganismo, innumerables divorcios, inmensa prostitución, y gran muchedumbre de niños abandonados a la muerte, a la miseria y al vicio³⁸.

Tal fue la condición de la mujer en la sociedad arábigo-hispana, tal la verdadera causa de su venturosa suerte en los primeros tiempos, y de su caída y envilecimiento al declinar aquel imperio y civilización, tan neciamente admirados y celebrados por muchos escritores modernos. Si alguno de éstos, desconociendo que el cristianismo es la fuente de todo progreso humano y social, nos objetase que en la sociedad cristiana y europea se toca ya semejante decadencia y degeneración del sexo bello, replicaremos que tamaña desventura es forzoso efecto de la reacción pagana que viene estragando una gran parte del mundo civilizado, desde la invasión del protestantismo, de esa reacción gentilica, que tantos golpes ha asestado contra la vírgenes del Señor y contra la santidad e indisolubilidad del matrimonio.

Gran desdicha es ciertamente para el mundo moderno, que la mujer educada paganamente goce de la libertad que sólo merece la cristiana y virtuosa; y que, por el contrario, ésta no obtenga el respeto y estimación que la otorga el cristianismo: de cuyos opuestos extremos se originan sin cesar tantas tragedias y tal reata de males para la familia y la sociedad.

Lo que sacaremos de esta decadencia femenina, es la grandísima importancia social que encierra la educación de la mujer, lo mucho que debe trabajarse para inculcar en su ánimo los principios de honestidad, recato y temor de Dios, de que pende todo su realce y consideración, toda la dicha y tranquilidad de su porvenir, toda la grandeza de su triunfo: que es reinar como ángel de candor y bondad en el hogar doméstico o en la familia religiosa del claustro. Bien lo comprendió en

35 El curioso relato de Navajero puede verse en los apéndices a nuestra *Descripción del reino de Granada*.

36 «Atque hinc Arabicis mulieribus illud venit, ut in curandis, fovendis, ungendis que corporibus omnem vitam suam male insumant, et in media senectute, nec arata fronte, nec immutata facie, quasi puellæ nubiles in medium procedant ne a suis lascivis viris repudium valde sibi noxium patiantur.» Guerra de Lorca, *ibidem*, folio 52.) Observa luego este autor, que menguando el amor de aquellas mujeres a sus maridos al par que progresaban en lujo y liviandad, concluían por verse repudiadas; pero ya ellas, previsoras como la hormiga, habían asegurado su futura subsistencia por medio del dote concertado en el contrato matrimonial; y así, durante el divorcio, podían vivir a sus anchas y con toda holgura, o pasar a segundas nupcias.

37 «Cum autem libidinosi Árabes pinguium mulierum amore trahantur omne suum studium parandas pinguedini ipsae applicant, quo vero carni accrescat, externo labori parant, callido cibo et praesertim pingui jure reficiuntur, ita ut citius ex macris ac macilentis pingues sues ipsae evadant. Quod si ars ista interdum non valuit naturam juvare, alia arte suse libidini antidotum parant, et in patrio amictu pinguiore seu corpulentiores ita incedunt: caligis coerulei coloris multum plicatis, longis Alcandoris ab humeris usque ad talos pendentibus, vestibus mutatoriis more patrio consutis, quibus ornatae in publicum procedunt...» Acerca del traje, harto lascivo, de las moriscas, véase al mismo autor, folio 27, cuya curiosa descripción conviene a maravilla con la que hace Navajero.

38 Ib. 61 y alibi.

el siglo XVI el ilustre Cardenal Silíceo, al fundar y dotar en Toledo, con regia munificencia, un colegio de cien doncellas que se educasen para buenas madres de familia; bien lo alcanzaron tantos otros varones eminentes, que en los siglos de nuestra grandeza prodigaron su fortuna, y extremaron su celo para asegurar la subsistencia de las religiosas, para sustento e instrucción de las arrepentidas, para promover y difundir prodigiosamente la educación de ambos sexos, e introducir en todas las almas la luz vivificante del Cristianismo.

Si en la España musulímica brotaron algunas flores de pureza y decoro, es porque el sol del Evangelio había iluminado copiosamente esta región occidental. Mas no es razonable el dejarse deslumbrar por ciertos frutos de cultura, que brillan por algún tiempo en las sociedades prevaricadoras, desgajadas del árbol divino de la Iglesia. El respeto y consideración que la mujer hispano-cristiana obtuvo de sus bárbaros dominadores, no deben considerarse como regla general y constante de un orden social en tan opuestos principios fundado, sino como venturosas excepciones, como reliquias del gran naufragio que sufrió en el Guadalete la sociedad hispano-católica. Es indudable que la mayor porción del sexo hermoso, y principalmente el árabe y berberisco, yacía en la vergonzosa esclavitud de los haremes; donde, según refieren los historiadores árabes, se encerraban centenares de mujeres sometidas al antojo, veleidad y despotismo de un disoluto señor. Y por último, todo lo más sobresaliente que en punto a galantería, honor y caballerosidad se halla en la literatura árabe-hispana, dista mucho de lo que con tanta sublimidad, y con admiración de los mismos extranjeros, resplandece en la castellana y católica literatura de Lope y Calderón, y de lo que, no obstante la decadencia presente, goza y disfruta aún la privilegiada mujer española.

EL SIGLO DE ORO DE LA LITERATURA ARÁBIGO-ESPAÑOLA

*Discurso leído ante el claustro de la Universidad Central
en el solemne acto de recibir la investidura de Doctor en Filosofía y Letras.
Granada 1867*

La literatura de los árabes españoles, como en otro tiempo la de griegos y romanos, tuvo su edad de grande progreso, de alto apogeo, su periodo floreciente, en una palabra, su siglo de oro: siglo que se preparó, como entre aquellos pueblos, por la superioridad y grandeza política, por el poder y la prosperidad del estado y de la nación; que se distinguió por una cultura muy rica y brillante; que fue igualmente favorable a letras, artes y ciencias; que produjo ingenios y escritores muy sobresalientes, que contó también sus Augustos y Mecenas; y, en fin, que legó a las edades posteriores numerosos o insignes monumentos literarios, que ocupan un lugar ilustre en la historia de las creaciones y trabajos de la inteligencia humana. El estudio de este periodo, que aparece como un astro luminoso en la noche de la edad media, inspira por lo tanto indudable interés a todo el mundo sabio; pero mayor debe inspirarlo a nosotros los Españoles, puesto que aquella literatura y aquella civilización, no poco adelantada, se desarrolló en nuestro suelo con elementos en gran parte propios o aclimatados en él, influyendo en ella los antiguos y característicos de nuestra nacionalidad y cultura, influyendo ella a su vez en la raza hispano-cristiana, y formando, en fin, uno de los capítulos mas importantes de nuestra vasta y riquísima historia literaria.

Trazar este cuadro interesante con rasgos breves, pero gráficos y verdaderos, investigar y exponer sucintamente la excelencia, la riqueza y el carácter propio de la literatura arábigo-hispana en su siglo de oro: tal es mi propósito al aspirar al honrosísimo grado de Doctor en la Facultad de Filosofía y Letras, a la cual pertenecen tan útiles estudios. El interés y la belleza del asunto me han decidido a elegirle; pero no se crea que se me han ocultado sus inconvenientes: bien sé que la materia es oscura y desconocida, ardua y difícil; puesto que la historia literaria de los árabes españoles aun es menos conocida de nosotros que la civil y política. Porque primeramente los estragos de las guerras, el odio y la preocupación, y después el desdén y la incuria hacia las cosas musulmicas, han destruido o sepultado en el olvido los monumentos de aquella literatura, derramando profunda oscuridad sobre el largo periodo de la dominación sarracena en España. Así es que a pesar de la proximidad de los tiempos, apenas queda memoria entre nosotros de aquellos ingenios árabes tan eminentes por las luces y el saber, que durante una edad de rudeza e ignorancia general crearon en nuestro suelo una civilización prodigiosa; así como está oscurecida la gloria de los capitanes y héroes y otros personajes ilustres, no sólo musulmanes sino también cristianos, que florecieron entre aquella gente. No es mi ánimo ni lo permiten mis fuerzas el suplir tan lamentable vacío y restaurar la fama de aquellos Españoles insignes; pero ya que en investigaciones de tal importancia cualquier trabajo es útil, allanando él camino para otros mas perfectos, procuraré dar alguna luz a esta parte de nuestra historia literaria, trazando un breve bosquejo de la literatura arábigo-española en su edad mas floreciente.

No necesito detenerme en manifestar las fuentes donde he bebido la doctrina que voy a exponer, pues claro es que todo ha de fundarse en el relato y testimonio de los autores árabes. He consultado casi todos los documentos y estudios conocidos hasta el día³⁹; pero no voy a presentar

39 He tenido presentes: la *Biblioteca Arab. Hisp. Ecur.* del Sr. Casiri; algunas obras de *Ibn Alabbar*, existentes en la Real Biblioteca del Escorial; la de *Addhabbi*, que allí mismo se conserva: las famosas cartas de *Ibn Hazm* y el *Secundi*, y demás documentos sobre el asunto compilados por *Almaccari* en el tomo II, pág. 104 a 170 de sus

cuantos datos y hechos he hallado en tan vastos arsenales referentes al asunto que deseo ilustrar. Mucho es todavía lo que se ha ocultado a mis investigaciones y mucho lo que he hallado de útil y de interesante, pero que no cabe en los cortos límites de un discurso: así es que habré de reducirme a lo mas principal y culminante.

El periodo literario que voy a estudiar abarca en su duración dos largos siglos, el X y XI de nuestra era con los principios del XII, empezando en el reinado de Abderrahman III el Grande y el Magnífico, en cuya época arribó a su grandeza política el califato de Córdoba, y terminando con la caída de los pequeños reinos llamados *de taifas*, arrollados y destruidos por las armas de los Almorávides, guerreros bárbaros, cuya invasión determina la decadencia de la raza y de la civilización árabe-hispana. Este largo periodo se divide naturalmente en dos partes: la primera que llega desde Abderrahman III hasta la caída del califato, y la segunda desde esta época hasta la invasión, de los Almorávides.

Aunque la España sarracena, es decir la sociedad gobernada por los califas de Córdoba, contaba en su seno pueblos distintos entre sí por la raza, por la religión, y aun por las leyes con que se regían, como Árabes, Bereberes, Muladíes, cristianos Mozárabes, y Judíos, sin embargo el carácter que distingue en este tiempo su civilización y literatura es eminentemente árabe, por ser este el elemento predominante a la sazón, así en el orden religioso como en el civil y político. Veamos, pues, las cualidades morales e intelectuales con que se distinguía esta raza y que debieron darle grandes ventajas para el cultivo de las buenas letras, sin que ocultemos tampoco sus inconvenientes y defectos. Si para trazar este retrato hemos de acudir a los mismos historiadores de su nación, veremos que los Andalusíes o Árabes españoles, eran hombres dotados de grandes prendas y cualidades: fervientes en la religión, levantados en sus pensamientos, celosos de su decoro, enemigos de la humillación y amantes de la gloria, generosos y leales en su conducta, desprendidos y liberales de sus bienes, sufridos y constantes en llevar a cabo sus intentos, de ingenio perspicaz y agudo, elocuentes en la conversación y el estilo, solícitos por la elegancia y el primor, incansables hasta perfeccionar las cosas, aplicados e industriosos por extremo, y muy dados, en fin, a las ciencias y artes. Dice un autor árabe que los Andalusíes o Andaluces, eran *Árabes* por el linaje, por el amor de la gloria, por la elevación de las ideas, por la aversión a las bajezas, por la elocuencia del lenguaje, por su odio a la opresión y por su largueza y munificencia; *Indios* por su extraordinaria afición al estudio de las ciencias; *Bagdadenses* por su elegancia y limpieza, por su buena índole, por la hermosura de sus pensamientos, por la agudeza y penetración de sus inteligencias y por su habilidad en saber conseguir sus propósitos; *Griegos* por saber buscar y conducir las aguas, plantar e injertar los árboles, labrar huertas y jardines; siendo en fin los mejores agricultores del mundo, así como también los mejores jinetes y tiradores.

Otro autor los compara a los *Chinos* por su gran destreza para los artefactos, y a los *Turcos* por su pericia en las armas y cosas de la guerra. Pero el pueblo con quien tenían mayor semejanza, en opinión de tales autores, es el *Griego*, y sin duda al hacer esta comparación consideraban a los Andalusíes ya mezclados con la gente española convertida al islamismo, cuyo injerto debió mejorar mucho la raza y gente árabe, así en lo físico como en lo intelectual. Tales fueron, pues, los Árabes y Moros de España, que según veremos, llegaron a rivalizar en civilización con los orientales, si no a sobrepasarlos, alcanzando grandísima ventaja sobre los del Magreb africano, donde no empezaron a florecer las ciencias y artes hasta que las llevaron allá los Andaluces expulsados de nuestra península por los cristianos.

Analectas sobre la historia y la literatura de los árabes de España, texto árabe, edición de Leiden, 1855 a 61.—La *Histoire des Musulmans d'Espagne*, por Mr. Reinhart Dozy. Leiden 1861, 4 tomos en 8.º.—Sus *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le moyen âge*, 2 tomos en 8.º, Leiden 1860.—Sus *Scriptorum Arabum loci de Abbadidis*, Leiden 1846 a 1852, 2 tomos en 4.º mayor.—El *Diccionario Bibliográfico enciclopédico* de Hachi Jalifa, texto árabe y traducción de Flügel, 7 tomos en folio.—En fin, otras obras del mismo Dozy, de nuestro docto arabista D. Pascual de Gayangos, de Hammer Purgstall (autor más copioso que crítico), del Barón Mac Guckin d'Slane, etc.

Pero en contraste con estas excelencias y virtudes no hay que disimular gravísimos vicios y defectos de que adolecía el pueblo árabe, así en España como en otros países, gracias al elemento principal en que se fundaba su civilización, es decir a las instituciones y principios, así religiosos como políticos, tomados del Islam. Es indudable que esta religión, aunque preferible por sus dogmas y su moral a las profesadas por los pueblos paganos e idólatras, había dejado sin corregir muchos vicios y costumbres bárbaras que aquellas gentes habían traído de sus desiertos, y cuyo influjo era perniciosísimo para la vida social y culta. Mahoma, que no aspiraba ni remotamente a la perfectibilidad evangélica, en vez de combatir aquellos defectos, los había fomentado, enardeciendo más y más con el precepto capital de la guerra santa (*alghied*) el espíritu belicoso, sanguinario y vengativo del pueblo árabe, autorizando la poligamia, y con ella el sensualismo más refinado y brutal, reduciendo casi toda la religión a fórmulas y prácticas externas, y produciendo como postrer resultado la falta de conciencia y el materialismo. La fe ardiente de los musulmanes, exagerada con frecuencia hasta el fanatismo, se traducía principalmente por un terrible encono y hostilidad contra los sectarios de otras creencias, y si el islamismo, considerado en su parte teórica, era sólo una degeneración, o más bien una derivación falsa y grosera de la ley de Moisés y del Evangelio, en la parte práctica, que era la principal, era sólo el móvil poderoso e irresistible para la guerra religiosa, para la conversión o el exterminio de los pueblos considerados como infieles o politeístas⁴⁰.

Este espíritu de hostilidad y guerra que daba al pueblo muslim una constitución verdaderamente militar, no podía influir útil y benéficamente en las costumbres que forzosamente se estragan y malean entre el encono y los furores de las armas. Por otra parte, si con la luz de la historia penetramos en la vida íntima del pueblo árabe, así en el nuestro como en otros países, le veremos entregado casi completamente a la vida de los sentidos, solazándose, siempre que lo permitían las faenas militares, en voluptuosos aposentos de alcázares suntuosos o a la fresca sombra de floridos jardines, con los halagos y caricias de numerosas mujeres, al son de acordados instrumentos, y entre el aroma embriagador de perfumes y flores. Consultad a los poetas y literatos de la España árabe y veréis repelido, a cada instante el cuadro de estos placeres y disoluciones; aunque también os los representaréis fácilmente en los restos que subsisten en nuestro suelo de aquellos espléndidos y maravillosos alcázares, fundados tan solo para el deleite y el regocijo.

Con esta base, con este espíritu religioso y moral, puede imaginarse cuál sería entre aquella gente el estado de la familia y la sociedad. Ya hemos observado en un estudio especial sobre la civilización de los árabes españoles⁴¹ que no existía allí verdadera familia y sociedad, porque los lazos que ligaban a sus individuos, en vez de fundarse en el amor, en la caridad y en los deberes que impone la conciencia, consistían en la fuerza, la opresión y el rigor de la ley escrita, imperando el despotismo más odioso, así en la casa como en el estado. Allí dominaba el marido sobre varias mujeres envilecidas, verdaderas siervas consagradas a su servicio y recreo, siendo más abyecta la condición de la esposa por la poligamia, que mantenía dentro del hogar doméstico la rivalidad, los celos y el odio⁴²: aquí imperaba el Sultán sobre multitud de pueblos y razas sometidos a su dominio por pura coacción.

Componíase aquella sociedad, revuelta y heterogénea entre sí, de Árabes de varias razas, de Mauritanos y de Bereberes, de Muladíes o cristianos convertidos al islamismo y poco firmes en su nueva creencia, de muchos cristianos constantes y fuertes en conservar su antigua religión y sus leyes patrias, y, en fin, de no pocos Hebreos. Estas distintas razas vivían en lucha casi continua,

40 Esta guerra de religión es el estado normal y permanente de los musulmanes: Du Caurroy: *Legislation Musulmane sunnite* en el *Journal Asiatique*, IV série, tomo XII, (1848), pág. 228, y alibi.

41 En mi discurso de recepción en la universidad de Granada.

42 Sin duda, la mujer era más estimada y considerada por los árabes andaluces que por los pueblos paganos antiguos y modernos: vemos entre aquellos cierta galantería y espíritu caballeresco; vemos señalarse no pocas mujeres por el talento y el saber, por la música y la poesía; pero, salvo rarísimas excepciones, la mujer nunca ha logrado entre los musulmanes la dignidad que alcanza entre los cristianos, por no permitirle allí la constitución de la familia, las leyes religiosas y civiles.

porque no sólo cristianos, judíos y musulmes eran naturalmente hostiles entre sí por la diversidad de religiones y por los distintos intereses y aspiraciones de cada raza, sino que entre los mismos mahometanos, los Árabes, los Bereberes y los Muladíes, se miraban con mutuas prevenciones y ojeriza. La raza española no había perdido aun el sentimiento de nacionalidad y la esperanza de su independencia; la africana, no menor en número que la árabe y que había contribuido igualmente a la conquista del país, no se veía de buen grado sujeta a su dominación; y por último, entre los mismos Árabes, la raza *modharita* miraba con gran animosidad y encono a la *siriaca* y *yemenita*. Además, todas las razas y pueblos sometidos, lo mismo los descendientes de los antiguos cristianos españoles que los árabes y Moros acostumbrados desde los tiempos mas remotos a la independencia del desierto, eran hostiles a la dinastía que imperaba en Córdoba. No había en la sociedad árabe-hispana unidad de miras ni intereses mutuos, ni había para todos un solo altar y un solo código, ni otro vínculo que los uniese y hermanase entre sí, inspirándoles un verdadero sentimiento de nacionalidad. Natural resultado de tales divisiones y odios fueron las guerras intestinas que ensangrentaron la España árabe, sin que la monarquía de Córdoba lograra apenas un solo momento de paz interior durante los 150 años que corrieron desde la fundación de aquel estado hasta el califato de Abderrahman III.

Pero la época verdaderamente crítica para aquel imperio y para la dominación árabe en España fue la segunda mitad del siglo IX. No parecía sino que la obra larga y trabajosa emprendida por los primeros monarcas debía venir a tierra bajo los reinados borrascosos de Mohammed I, Almondzir y Abdallah. Tal fue el desconcierto, tal el desquiciamiento que se notó por todas partes en la España sarracena, alterándose todas las razas y pueblos, así musulmanes como cristianos, unos contra otros y todos por su propia cuenta, dejando sola y desamparada la monarquía de los Umeyyias. Entonces, según dice el famoso historiador Ibn Hayyan, creyeron los musulmes españoles que su causa iba a sucumbir, volviendo la península al dominio de los cristianos. Y así hubiese sucedido a no ser por el genio y la fortuna de Abderrahman III, que salvó a la España árabe de aquella terrible crisis, elevándola a un grado de fuerza y grandeza que no había conocido hasta entonces.

Estos azares y convulsiones, las guerras de adentro y las de afuera, habían sido harto desfavorables al cultivo de los buenos estudios y al progreso de la literatura. Y así es que a pesar de las cualidades sobresalientes que reunían aquellos naturales, como se ha dicho, para los estudios literarios, y a pesar de la ilustración de los soberanos de Córdoba, grandes protectores y aun adeptos de las musas, éstas no medraron lo suficiente ni produjeron el copioso y excelente fruto que en los siglos siguientes. Hubo, sí, en este tiempo sultanes y emires que gustasen de asistir a sesiones literarias en el mismo alcázar de Córdoba, repartiendo honores y premios a los ingenios más aventajados; hubo talentos tan insignes como el teólogo y jurisconsulto *Baqui ben Majlad*, como el poeta *Algazzal*⁴³, como el emir *Abderrahman II*⁴⁴ dado a los estudios filosóficos, como su contemporáneo el médico *Abbás ben Firnás*, inteligencia vastísima, que sobresalió al par en la poesía, en la música, en la astronomía, en la física, y generalmente en las ciencias filosóficas; y, en fin, como *Abdelmelic ben Habib Assolami*⁴⁵, varón sapientísimo en todas las ciencias entonces conocidas; pero la grandeza literaria empezó al par con la política bajo Abderrahman III el Grande.

En deplorable y ruinosa situación halló este califa la España sarracena; y casi parece maravilloso con qué acierto y felicidad logró reparar la monarquía y el estado. Hombre realmente superior y dotado de raras prendas y talentos, gran capitán y gran gobernante, supo aprovecharse del quebranto y desaliento en que se hallaban todos los partidos, habiendo gastado sus fuerzas en destrozarse mutuamente. Después de reducir, uno por uno, a todos los caudillos y pueblos sublevados, emprendió la guerra y la llevó adelante con igual fortuna contra los cristianos del Norte.

43 Murió hacia el año 864 de J. C.

44 Murió en la hégira 238—852 de J. C.

45 Murió en 258—852.

Enardecido así el fanatismo musulmán, y olvidada del todo con los triunfos de afuera la política interior, el monarca y la monarquía se cubrieron de gloria, y pudo Abderrahman, ya sin resistencia alguna, intentar y llevar a cabo la reorganización del país. Dócil y sumisa una población ávida de paz y reposo, se dejó gobernar por aquel soberano, que aseguró en ella la tranquilidad, el orden y la buena administración, y, como consecuencia de estos beneficios, el desarrollo de la riqueza y prosperidad pública. Arrojadas las armas, dedicáronse los pueblos a la agricultura, a la industria y al comercio, que fueron prosperando más y más cada día, volviendo a henchirse con las contribuciones y tributos las arcas del tesoro que Abderrahman había hallado exhaustas. Con esto pudo el califa emprender grandes obras y monumentos, sobre todo en Córdoba que creció y se embelleció extraordinariamente, llegando a ser una de las mejores capitales del mundo con sus ciento y sesenta mil casas, sus numerosos alcázares, sus tres mil mezquitas, sus ochenta mil talleres y tiendas, sus seiscientos baños, sus veinte y ocho arrabales, su medio millón de habitantes y sus deliciosas y feraces campiñas, en que contaba tres mil alquerías y cuatro mil trescientos entre axarafes y almunias⁴⁶. Organizó Abderrahman un ejército numerosísimo y bien disciplinado, con que tenía a raya a los cristianos de León y Castilla y dilataba sus dominios por la Mauritania, y una soberbia flota, con que disputaba a los Fatimitas el señorío del Mediterráneo. Esta preponderancia le facilitó alianzas ventajosas con los soberanos más poderosos de su tiempo, recibiendo ostentosamente en su corte a los embajadores de Constantinopla, [Alemania](#), Italia y Francia. Así la monarquía cordobesa y el califato andaluz alcanzaron una autoridad y fuerza que nunca habían tenido hasta entonces; se centralizó el poder; se estableció la unidad nacional con la cohesión posible, y logró en fin aquella sociedad por algún tiempo todas las mejoras y adelantos compatibles con las condiciones de la época, del país y del islamismo.

La grandeza política y la prosperidad pública trajeron necesariamente consigo el progreso de la civilización, y particularmente el de las buenas letras que ocupan el primer puesto entre las artes de la paz. Abderrahman III, por su hábil política, su magnificencia y su amor a las letras, es en la Córdoba árabe lo que Augusto fue en Roma; y así como bajo el gobierno de este emperador entró en su edad de oro la literatura del pueblo romano, dueño ya del mundo, bajo el califato de aquel ilustre Umeyya, elevados los Árabes andalusíes a su mayor alteza y fortuna, dieron a su literatura un vuelo extraordinario que conservó por espacio de dos largos siglos.

¿Con qué caracteres se nos presenta desde luego la literatura arábigo-hispana en su edad de oro? Así como la romana se había desarrollado y enriquecido, parte con elementos propios de aquella sociedad y parte con extraños, tomando lo mejor de los demás pueblos, así los árabes aspirando igualmente a la conquista y dominación universal, habían sabido aprovecharse de la ciencia extranjera de Persas, Indios, Egipcios, Sirios y Griegos, acomodando estos conocimientos, en cuanto era posible, al genio semítico, a la índole especial de su raza y al espíritu de su religión. Pero si en la parte científica aquella civilización habíase enriquecido con el saber de todos los pueblos antiguos, especialmente del griego, adoptando a Bidpai y a Zoroastro, a Platón y a Aristóteles, a Hipócrates y a Galeno, a Euclides y a Dioscórides, en la parte amena y de bella literatura, que era la más vasta, más rica y propiamente arábica, su elemento principal era el poético.

No cumple ahora a mi propósito el investigar los orígenes de esta literatura: básteme apuntar que al venir los árabes de Oriente, trajeron consigo, además del Corán, gran monumento y fuente de su lengua y su religión, ricos gérmenes de ilustración en innumerables poesías de los ingenios del desierto anteriores a Mahoma y de los que florecieron en el primer siglo de la hégira. Estas poesías, líricas, descriptivas, heroicas, no sólo alcanzan la mayor importancia en la gente árabe eminentemente poética, sino que vinieron a ser para los Andaluces la fuente de su literatura clásica como veremos después. Y tales elementos no sufrieron alteración notable trasplantados a nuestra península; porque al establecerse los sectarios de Mahoma en el suelo español que nombraron *el*

46 Es decir, cortijos, huertas y casas de campo.

Ándalus, y que sus autores celebran por la templanza de su ambiente, amenidad de sus campos, abundancia de sus ríos y fuentes, variedad y excelencia de sus frutos, antes que mudar de clima y país, creyeron hallar en la tierra el paraíso de deleites ofrecido por su profeta. El espectáculo de la naturaleza y bellezas de estas regiones, sobre todo en las deliciosas comarcas de Andalucía y Valencia, no suministraron menos caudal de inspiración a la imaginación ardiente y sensual de los árabes que en otro tiempo los decantados países de la Siria y del Yemen.

El espíritu conservador que siempre mostró aquel pueblo por sus antiguos usos y costumbres, y la comunicación y relaciones literarias que mantuvo con los ingenios árabes del Oriente, contribuyeron mucho a conservar el antiguo carácter de su literatura. Al mismo tiempo las guerras y hechos de armas que llevaron a cabo para conquistar estos reinos y después para mantener su señorío contra los cristianos que peleaban heroicamente por su restauración, conservaron vivos en aquellos Árabes el fervor y aliento de sus grandes ánimos, y sus victorias, conquistas y hazañas levantaban su espíritu para aspirar a lodo linaje de glorias. Por otra parte, la prosperidad del estado y la nación, la magnificencia y suntuosidad asiática que se introdujo en aquella corte, dieron fomento a la poesía, que puede mirarse como el lujo de la inteligencia y los conocimientos humanos. Además el amor a la poesía y la munificencia con los poetas, que siempre distinguieron a los emires árabes desde remota antigüedad, se nota muy señaladamente en los califas del *Ándalus*, que derramaron espléndidamente sus tesoros, destinos y favores en los adeptos de las musas, a quienes miraban como el mejor ornamento de su imperio. Para mayor gloria suya y beneficio de las letras, aquellos príncipes eran también poetas y eruditos, y así convirtieron sus alcázares y cortes en academias literarias, distribuyendo considerables premios a los escritores más aventajados y conservando siempre abierto un palenque para los certámenes de ingenio, con que mantenían vivos el fervor y la emulación por merecer tan útiles y honrosos lauros.

Con este carácter, pues, se nos muestra la literatura de los Árabes andaluces al empezar la primera parte de su siglo de oro bajo el reinado de Abderrahman III. La historia nos presenta a este monarca insigne en los maravillosos aposentos y deleitosos vergeles de *Medina Azzahrá*, fundación suya, rodeado de una lucida corte en que sobresalen los literatos y poetas grandemente favorecidos por su real munificencia. Allí le consagra sus últimas canciones el muy celebrado como poeta y como historiador *Ahmed ben Abdirrabbih*⁴⁷, que a semejanza de los antiguos trovadores de la Arabia, ha gastado su vida en componer elogios y panegíricos a los sultanes y emires andaluces, los cuales, sin humillarle, le pagan su adulación con grandes distinciones y presentes. Este ingenioso y erudito varón solaza agradablemente las veladas del califa con las leyendas históricas en prosa del *Quitab Alicd* o *Libro del Collar* y con los poemas u odas tituladas *Almowaxahát*, donde celebra las hazañas, sucesos y gloriosas prendas de los emires de Córdoba: género de poesía cuyo carácter señalaremos después, y que inventado por Ahmed alcanzó gran estimación y boga entre los ingenios árabes de Occidente y de Oriente. Entre los muchos vates que frecuentan la corte de Abderrahman, debo hacer mención señalada de las poetisas *Fátima* de Valencia⁴⁸, *Mozna*⁴⁹ y *Aixa* de Córdoba⁵⁰, todas notables, según cuentan, por la dulzura y elegancia de sus versos. También el mismo Abderrahman se inspira con el espectáculo de las maravillas que creó en aquellos alcázares, y ante el prodigioso pabellón del califato, donde brota la fuente de azogue y cuya techumbre cubren tejas de oro y de plata, compone aquellos magníficos versos que empiezan de esta suerte:

«Los reyes insignes cuando querían dejar en pos de sí memoria de sus hechos los pregonan con las lenguas de la arquitectura.»

Favorable fue asimismo este reinado para otros ramos de la literatura árabe. Sin detenernos en las ciencias teológicas y derecho musulmán, en que florecía el xequé *Mondzir ben Said Alboluthi*,

47 Murió en 329—940.

48 Murió en 319—931.

49 Murió en 369—969.

50 Murió de edad avanzada en 400—1010.

predicador y valido de Abderrahman, recibían impulso a la sazón los estudios históricos y científicos. En los históricos se distinguieron *Ahmed ben Mohammed ben Abdelbarr*⁵¹; *Casim ben Asbag*⁵², que sobresalió también como político y moralista; y principalmente su discípulo el célebre *Ahmed Arrazi*⁵³, llamado *Attariji* o el Cronista por excelencia y conocido entre nosotros por el [Moro Rasis](#). Escribió éste muchas y muy apreciables obras, así históricas como geográficas, de las que solo mencionaré la *Descripción general de España* y la *Historia de los Emires andaluces*. Sucedióle en esta afición y estudios su hijo Isa, llamado igualmente Arrazi, que escribió dos historias una *General del Ándalus* y otra de los *hagibes*⁵⁴ *andalusíes*. La historia literaria se cultivaba al propio tiempo por *Otzman ben Rebia*⁵⁵, que compuso las *Clases de los poetas andaluces*, y por *Mohammed ben Hixem ben Abdalaziz*⁵⁶, del linaje real Umeyya, que escribió una *Historia de los poetas españoles*.

Tampoco debo olvidar a dos sabios cordobeses, el astrónomo y matemático *Yahya ben Yahya ben Almina*⁵⁷ y el gramático y filósofo *Mohammed ben Ismail* conocido por *Haquim Alcorthobi*⁵⁸, en prueba de que estas ciencias se cultivaban a la sazón en el Ándalus.

Pero cuando la literatura de los árabes españoles se levanta al supremo grado de esplendor, es bajo el reinado de *Alhacam II*⁵⁹, hijo y sucesor de Abderrahman el Grande. El nuevo califa, habiendo hallado el imperio en alta grandeza y prosperidad, pudo consagrarse en paz y reposo al cultivo y fomento de las letras que eran su pasión y sus delicias. A costa de grandes investigaciones y de inmensas sumas, reunió en su alcázar de Córdoba una biblioteca rica en todos los ramos del humano saber, tan copiosa que dicen atesoraba cuatrocientos mil volúmenes, y según otros seiscientos mil, llenando su índice hasta cuarenta y cuatro. Esta riquísima biblioteca se había allegado, no sólo en España sino hasta en los más remotos confines del mundo sarraceno, usando en ello Alhacam de tanta diligencia y liberalidad que, según nos recuerda Mr. Dozy, logró procurarse a veces por medio de sus comisionados en Oriente libros compuestos en la Siria y la Persia antes que persona alguna los hubiese leído en aquellos mismos países. Tal sucedió con la magnífica colección de antiguas poesías e historias árabes titulada *El gran libro de las canciones*, a cuyo autor *Abulfarag el Ispahanense* hizo Alhacam un regalo de mil piezas de oro al encargarle el primer ejemplar del libro, y otro, cuantioso también, después de haberle recibido. Pero este califa no se contentaba con hacer venir los códices más peregrinos desde Bagdad o Damasco, desde el Cairo o Alejandría, sino que atraía también con el aliciente de grandes honras y mercedes a los sabios y literatos, no sólo de toda la España árabe, sino de los países orientales.

Si queremos apreciar el gran impulso que dio a las letras tan ilustrado emir, trasladémonos con el pensamiento a su delicioso retiro de Medina Azzahrá, donde le hallaremos gozando del trato y conversación de los poetas y literatos más insignes de aquella época. Entre las poetisas y mujeres doctas encontraremos a su amada la bella e ingeniosa *Radhia*⁶⁰, a *Lobna*⁶¹, su secretaria, a *Fátima bent Zacaria*⁶², de Córdoba, autora de muchos volúmenes, a *Aixa* y a *Meriem*⁶³; pues como en este

51 Murió en 338—950.

52 Murió en 340—951.

53 Murió en 344—955.

54 Los primeros ministros.

55 Murió en 310—922.

56 Murió en 340—951.

57 Murió en 315—927.

58 Murió en 331—942.

59 Murió en 366—976.

60 Murió en 423—1052, de 107 años.

61 Murió en 374—984.

62 Murió en 427—1036, de 94 años.

63 Murió en 411—1020.

tiempo las buenas letras eran tan apreciadas en el *Ándalus*, también se dedicaban a su cultivo las mujeres, y aun se cuenta de la mencionada Meriem que tuvo academia pública de literatura en Sevilla su patria.

Entre los poetas hallaremos al célebre *Ismail ben Bedr*⁶⁴, ya viejo, vencedor en muchos certámenes y rawi o contador de Alhacam, en cuyo consejo el puesto de wacir; a *Mohammed ben Yahija Alcalafath*; a *Yahya ben Hodzail*, cordobés; y callando otros de menos fama, a *Ahmed ben Farag*⁶⁵, de Jaén, historiador y poeta insigne y compilador de la colección poética *El libro de los Huertos* que dedicó al emir Alhacam.

Pero no eran solamente los poetas los allegados al trato y a la gracia de este califa, pues él alentaba y protegía a todos los hombre de letras, cualesquiera que fuesen los ramos especiales a que se dedicasen. Las ciencias y estudios graves se cultivaban con gran provecho en las aulas públicas, habiendo tomado bajo aquel monarca grandes aumentos y esplendor las célebres madrisas y escuelas de Córdoba. No contento Alhacam con las muchas escuelas que ya había de instrucción primaria, y en donde se estudiaba hasta la gramática y retórica, quiso facilitar los medios de instrucción a la clase pobre, fundando en la capital hasta veintisiete escuelas gratuitas de dicha enseñanza, cuya dotación aumentó y fijó de un modo seguro y permanente poco antes de morir: solicitud que hace mucho honor a la ilustración de este emir. «En cuanto a la universidad de Córdoba (dice Mr. Dozy), era entonces una de las más famosas del mundo. En la aljama, o mezquita mayor (porque allí se daban las lecciones) *Abu Becr ben Moawia el Coraixita* enseñaba las tradiciones relativas a Mahoma; *Abu Ali Álcali*, de Bagdad⁶⁶, dictaba una grande y preciosa colección que contenía inmensa cantidad de noticias curiosas sobre los antiguos Árabes, sus proverbios, su lengua y su poesía: colección que publicó más adelante bajo el título de *Amali* o Dictados. La gramática se explicaba por *Ibn Alcuthia*⁶⁷, que a juicio de Abu Ali Álcali era el gramático más sabio del *Ándalus*. Las demás ciencias tenían representantes no menos ilustres. Millares de estudiantes frecuentaban las aulas, si bien los más de ellos cursaban lo que se llamaba *fiqh*, es decir la teología y el derecho, porque esta ciencia conducía entonces a los puestos más lucrativos.»

Así, pues, todos los ramos del humano saber florecían bajo el gobierno de príncipe tan ilustrado. El estudio de la rica y hermosa lengua hablada a la sazón por los Andaluces se cultivaba por gramáticos tan ilustres como los referidos Ibn Alcuthia y Abu Ali Alcali. Este último había sido preceptor del emir Alhacam, y si bien nacido en el Oriente, mereció ser llamado *el Filólogo del Ándalus* por los muchos y notables estudios que hizo aquí sobre el idioma arábigo.

Los estudios históricos seguían en progreso. La historia política era tratada por escritores tan eminentes como el catib *Arib ben Sad*⁶⁸, secretario y favorito del califa, como el cronista y geógrafo *Motharrif ben Isa*⁶⁹ de Granada, y como el ya celebrado *Mohammed ben Omar* de Córdoba, llamado *Ibn Alcuthia* o *el Hijo de la Goda*⁷⁰, por ser descendiente de Sara, nieta del rey godo Witiza. Ibn Alcuthia escribió una importante [crónica](#) que hoy afortunadamente se conserva. La historia literaria se cultivaba por Ahmed ben Farag de Jaén, ya elogiado como poeta, y por el mismo califa Alhacam que había ilustrado con preciosas netas históricas y bibliográficas todos los volúmenes de su inmensa librería.

64 Murió en los primeros años de este reinado.

65 Murió en 360—970.

66 Murió en 356—966.

67 Mas célebre aun como historiador, según se verá luego.

68 Vivía por los años 353—964.

69 Murió en 377—987.

70 Murió en 367—977.

En las ciencias naturales y médicas se distinguían por este tiempo *Mohammed ben Abdun*, el mas afamado entre los médicos de Córdoba y que lo fue de Alhacam y después de su hijo y sucesor Hixem II, e *Ibn Cholchol* de Valencia que también vivió hasta el reinado siguiente y compuso una *Historia de los médicos andaluces*. Pero la protección de Alhacam alcanzó hasta la astronomía y la filosofía, ciencias aborrecidas por el pueblo. Alhacam impulsó doblemente tales estudios, recogiendo en su biblioteca libros de aquellas ciencias y amparando con su autoridad a los que se dedicaban a su cultivo para que no pudiesen a manos de los musulmanes fanáticos. Entre los filósofos de aquel tiempo debemos celebrar al ya mencionado *Ibn Cholchol de Valencia*, que fue al par médico y matemático insigne, y entre los astrónomos al Cordobés *Ibn Zaid* llamado *Aloscof* o el Obispo, probablemente porque ejercía este cargo y dignidad entre los cristianos de aquella corte, el cual fue protegido de Alhacam y escribió bajo sus auspicios varias obras muy apreciables sobre la ciencia en que sobresalía.

No fue tan favorable a todos los ramos de la literatura el reinado de Hixem II, hijo y sucesor de Alhacam. Harto sabido es que quien gobernó el estado en nombre de aquel califa, pero en realidad por su propio consejo y autoridad, fue el hagib *Mohammed Almanzor*⁷¹, terror de la cristiandad española y famosísimo entre los capitanes y los repúblicos. Bajo su gobierno la España árabe creció al par en poderío y gloria, se mantuvo la paz dentro del reino, y fuera se hizo la guerra con más gloria y fortuna que nunca, siendo continuamente derrotados los cristianos del Norte, conquistadas sus mejores plazas y retraídos casi, como en tiempo de Don Pelayo, a las montañas de León y Asturias. Pues este Almanzor que todo lo dirigía al mejor logro de sus planes políticos, aunque era también hombre de letras y había hecho sus estudios en la universidad de Córdoba, queriendo pasar por muslim celoso, se mostró enemigo de todas las ciencias profanas, y por adular las inclinaciones fanáticas de vulgo, llegó al extremo de mandar quemar cuantos libros de astronomía, filosofía y otros conocimientos útiles había atesorado en su riquísima biblioteca el ilustrado califa Alhacam. Almanzor protegió solamente a los alfaquíes y poetas, y a estos especialmente para que fuesen encomiastas y pregoneros de las glorias y triunfos que alcanzaba en pro del islamismo. Con esta mira interesada en ellos desplegaba su largueza, premiando sus panegíricos y poesías aduladoras con grandes sumas; de ellos tenía poblado su consejo y provistos en sus personas los principales destinos de la corte, acudiendo al aliciente de su liberalidad muchos vates de África y del Oriente. Ora sea en sus alcázares y vergeles de la Alameda y Azzáhira, ora en las academias y sesiones públicas, ora bajo las tiendas de campaña, la historia nos muestra al hagib rodeado de sus poetas mercenarios, en cuyo número sin embargo se cuentan muchos y excelentes ingenios.

Entre ellos sobresalen: *Ahmed ben Darrag Alcasthalli*⁷², alcatib de Almanzor y uno de los mejores poetas que cuenta la España árabe, apellidado *el Motanabbi*⁷³ *de Occidente*; el poeta cortesano *Sáid Abulalá*⁷⁴, venido de Bagdad en el Oriente; el wacir *Abdelmelic Abu Meruan* el de Algeciras; *Yusuf ben Harun Arramadi*⁷⁵ de Córdoba, poeta insigne, llamado *la Delicia de los príncipes* y que sin embargo murió en gran pobreza; *Said ben Otzman* conocido por *Ibn Billitha*; *Ziyádat Allah*, autor del *Quitab Alhimam* o *Libro de la Muerte*; el poeta y capitán *Ibn Yalá*; *Ibn Alarif*; *Motharrif ben Abilhobab*, y *Obbada ben Abdallah*, malagueño, uno de los mejores poetas y literatos de aquel siglo. Señalóse así mismo entre los poetas de aquella época *Meruan ben Abderrahman*⁷⁶, del linaje real de los Umeyyas, célebre por su ingenio y por el arrebató amoroso que le llevó a dar la muerte al autor de sus días, y que encerrado largos años en una torre, exhaló su

71 Murió en 392—1002.

72 Murió en 421—1030.

73 Célebre poeta de Siria, que murió en 965 de J. C.

74 Murió en 410—1019.

75 Murió en 1013, y según otros en 1022.

76 Murió hacia el año 400—1010; Conde le llama equivocadamente Aben Maron.

dolor en sentidos y dulcísimos versos. Entre los monumentos literarios que nos quedan de aquel reinado hallaremos muchas poesías en elogio de Almanzor y aun versos muy notables de este mismo en que se gloria por la alteza a que le elevaron su gran corazón y sus proezas en la guerra santa.

También debemos contar, aunque en menor número, entre los ingenios favorecidos por Almanzor, algunos varones doctos en otros ramos del humano saber, como el célebre jurisconsulto *Ibn Ibrahim Alassili*⁷⁷, a quien nombró del mexuar o consejo de justicia; el teólogo y jurista *Abu Mohamed Abdallah Albachi* de Sevilla⁷⁸; el distinguido literato *Ahmed ben Said ben Hazm*⁷⁹, uno de sus wacires; y *Mohammed ben Hasan Azzobaidi*⁸⁰, sevillano, que había sido preceptor del califa Hixem y fue el gramático y filólogo más insigne de su tiempo. Por este mismo tiempo floreció en Córdoba el célebre autor de obras legales y teológicas *Ibn Abi Zamanin*, natural de Almería⁸¹.

Por el propio tiempo habitaba en Córdoba el ilustre matemático y astrónomo *Maslama Almachrilhi* o el Madrileño⁸², y florecía *Abderrahman ben Meruan Alcanazi*⁸³, que escribió una *Historia de los filósofos de Córdoba*. La geografía se cultivaba por *Yahya ben Mohammed Attamimi*, de Guadalajara⁸⁴, y *Motharrif ben Isa*, de Granada⁸⁵. La historia política tuvo escritores tan notables como *Ahmed ben Musa Alarawi*⁸⁶, como *Ahmed ben Said Alhemdani*⁸⁷ o de Alhendin, y en fin como el célebre cronista *Ibn Alfaradhi*⁸⁸. La historia literaria se cultivó por *Mohammed ben Haritz Aljoxani*, de Córdoba, que escribió en seis tomos las [*Vidas y muertes de los jurisconsultos e historiadores del Ándalus*](#)⁸⁹, y por *Suleiman ben Bither* de Adamuz⁹⁰, que compuso una *Historia de los letrados de Córdoba* en ocho partes. Por el mismo tiempo *Mohammed ben Abdallah ben Salim Alcaxquinani* redactó una *Biblioteca de los jurisconsultos y jueces del Ándalus*; el Zobaidi antes mencionado escribía la *Historia de los últimos jurisconsultos cordobeses*; e *Isa ben Mohammed Abulasbag*⁹¹ daba a luz una *Historia de los jurisconsultos de Elvira*.

Aquí concluye la primera parle del siglo de oro de la literatura árabeto-hispana. Grandes acontecimientos y cambios se realizan en el orden político. Sucumbe al cabo la poderosa dinastía de los Umeyyas combatida por los partidos y minada en sus cimientos por la torcida política de Almanzor, que para conservar el poder en sus manos y las de sus hijos, había destruido la antigua aristocracia árabe, sobre todo la más adicta a los Umeyyas, y elevado en su lugar una nueva aristocracia de gente extranjera y venal de Berberiscos y Eslavos, a quienes había confiado los puestos más altos de la milicia y del gobierno. Agrávanse de repente los males que trabajaban desde lo antiguo la sociedad árabeto-hispana como condición forzosa de su naturaleza; y así no hay que extrañar el que se hunda y desaparezca en un momento aquel imperio tan próspero y brillante en la apariencia como disuelto y carcomido interiormente. Prueba clara de la impotencia de una sociedad

77 Murió en 392—1002.

78 Murió en 378—988.

79 Murió en 402—1012.

80 Murió en 379—989.

81 Murió en 398—1007.

82 Murió en 398—1007.

83 Murió en 415—1022.

84 Murió en 394—1005 a 1004.

85 Murió en 357—967, y según otros en 3577—987.

86 Murió en 388—958.

87 Murió en 399—1008.

88 Murió en 405—1012 a 1015.

89 Llegó en su historia hasta el año 969.

90 Murió en 404—1013.

91 Murió en 403—1012.

y una civilización fundadas en el islamismo que pueden lucir y deslumbrar un instante, pero cuya pronta ruina es inevitable.

Con razón observa Mr. Dozy: «Esta sociedad, tan floreciente en la apariencia, llevaba en sí misma el germen de la destrucción; si la lucha de las razas había cesado, iba a reaparecer bajo otra forma: la lucha de las clases.» Verificándose de repente un cambio maravilloso, decae para siempre el islamismo español y la España cristiana levanta su cabeza para no abatirla jamás. Los últimos emires del linaje Umeyya sucumben sin fortuna y sin gloria, y por todas partes se proclaman emires o reyes los generales y caudillos más poderosos de las diferentes parcialidades de Árabes, Bereberes y Eslavos. Fúndanse reinos y señoríos independientes en Sevilla, en Huelva, en Granada, en Málaga, en Almería, en Badajoz, en Toledo, en Zaragoza, en Albarracín, en Valencia, en Denia y en Murcia: estados pequeños y flacos cuya existencia es una guerra continua que gasta y debilita el Ándalus y de la que se aprovechan reyes y capitanes cristianos tan ilustres como Fernando I, Alfonso VI y el Cid para adelantar grandemente la reconquista y para imponer vasallaje y tributo a los emires musulmanes poco antes tan poderosos. Estado de cosas, en fin, que duró unos ochenta años, y que hubiera acabado con la dominación de los Moros en España a no ser por la invasión de los Almorávides que vino a sostener la causa del islamismo, retardando la feliz restauración del cristianismo en toda la península.

Pero si bajo el aspecto político y nacional la caída de la monarquía cordobesa fue tan desastrosa para la España sarracena, continuó sin embargo en ella el progreso literario, porque el buen impulso estaba ya dado, porque los señores de los pequeños estados fundados entonces, o sea *los reyes de taifas*, fueron grandes protectores de las letras, y, en fin, porque ya sin la dominación opresora del califato, el genio árabe, dado a la independencia, pudo campeare libremente, aunque fuese por poco tiempo. En esta época, pues, según afirma el célebre historiador Ibn Jaldun, tomó gran vuelo el estudio de la lengua y la literatura árabe, o para usar de sus mismas palabras, *se hincharon y rebosaron los mares de la lengua y la literatura*. El carácter de la civilización y de las letras árabe-hispanas en este periodo fue, como en los siglos anteriores, eminentemente poético; pero la mayor libertad que tuvo el pensamiento, sacudido el yugo de la antigua monarquía, favoreció al cultivo de todas las ciencias y doctrinas sin excluir las filosóficas. Además, sometidos y a definitivamente al islamismo los Muladíes, representantes de la raza indígena, que bajo los últimos reinados había perdido toda esperanza de restauración, este elemento, copioso en el número y más importante aun por los caracteres de su raza y antigua nacionalidad, dejó sentir su influencia en la literatura de los Andaluces, prestándole cierto espiritualismo y propensión a estudios más racionales que los propios de la civilización árabe.

Uno de los escritores de aquel tiempo que representan mejor aquella raza y aquella influencia, fue el famoso *Ibn Hazm*, de quien luego hablaremos con detención suficiente: varón de inmenso ingenio, sobresaliente en toda literatura incluso los estudios filosóficos, escritor en fin de quien dice el sabio Dozy: «No hay que olvidar que este poeta, el más casto, y aun me atrevería a decir que el más cristiano entre los poetas musulmanes, no era un Árabe de pura sangre. Biznieto de un español cristiano, no había perdido enteramente la manera de pensar y de sentir propia de la raza a que pertenecía. En vano estos Españoles arabizados renegaban de su origen, puesto que en el fondo de su corazón quedaba siempre algo de puro, delicado y espiritual que no era árabe.»

Hundido, pues, el famoso califato andaluz en la persona de Hixem II, ya no es sólo en la célebre Córdoba en donde brilla el sol de la ilustración árabe, pues todas las ciudades que se han erigido en cabezas de reinos le disputan aquella gloria y se convierten en otros tantos centros y emporios de las letras y la cultura. Pero si la llama del saber se comunica y prende por toda la España sarracena, no se apaga ni aun se amortigua en la antigua corte del califato. Córdoba pues, a pesar de las revoluciones y trastornos porque pasó en este tiempo, mantiene su superioridad literaria, primero bajo el gobierno débil de los últimos Umeyyas, reducidos casi al señorío de la capital, y después bajo los Benu Chehwar, presidentes del senado o república que se formó en

aquella ciudad al caer los califas. Al frente de los literatos de este periodo marchan como siempre los poetas, que ahora buscan su inspiración en las grandezas de lo pasado, lamentando la ruina del gran califato de Occidente, y la desolación de aquellos alcázares, mansiones en otro tiempo del placer y asilo de las letras.

Un vástago degenerado de la regia estirpe Umeyya, émulo de la gloria de sus predecesores, pero príncipe flaco y afeminado, *Mohammed Almostacfi Billah*⁹², restaurando los mágicos alcázares de Medina Azzahrá, fundación de Abderrahman el Grande, se rodea en ellos de una lucida clientela de poetas y literatos. Entre los muchos ingenios que florecieron entre el fausto de aquella corte efímera bástenos citar a Wallada e Ibn Zaidun. *Wallada*⁹³, hija de aquel califa, es célebre en la historia por su hermosura, gracia y talento, y por el amor infortunado que inspiró a Ibn Zaidun. Hundido el trono paterno, Wallada supo reinar por sus raras dotes de música y de poetisa, abriendo en Córdoba sus salones a los literatos y artistas y admirándolos con sus versos, de los cuales se conservan muchos que la acreditan como una poetisa eminente y la mejor de su siglo. *Abulwalid ben Zaidun*⁹⁴ floreció en Córdoba bajo los últimos Umeyyas y bajo el gobierno de Abulwalid Chehwar, hasta que habiendo incurrido en el enojo de este príncipe, tuvo que huir de aquella ciudad y pasó a Sevilla donde alcanzó gran favor con sus reyes los Benu Abbad, Ibn Zaidun merece ser contado entre los primeros literatos de su siglo por sus epístolas elegantes y llenas de agudeza, a que debió ser llamado *el Bohtori*⁹⁵ de Occidente, por su historia de los Umeyyas, y principalmente por su *Diwan* o colección de poesías líricas, descriptivas y eróticas, muchas de las cuales pregonan su ardiente pasión por la princesa Wallada, de quien primero fue amante favorecido y después desdeñado: veleidad femenina que llenó de amargura la vida de aquel poeta.

Entre los literatos de aquel tiempo debemos contar a los ilustrados emires del linaje de Chehwar que gobernaron en Córdoba, como dijimos; *Abulhazm*⁹⁶ y *Abulwalid*⁹⁷, ambos señalados por su erudición, luces y talento poético. Durante su señorío florecieron en aquella ciudad escritores tan distinguidos como *Ahmed ben Xohaid*⁹⁸, muy señalado en la poesía y la elocuencia y autor del libro *Hanut Athari* o *la tienda de aromas*, y *Alacam ben Raxic Alcairaiuani*⁹⁹, poeta, historiador y filólogo insigne y muy docto en la antigua poesía árabe. Pero el ingenio más sobresaliente de aquel tiempo fue el y a celebrado *Alí ben Ahmed ben Hazm*¹⁰⁰, natural de Córdoba e hijo de otro Ibn Hazm, literato y wacir, que había sido de Almanzor. Diose a conocer bajo los últimos Umeyyas, habiendo sido primer ministro del califa Abderrahman V de este nombre, a cuya caída Ibn Hazm se retiró a la vida privada, dedicándose a cultivar su talento privilegiado y vastísimo, que abarcó casi todos los conocimientos humanos, escribiendo numerosos libros sobre el *fiqh*, las tradiciones mahometanas, la gramática, la poesía, la historia, la lógica y dialéctica y, en general, sobre las ciencias filosóficas.

Pero la antigua corte del califato tenía por este tiempo una digna rival en la opulenta y principal Sevilla, merced a sus reyes los Benu Abbad, todos ellos aventajados en ingenio, erudición y amor a las letras. Su estado, que fue de los más florecientes y poderosos entre los reinos de taifas, se vio embellecido por la magnificencia y liberalidad de aquellos monarcas con notables monumentos de las artes, y su corte brilló también con el lujo de la poesía; de suerte que con razón pudieron llamar los bardos árabes al palacio de los Abbaditas un cielo en donde resplandecía una

92 Imperó por los años de 416—1025.

93 Murió en 484—1091.

94 Murió en 463—1071.

95 Célebre escritor del Oriente que murió en 284—897.

96 Murió en 435—1043.

97 Murió en 450—1058.

98 Murió en 426—1034.

99 Murió en 463—1070.

100 Murió en 456—1063.

brillante pléyada de poetas. Aunque el primero de aquellos reyes, llamado *Almotadhid*¹⁰¹, fue muy benemérito de las letras y poeta elegante, le sobrepujo su hijo y sucesor *Almotamid*¹⁰², autor de excelentes poesías, ya descriptivas, como aquellas en que celebró su delicioso alcázar nombrado *Asserachib*, ya amorosas que consagró a diferentes bellezas que sucesivamente fueron objeto de sus ardientes amores: *Sihir* (la fascinadora), *Chauhar* (la perla), y sobre todas a la hermosa *Romaiquia*. Esta mujer, llamada por otro nombre *Omm Rebi*, debió a los encantos de su persona, y también a su talento poético, el elevarse de la condición más humilde hasta sultana y esposa predilecta de aquel emir: tanta estimación y valer alcanzaba entre nuestros Árabes el ingenio poético aun en la persona de una mujer. De *Romaiquia* han llegado hasta nosotros algunas composiciones, entre ellas una notable en que presume que descendía del linaje regio de los Abbaditas, suponiendo que había sido robada en su cuna y vendida a un arriero, de cuyo dominio la rescató *Almotamid* prendado del ingenio y discreción que advirtió en ella. También los hijos de este soberano fueron dados a la poesía, y *Yezid Arradhi*, uno de ellos, se distinguió por sus cantos eróticos dirigidos a la bella Cámar.

Largo sería querer celebrar uno por uno los ingenios que frecuentaban aquella lucida corte. El príncipe de ellos fue sin duda el ya mencionado Ibn Zaidun, pero debemos al menos citar los nombres de otros muy distinguidos. Tales fueron Abu Becr ben Ammar¹⁰³, poeta y literato excelente que gozó largo tiempo de los favores y del cariño del rey *Almotamid*, hasta que por diferentes agravios y por una sátira que compuso contra *Romaiquia*, cayó en desgracia con aquel emir que le hizo matar; *Abdelchalil ben Wahbun*, murciano, que escribió varias poesías muy estimadas, entre ellas una oda en celebridad de la gran victoria que alcanzaron los Moros en Zalaca; *Umeyya Abu Salt*¹⁰⁴, poeta, literato y filósofo insigne compilador de una antología poética andaluza; *Abu Bahr Yusuf ben Abdessamad*, poeta español muy célebre; el wacir *Abu Amir ben Maslama*, autor de varias obras en prosa y verso; y, en fin, *Ibn Allabana*¹⁰⁵ de Denia, eminente poeta y literato que agradecido a la protección recibida del rey *Almotamid* le acompañó con algunos otros poetas cortesanos cuando fue desterrado al África por los Almorávides, y lamentó en una elegía muy notable la catástrofe lastimosa de aquel emir y su dinastía.

Por aquel mismo tiempo lucía no menos brillante el sol de la ilustración arábigo-andaluza en la corte de Almería, gracias a la protección que su rey *Almotasim ben Somadih*¹⁰⁶ concedía a los adeptos de las letras. Este emir, no contento con reunir en su corte a los sabios y literatos más sobresalientes del Ándalus, llamó a ella a cuantos quisieron venir de apartadas regiones del mundo musulmán, colmándolos con sus premios y favores. Su alcázar y vergeles de la Somadihia eran el albergue de las musas, el palenque de los ingenios y la academia permanente de la poesía y la literatura. Allí competían *Assomaisir*, poeta ingenioso y satírico; *Ibn Alhaddad* de Guadix, autor de un sistema musical de arte métrica y tan señalado por sus versos que le llamaban el poeta de Andalucía; *Chafar ben Xaraf*, notable por la brillantez y lujo de imágenes que se notan en sus versos; *Abulwalid Annihli* de Badajoz; *Ibn Ojt Ghánim*, natural de Málaga¹⁰⁷, que se distinguió por lo prodigioso de su memoria y su vastísima erudición, sus obras filológicas y científicas y por el don de la poesía; el célebre geógrafo *Abu Obaid Albecri*¹⁰⁸, y otros muchos a quienes por no dilatar me más debo pasar en silencio.

101 Reinó desde 1042 a 1069.

102 Reinó hasta 1091.

103 Murió en 477—1084.

104 Murió en 529-1135.

105 Acerca de los literatos que florecieron en la corte de los reyes Abbaditas de Sevilla véase a Mr. Dozy en sus *Script. Arabum loci de Abbadidis*; passim.

106 Reinó desde 1051 a 1091.

107 Vivía por los años de 524—1129 y alcanzó más de cien años de edad.

108 Murió en 487—1094.

Entre aquel concurso de ingenios distinguíanse como poetas algunos príncipes de la misma familia real; de ellos el rey Almotasim, que compuso, entre otras poesías, dos notables descripciones en verso de los deliciosos pueblos de Berja y Dalías, su hijo *Rafiaddaula*, y su hija *Ommalquiram* que cantó a su amado el gentil Assammar de Denia. Aquel reinado, en fin, fue una época gloriosa para la literatura, y sobre todo provechosa para los poetas, los cuales en honor de la verdad, no siempre se hicieron merecedores del favor que les dispensó Almotasim, pues a veces se lo pagaron en mordaces y satíricos insultos¹⁰⁹.

Tampoco debo olvidar entre los emires que con su protección fomentaron las letras en la España árabe a los Afthasitas de Badajoz. De ellos fue *Mohammed ben Abdallah*, por sobrenombre *Almutdaffar*¹¹⁰, príncipe señalado por su liberalidad, instrucción y amor a la gente literata, el cual reunió en su alcázar una riquísima biblioteca y dejó un monumento de su vasta erudición en la obra que compuso en cincuenta volúmenes titulada *Quitab Almutdaffari*, selecta enciclopedia de historia, poesía, tradiciones, ciencias, y en fin, de cuantos conocimientos científicos y literarios alcanzaban a la sazón nuestros Árabes.

Su hijo y sucesor en el trono *Omar Almotawacquil*, príncipe valeroso, liberal y espléndido, fue juntamente muy amigo de las letras, y cultivó con éxito así la poesía como la prosa; pues según dice el célebre literato andaluz Ibn Jacan, sus poemas aventajaban por su buen enlace, artificio y armonía al collar de margaritas mejor ensartado y su prosa corría con tanta suavidad como el blando soplo de un aura leve. Dejó escritas algunas cartas notables por las galas del estilo y agudeza de los conceptos, que han conservado los historiadores de aquella dinastía. Compuso asimismo buenos versos, y fue, en fin, favorecedor generoso de los literatos. Con ellos solía reunirse en una *almunia* o sitio de recreo llamado *Albedi* (el maravilloso), muy celebrado por sus deleitosos jardines, donde las sesiones poéticas y certámenes de ingenio alternaban con los banquetes y festines. Allí concurrían tres hermanos poetas entre los cuales sobresalía el llamado *Abu Mohammed ben Abdun*¹¹¹, natural de Évora, a quien el rey había condecorado con los cargos de catib y wacir, y que según los críticos árabes, fue de los escritores más ilustres del Occidente, y elegantísimo así en la prosa como en el verso. Su ingenio aventajaba a su erudición, y esta era tanta que gracias a su prodigiosa memoria, se sabía al pie de la letra gran número de libros, entre ellos la extensa compilación histórico-poética titulada *Quitab Alaghani alquebir* o Gran libro de las Canciones. Entre las obras en verso que dejó escritas este Árabe lusitano la mas celebrada es su poema elegíaco en que lamenta la caída y lastimoso infortunio de aquella real dinastía de Badajoz, cuyo último rey había sido su protector: poema que imita las antiguas casidas árabes y que ilustró con un largo comentario histórico el distinguido literato *Ibn Bedrún* de Silves¹¹². Otro de los poetas que asistían en la corte del mencionado rey Omar era su wacir *Abu Becr ben Alcobtorna*, varón notable por su generosidad y por su ingenio, y autor de buenos versos.

Pero sería tarea interminable el celebrar a todos los príncipes de aquella época cuya generosa ilustración fomentó la literatura arábigo-hispana. Por lo tanto, me contentaré con añadir a tantos

109 A este propósito permítaseme insertar en este discurso una anécdota que prueba el gran ascendiente que en aquella corte se habían granjeado los poetas con la alta protección del rey y con el poder irresistible de sus sátiras. Cuéntase, pues, que un noble de Almería encargó al ya celebrado poeta Assomaisir un poema en su elogio; pero cuando éste se lo presentó concluido, el magnate rehusó pagárselo. Assomaisir disimuló por lo pronto; mas como al cabo de algún tiempo aquel noble convidase al rey a un suntuoso festín que le había preparado en su casa y Almotasim lo aceptase, Assomaisir le salió al encuentro y le dirigió los verso siguientes.

«Oh rey venturoso, cuya marcha llena de arrogante júbilo al hombre que ha dispuesto el banquete.

»No vayas a buscar tu sustento en casa ajena, pues los leones no van a la caza cuando tienen que comer.

»¡Por Allah! le contestó Almotasim, tienes razón, y se retiró a su alcázar, con lo cual el noble no sólo hizo en balde su gasto, sino que se vio desairado, y así el poeta logró vengarse.»

110 Murió en 460—1068.

111 Murió en 529—1138.

112 Escribió en la segunda mitad del siglo VI—XII.

nombres ilustres el del emir de Málaga *Idris ben Yafuja Alali*¹¹³ del linaje de los Benu Hammud; el de *Mochahid Abulchaix el Ameri*¹¹⁴, rey de Denia y las Baleares; el de *Almamun*, rey de Toledo, de los Benu Dzinnun¹¹⁵; él de *Ahmed Almocadir ben Hud*¹¹⁶, rey de *Assahla* o la Plana¹¹⁷, que fue juntamente hábil capitán, príncipe magnánimo y poeta insigne.

Tan considerable fue el movimiento poético que reinó durante este periodo en las brillantes cortes de los reyes de taifas, antorchas que brillan con pasajera pero vivísima luz. Veamos ya el estado que alcanzaba a la sazón el cultivo de los demás ramos de la literatura. Daremos principio por los estudios históricos, que en este tiempo alcanzaron su mayor apogeo y esplendor; porque la antigua escuela histórica de Córdoba, aleccionada con la costosa experiencia de las revoluciones y guerras civiles que habían derribado la monarquía Umeyya, y libre ya de los respetos o influencias cortesanas, pudo decir lo que sentía, corregir los errores cometidos por los cronistas anteriores, ensanchar el cuadro de la historia, dando cabida en él a todas las razas y pueblos que antes sometidos habían acabado por emanciparse del califato, y en fin, juzgar los hechos con miras políticas desconocidas hasta entonces. A la cabeza de esta nueva escuela marcha el cordobés *Ibn Hayyan*¹¹⁸, celebrado también como el mejor hablista de su siglo, el cual compuso sobre la historia del Ándalus innumerables volúmenes, de los que sólo se conserva uno íntegro y algunos fragmentos. Pero estas reliquias son preciosas y nos manifiestan la erudición, espíritu crítico, investigador y casi filosófico de este historiador, que no solo rayó muy alto entre los Andaluces, sino que puede sostener parangón con los mejores de las demás naciones. Sus principales obras son una *Crónica de España* en diez volúmenes, otra en sesenta titulada *El texto sólido* donde refiere los sucesos de su tiempo y una extensa crónica del famoso Almanzor.

Otro de los grandes historiadores de esta época fue el fecundo Ibn Hazm¹¹⁹, ya celebrado, que escribió una *Historia de los Umeyyas* y una *Colección de genealogías*, obras que se han perdido, pero conservándose algunos fragmentos y extractos en otros escritores donde se echa de ver copia de datos y buen criterio. Ibn Hazm dejó algunos discípulos muy aprovechados

(1)

en este urden de estudios, distinguiéndose entre ellos *Alhomaidi*¹²⁰, que escribió una Crónica general de los musulmanes, otra del Ándalus y un Diccionario biográfico de los sabios españoles. Por el mismo tiempo el ya mencionado *Ibn Zaidun* componía su historia de los califas Umeyyas de España; *Mohammed ben Isa Almozani*¹²¹ una historia del Ándalus; *Mohammed ben Abderrahman ben Obbada* de Mantilla¹²² unos Anales de España, y *Ahmed ben Abilfayadh* escribía a últimos del siglo una historia del califato continuada hasta su tiempo con el título de *Libro de los Ejemplos*. La historia literaria se cultivaba al propio tiempo en libros especiales por *Ahmed Abu Omar el Talamanqui*¹²³, que compuso una *Biblioteca de historiadores españoles*; por el rey de Badajoz Almutdaffar que redactó su gran obra histórico enciclopédica ya celebrada con el título de *Quitab*

113 Murió en 438—1046.

114 Murió en 456—1044.

115 Murió en 468—1075.

116 Murió en 474—1081.

117 En realidad rey de la taifa de Zaragoza, que extendió su territorio hasta el Mediterráneo. Mandó construir el palacio de la Aljafería: «¡Oh, alcázar de la alegría, oh, salón de oro!, con vosotros colmé mis anhelos...» (Nota del editor digital.)

118 Murió en 468—1076.

119 Murió en 456—1064.

120 Murió en 1094.

121 Murió en 471—1073.

122 Murió en 480—1087.

123 Murió en 430—1038.

Almutdaffari; por Ibn Hazm en su famosa carta, y mas tarde por los célebres *Ibn Jacan*¹²⁴ e *Ibn Bassam*¹²⁵, aquel en sus obras tituladas *Los collares* y *El codicioso*, y éste en su *Tesoro*.

La misma boga alcanzaban los estudios auxiliares de la historia. La geografía progresó notablemente con los trabajos del famoso *Abn Obaid Albecri*¹²⁶, autor de *Los caminos y las regiones* y del *Alfabeto de lo que es poco conocido*. Tampoco debemos pasar en silencio las obras genealógicas que escribió por este tiempo *Abdallah ben Mohammed Assayyid*, de Badajoz¹²⁷.

El estudio de las ciencias no florecía menos que el de la bella literatura. En la teología y el derecho musulmán, sobresalían *Yusuf ben Abdelbarr*¹²⁸, *Abulwalid Albachi*¹²⁹, célebre como jurisconsulto, y como poeta y comentador del *Mowatha*, y el malagueño *Yusuf ben Walid Alcoraxi*¹³⁰, sabio ilustre, que se distinguió además en las tradiciones mahometanas, en la escolástica, en la medicina, y sobre todo en la gramática y lexicografía. Estos últimos estudios estaban entonces muy florecientes, como lo atestigua Ibn Jaldun, quien concede el principado entre los hablistas de esta época al famoso historiador Ibn Hayyan.

El cultivo de las ciencias naturales, de la medicina y de la cirugía progresaba igualmente por este tiempo. El malagueño *Ibn Ojt Ghanim*, ya mencionado entre los ingenios favoritos del rey Almotasim de Almería, escribió en sesenta volúmenes un erudito Comentario al célebre tratado de botánica de *Abu Hanifa el Dainawari*¹³¹; *Abderrahman ben Wafid*, gran botánico y médico, estudió a Dioscórides y a Galeno y se señaló en los remedios simples; *Omar ben Abderrahman Alquermani*¹³², de Córdoba, fue según dicen gran aritmético y geómetra, y sobre todo médico y cirujano insigne; *Abderrahman Abulmotharraf*, de Toledo¹³³, fue prefecto del jardín botánico de aquella ciudad y escribió de los remedios simples y de agricultura. Más conocido es el nombre de *Abulcasim Azzahrawi*¹³⁴, llamado vulgarmente *Albucasis*, autor de obras muy estimadas sobre medicina y cirugía. También debemos mencionar a *Zohr Abulala ben Zohr*, de Sevilla¹³⁵, que se distinguió como médico y literato y fue progenitor de dos famosos médicos conocidos con el nombre de *Aben Zoar*.

En cuanto a las ciencias exactas, como las matemáticas y demás relacionadas con ellas, se advierte en aquel periodo no menor impulso y actividad. *Chábir ben Aflah*, y por otro nombre *Ibn Chábir*¹³⁶, sobresalió en la astronomía y en el álgebra, a la cual dio su nombre; *Ibn Assammah*, de Granada¹³⁷, fue célebre como geómetra; el Toledano *Yusuf ben Omar Alchohani*, conocido por Ibn Abi Thalta¹³⁸, compuso unas apreciables *Tablas astronómicas*, en que invirtió treinta años; *Omar ben Ahmed ben Jaldun*, de Sevilla¹³⁹, se distinguió como geómetra, astrónomo, médico y filósofo;

124 Murió en 529—1135.

125 Murió en 542—1147.

126 Murió en 521—1127.

127 Murió en 521—1127.

128 Murió en 403—1070.

129 Murió en 474—1081.

130 Murió en 470—1077.

131 Murió hacia fines del siglo III de la hégira.

132 Murió en 458—1065.

133 Murió en 467—1074.

134 Murió en 500—1107.

135 Murió en 525—1131.

136 Vivía por los años 1033.

137 Murió en 1034.

138 Murió en 435—1043.

139 Murió en 449—1057.

Ibn Assaffár, de Córdoba¹⁴⁰, fue famoso en las matemáticas y la astronomía; *Abderrahman ben Abdallah Abu Zaid*, de Valencia¹⁴¹, fue grande matemático y escribió una obra muy estimada de álgebra y aritmética. El rey de Zaragoza *Ahmed Almoctadir ben Hud*¹⁴² fue según afirman un portento en geometría, astronomía y filosofía. En fin, alcanzó gran fama en tales ciencias el Cordobés *Ibn Azzarcal*¹⁴³, autor de varios instrumentos astronómicos entre ellos la célebre *zarcalla*.

Por último, la lógica, la metafísica y las demás ramas de la filosofía especulativa, aunque menos acomodadas al genio del pueblo árabe, tuvieron también en este tiempo insignes cultivadores como los ya celebrados Ibn Hazm, Ahmed Almoctadr, Ibn Wafid, y otros muchos. La tradición científica de este periodo se trasmitió a los siglos posteriores, produciendo en los siglos XII y XIII sabios tan insignes como los Aben Pace, Ibn Thofail, Averroes, Maimónides e Ibn Albaitar.

Hemos recorrido brevemente los fastos de la literatura arábigo-hispana en su edad de oro. Su examen presenta gran riqueza y variedad. Todos los elementos que contribuyen al cultivo de la inteligencia humana y al desarrollo de la ilustración: grandes dotes intelectuales en el pueblo de que se trata; protección magnánima y constante de los reyes y poderosos; numerosas escuelas, liceos y academias; una gran universidad en Córdoba; sesiones y justas literarias en las cortes y alcázares de los califas y magnates; riquísimas bibliotecas particulares y aun públicas¹⁴⁴, algunas de seiscientos mil volúmenes como la de Alhacam II, otras de cuatrocientos mil como la del wacir Ibn Abbás; comisiones bibliográficas y científicas enviadas a lejanos países; una cultura e instrucción bastante generalizada, puesto que casi todos sabían leer y escribir, cuando en la Europa cristiana estaban reservados estos conocimientos casi exclusivamente al clero; en fin, escritores sin número y una copia inmensa de obras sobre todos los ramos del humano saber.

La actividad de aquellos ingenios es inmensa: muchos sobresalen notablemente en tal o cual género de composición; muchos también abarcan casi todos los géneros literarios, señalándose en todos ellos. Entre aquellos Andaluces florecen escritores que compiten en fecundidad con nuestros insignes autores cristianos el Tostado y Suárez. Abdelmelic Assolami, natural de Huétor cerca de Granada, compuso hasta mil cincuenta libros sobre derecho musulmán, historia, medicina, astronomía y otras materias; Ibn Hazm escribió sobre diversas doctrinas quinientos volúmenes que componían ochenta mil hojas; Ibn Hayyan sobre historia más de setenta; Almutdaffar de Badajoz redactó su gran Enciclopedia en cincuenta volúmenes y, según otros, en ciento. No sólo se cultivan las doctrinas y artes propias del genio semítico y arábigo sino las menos relacionadas con él; en todas se hacen progresos, sobre todas se escriben numerosos libros. Fórmanse grandes compilaciones, copiosas enciclopedias, numerosos diccionarios bibliográficos, historias políticas generales y particulares, historias literarias y científicas: nótase, en una palabra, entre aquellos Andaluces el movimiento intelectual y literario que en la moderna Europa sabia. Este afán incansable, esta incesante y riquísima elaboración intelectual, estos progresos, estos frutos sazonados del talento y del saber, prueban que los musulimes andaluces adelantaron cuanto fue compatible con las doctrinas alcoránicas, con los defectos de su sociedad y civilización.

Los Árabes españoles compiten en riqueza literaria, no sólo con los antiguos Griegos y Romanos, sino hasta con los pueblos modernos mas ilustrados. Hemos dicho que aquella literatura abarca casi todos los conocimientos humanos. En nuestra España, como en el Oriente de donde procedía, el caudal de la literatura árabe atesoró gran variedad de ciencias y doctrinas que podemos dividir en tres clases: 1.^a doctrinas deducidas principalmente del genio semítico como el derecho civil y canónico (*alfiqh*), la teología y las tradiciones musulmanes, la gramática, la poesía y arte métrica, la retórica y la elocuencia, la historia y la geografía con los demás ramos de la bella

140 Murió en 426—1035.

141 Murió en 456—1063.

142 Murió en 474—1081.

143 Vivía en 1080.

144 A principios del siglo XII no bajaban de setenta las bibliotecas públicas de la España árabe: Casiri, II, 71.

literatura; 2.^a doctrinas derivadas en parte del genio semítico y en parte de otras civilizaciones, como la botánica, la medicina, la astronomía, la música y el arte militar. 3.^a doctrinas tomadas exclusivamente de civilizaciones estrañas, como las matemáticas y las ciencias propiamente filosóficas.

Distinguiéronse nuestros Andaluces principalmente en las ciencias y artes que hemos señalado como derivadas del genio semítico y árabe; hicieron también algunos progresos en las exactas y naturales, pero alcanzaron menores merecimientos en las abstractas y especulativas para las cuales se requiere una fuerza de reflexión y análisis, un poder de meditación y raciocinio que la naturaleza no concedió a los árabes¹⁴⁵ ni a los demás pueblos semíticos, cuyos caracteres intelectuales más señalados parecen ser la intuición y la imaginación. En la edad de oro de la literatura árabe-española nuestros musulimes no dieron toda la importancia debida a los estudios científicos y menos a los propiamente filosóficos; porque los reyes y magnates, salvo rara excepción, se pagaban principalmente de la poesía que los divertía y lisongeaba, y el pueblo, poco ilustrado en lo general y fanatizado por los alfaquíes, llegó al extremo de apedrear y aun de quemar a los pocos que se dedicaban a la filosofía y a la astrología, considerando estas ciencias como heréticas y contrarias a las doctrinas del Corán, las cuales, por cierto, no podían estar muy seguras examinadas a la luz de la verdadera razón. «Estas ciencias (dice un autor árabe) fueron aborrecidas en el Ándalus, y no se podían manifestar, por lo que se ignoran los trabajos hechos sobre ellas.» Así es que los estudios filosóficos sólo tomaron entre los Andaluces alguna importancia cuando empezó a decaer la antigua cultura árabe con la dominación de los Almorávides, y entonces fue cuando florecieron los Aben Pace¹⁴⁶ y Averroes¹⁴⁷.

El fondo, pues, de la literatura árabe en este periodo fue eminentemente poético, porque según ya dijimos, nuestros musulimes, fieles a la costumbre y a la tradición y sobre manera conservadores, consideraron siempre como las fuentes y modelos de su literatura las antiguas poesías de los árabes orientales y beduinos. Estudiaban los doctos y filólogos en los poemas clásicos de las *Moallacas*, expuestos antes de Mahoma en el templo de la Meca, de la *Hamasa*, del *Quitab Alaghani Alquebir* o Gran Libro de las Canciones, y en otras colecciones y monumentos de la antigüedad, imitándola con toda la fidelidad posible, como se advierte al cotejar los poemas de los árabes andaluces con los antiguos del Oriente. Entre otros ejemplos que acerca de esto nos ofrece la historia, se lee en Abdewáhid el Marroquí que durante el gobierno del famoso Almanzor, su poeta cortesano Sáid Abulalá y otros literatos se juntaban a comentar y exponer las *casidas* de *Axxammaj ben Dhirár* y otros poetas de la antigüedad árabe. Son muchos los comentarios hechos por nuestros musulimes a aquellas viejas poesías.

La edad de oro, pues, de la literatura árabe-española se distingue por su carácter poético, y esta poesía retrata como un espejo fiel la sociedad en que se cultiva. Es aristocrática, y juntamente laudatoria hasta el servilismo, porque sus autores eran clientes y protegidos de los monarcas y magnates, como en otro tiempo lo habían sido los trovadores del desierto de los emires y xeques árabes. Es culta y clásica, porque hija del estudio de aquellos antiguos modelos, conservó el gusto y las imágenes tomadas de la vida guerrera, nómada, libre, aventura, campestre y pastoril del desierto, como la palma, la rama del ban, los árboles y flores del Yemen, de la Siria y de la Persia, el león, el alazán, el camello, la gacela, el perro de caza, la paloma torcaz, los astros, y en particular el sol, la luna y las pléyades, la aurora y las nubes, el rocío, el collado de arena, el vapor del Sarab, las espadas y lanzas.

Por la misma razón y por el carácter especial del pueblo y civilización musulímica, esta poesía y bella literatura es apasionada y sensual hasta el materialismo y el libertinaje. A semejanza de los

145 Así lo confiesan ellos mismos. Véase Hachi Jalifa en su *Diccionario enciclopédico*, edición de Flügel, tom. I, ilustr. prelim.

146 Murió Aben Pace (Ibn Bacha) en 1138.

147 Murió en 1199.

antiguos vates del Arabia, los del Ándalus cantaban el espectáculo de la naturaleza, las delicias y goces de la vida, el amor con sus dichas y cuidados, los encantos de las huríes terrenas, los hechizos de los gentiles mancebos, la embriaguez, las glorias y hazañas militares, las hospitalidad en el aduar, la liberalidad y largueza, la esplendidez en los convites; empleando su ingenio, ya en panegíricos y alabanzas de los príncipes y magnates generosos en favorecerles, ya en sátiras contra los mezquinos y avaros de sus mercedes. La poesía árabe sobresale en la descripción, la imagen, la alegoría y la hipérbole, degenerando con frecuencia en la afectación y el gongorismo.

En comprobación de todo esto examinaré, aunque brevemente, algunas poesías de los ingenios mas señalados entre los Moros españoles, cuyas imágenes, además de agradarnos por su novedad y hermosura, como tomadas de los objetos más bellos de la naturaleza, nos manifiestan el origen y sabor clásico de aquella literatura. El rey de Sevilla Abbad Almotadhid, así como se alaba en unos versos de que siempre recibe con rostro afable y mano franca al que se acoge a su hospitalidad, y pondera que en medio de la bebida y otros placeres jamás se olvida de la gloria y la fama, en otros traza con pincel galano y apasionado la hermosura de su dama, comparándola a una corza en la ternura de sus ojos, al sol en la brillante blancura de su rostro, a una rama erguida y flexible en lo esbelto y delicado de su talle, y llamándola, en fin, luna que nace en su corazón y gacela que se apacienta en su pecho. El rey poeta de Badajoz Omar Almotawacquil pinta su propio carácter, amargo con los enemigos como el jugo de la coloquintida, y dulce y benévolo con sus amigos como el fruto de la palma, en lo cual se ve claramente la imitación de los versos de Antara y otros poetas antiguos.

Ibn Allabana, uno de los mejores ingenios de aquella edad, en su notable elegía a la catástrofe de los emires Abbadas de Sevilla, imita igualmente las casidas de los antiguos bardos del desierto. Empieza por pintar el cielo vertiendo su rocío de la tarde y de la mañana como tributo de lágrimas al infortunio de aquellos emires liberales y virtuosos. Los compara por su fortaleza a montes excelsos, por su humanidad a collados amenos, por su majestad al templo de la Meca y por su humillación después de tanta gloria a estrellas que se pusieron y flores que se marchitaron. Lamenta el desamparo de su casa hospitalaria, la soledad de los campos y valles que bajo su imperio generoso abundaban en flores y frutos, sus lanzas y espadas antes vencedoras y melladas después por los golpes de los infortunios. Ensalza sus grandes cualidades, virtudes y esfuerzo, representa el dolor de los sevillanos que acudían en tropel a las orillas del Guadalquivir para despedir con demostraciones de ternura y sentimiento a su antiguo rey.

Si por el ligero examen de esta composición se ve con qué acierto acomoda su autor las imágenes de la antigua poesía al género elegíaco, más nos agradará todavía tal imitación en el género lírico y descriptivo, en que sobresalieron notablemente los poetas árabes de todos los siglos.

Uno de los que frecuentaban la corte de Almería, el ya mencionado Ibn Xaraf, en un poema laudatorio que dirige al rey Almotasim, emplea según costumbre de los árabes los mismos símiles que si cantase a una dama, para poder así desplegar mejor el lujo de su fantasía. Pinta primeramente la huida de la noche y los astros, que fatigados por el largo insomnio, iban cayendo sucesivamente como las hojas de los árboles. Entonces el poeta celebra el aura de la mañana que va disipando las nieblas, y las flores que exhalan sus primeros perfumes como en obsequio a la aurora que aparece enrojecida de pudor y humedecidas sus mejillas con las lágrimas del rocío. Pero la luz del alba, más que del advenimiento del sol, proviene de que la imagen de la mujer amada, apartando su cabellera espesa y negra como la noche, deja ver su rostro más esplendente que la aurora, la cual le había robado su resplandor y las rosadas tintas de sus mejillas. Después el poeta cree ver en los ojos de su adorada el brillo y el poder irresistible de las espadas, y al fin, aproximando más su descripción a la persona del príncipe a quien elogia, celebra su apostura sobre el fogoso caballo, el cual sin embargo se deja conducir por él como una tímida gacela.

También debemos llamar la atención muy especialmente sobre uno de los rasgos más característicos de la poesía árabe, que es el sensualismo, la voluptuosidad, la aspiración a los goces

materiales, gusto que dominando en la poesía clásica de los anteislamitas, apenas fue moderado por la moral laxa del Corán. El sensualismo afea con demasiada frecuencia la poesía y literatura árabe; el amor rara vez se encuentra pintado en su idea más noble y pura; a cada paso nos hallamos en el tesoro poético de los árabes andaluces con obras tales como la titulada *El intérprete de los deseos*, colección de poesías críticas casi lascivas escritas por un xequé, dado por otra parte a los estudios teológicos¹⁴⁸. Este era el carácter de un género poético que inventó el célebre Ibn Abdirrabbih, y en que se aventajaron mucho los Andaluces, género llamado *Almowahaxát*, que podríamos traducir *Anacreónticas*. «Éstas, dice un orientalista extranjero, son el canto de un epicúreo, de un vividor y un bebedor que dice con Horacio: *carpe diem*.» Pero este gusto es verdaderamente clásico en la literatura árabe, como se ve por los versos de *Amrulcais*, príncipe de los poetas anteriores a Mahoma, cantor de la molicie, del amor desenfrenado, del vino y las orgías, que en una de sus poesías da este consejo al hombre:

«Pues eres perecedero, goza del mundo; aprovéchate de sus delicias y de sus mujeres encantadoras.»

El poeta español Ibn Abdun, ya celebrado, pinta en sus versos el placer de la bebida e invita a gozar los bienes del presente, las delicias de una mañana serena y voluptuosa, cuya tarde acaso se ha de presentar tempestuosa y triste. Rafiaddaula, príncipe poeta de Almería, canta los placeres que proporciona la bebida en una alegre sociedad de amigos, a quienes presenta reunidos en la ribera de un claro arroyuelo, mientras el viento mece suavemente las hojas de los árboles, trinan las aves y se arrullan las tórtolas; y compara el brillante color rojo del vino a las mejillas del gentil mancebo su escanciador. Por eso dijo un poeta árabe español que el jardín del paraíso no existe sino en la deliciosa Andalucía, y que por lo mismo una vez entrado en ella, no hay que temer al fuego del infierno. En estas poesías se nota juntamente la creencia de los árabes en el fatalismo, los cuales en la perspectiva de bienes o desventuras inevitables, se entregan con mayor abandono al placer del momento.

La poesía de los Andalusíes no produjo dramas ni epopeyas, géneros poéticos que no se acomodan al genio árabe. El poema de Ibn Abdun a la caída lastimosa de los reyes Afthasitas de Badajoz es elegíaco y no épico. Los poetas árabes no producen composiciones largas y de alta concepción, para las cuales parece que les falta aliento, sino creaciones cortas, llenas de rasgos felices, de pensamientos delicados, ricas en adornos y primores. Los mismos caracteres que en la poesía se notan en los escritos en prosa rimada, en los cuentos, novelas y otras composiciones, principalmente en las que tienen por objeto lucir las galas y elegancias del lenguaje. La historia misma, que suele ser al par política y literaria, presenta frecuentes tiradas de versos y un colorido poético, notándose cierta afición a lo maravilloso así como la escasez de miras elevadas, filosóficas y políticas. Las demás doctrinas y ciencias han sido revestidas por los árabes, en cuanto les ha sido posible, de un estilo pintoresco, sembrado de imágenes y pinturas.

Tal es la poesía y literatura de los árabes andaluces en su periodo más floreciente. Si para valuar y realzar su mérito tratásemos de compararlas con las de otros pueblos, habríamos de entrar en largas consideraciones, para las cuales nos falta espacio: lo intentaremos, sin embargo, en dos palabras. Considerada la literatura y civilización árabe en su parte interna, es decir, en las ideas morales y religiosas propias del islamismo, no puede negársele notable ventaja sobre las civilizaciones y literaturas paganas de la antigüedad, sobre Grecia, Roma, la India, y la China; pero puesta en parangón con las letras y cultura de los pueblos cristianos, su inferioridad es innegable. El islamismo, por sus dogmas y sus preceptos, podrá considerarse como un progreso con respecto a las antiguas civilizaciones de Europa y de Asia, habiendo prestado a la humanidad el gran servicio de extirpar de muchos países el politeísmo y la idolatría, enseñando una moral más pura que la conocida entonces por los pueblos paganos y levantando la dignidad del hombre hasta un punto de ellos desconocido. Mas una vez predicado el Evangelio y arraigado el cristianismo en gran parte del

148 Sidi Mohieddin Alarabí, que murió en 638—1240.

mundo, sobre todo en estas regiones de Occidente, sometidas por los musulmanes, esta secta era un retroceso perjudicialísimo, así en lo tocante a la religión, como a la civilización en todas sus esferas.

Considerada en su parte externa y propiamente estética, no hay duda de que la literatura árabe supo realizar la belleza, y si no con toda la grandeza y buen gusto que Grecia y Roma, al menos con elegancia y magnificencia y con características que no podemos juzgar acertadamente por los preceptos propios de nuestro clasicismo literario. La literatura, así como la cultura arábica, tiene un carácter superficial y transitorio, pero espléndido y magnífico, que se realza más por su contraste con la ignorancia y rudeza aparente de la Europa cristiana en los siglos medios. La civilización y literatura de los árabes españoles tiene además un mérito especialísimo que es el de haber continuado la tradición científica de la antigüedad, haber cultivado la antigua sabiduría de la India y la Grecia, haber conservado sus fuentes y documentos, haberla desarrollado y fomentado en muchos de sus ramos, y principalmente en lo tocante a las ciencias naturales, y en fin, haber enriquecido ciencias y artes con muchas invenciones y procedimientos útiles.

En el siglo IX el sabio médico español Ibn Firnás inventó la fabricación del cristal de la piedra, construyó el instrumento astronómico llamado la *mincala* para medir el tiempo, e hizo un ensayo aereostático, que por desgracia le salió mal. Ibn Azzarcal, de Córdoba, en el siglo XII inventó el famoso instrumento astronómico llamado de su nombre la *zarcalla*, y fabricó en Toledo una maravillosa *clepsidra* o reloj de agua, de que hacen grandes elogios los historiadores de aquel tiempo. Los astrolabios abundaban mucho a la sazón; y nosotros hemos visto uno construido en Toledo con la fecha de la hégira 459 (1067 de J. C.) Nuestros Árabes inventaron las norias, azudas y otros aparatos hidráulicos y sistemas admirables de riego que todavía se conservan en la vega de Granada y huerta de Valencia. En agricultura, aunque la aprendieron de los naturales del país, hicieron grandes adelantos y tenían procedimientos especiales. Merced a su actividad se fertilizaban los terrenos mas ingratos, y eran huertas y campiñas lo que hoy son eriales, como sucedió en parte de la provincia de Almería.

Los Moros españoles alcanzaban una superioridad innegable a los demás pueblos de Europa en las artes industriales. En Almería, Málaga, y otras ciudades se hacían por este tiempo grandes fabricaciones de las telas más ricas y preciosas, de alfombras y tapices, de joyas, de armas, de utensilios de cocina y de herramientas de labor, de porcelanas, de mil objetos de hierro, bronce y cristal, de azulejos semejantes a mosaicos, y de papel de hilo y algodón, siendo famoso el de Játiva. Porque el papel, así como la brújula y la pólvora, son inventos que los árabes tomaron del Oriente, y los comunicaron a las naciones cultas de Occidente, aunque no falta quien les atribuya como propios tan útiles descubrimientos.

Aun en las ciencias y artes que tomaron de otros pueblos, es forzoso confesar que nuestros Árabes hicieron algo más que adoptar y practicar los usos y conocimientos que ellos no habían tenido la gloria de descubrir. Las ciencias debieron gran progreso a nuestros Árabes, que no fueron meros traductores y conservadores de Aristóteles, Dioscórides, Euclides, Hipócrates, Plolomeo y Galeno, sino que enriquecieron notablemente estas doctrinas, se abrieron en ellas nuevos caminos y corrigieron a los autores antiguos. Esto es indudable por lo menos en cuanto las ciencias físicas y naturales y aun en cuanto a las exactas. La geometría y astronomía adelantaron no poco con los estudios, observaciones y experimentos de Ibn Firnás, Ibn Azzarcal y otros; el álgebra en los de Ibn Chábir; la bolánica y agricultura con los de Ibn Bassal, Ibn Ojt Ghaním, Ibn Wáfíd, Ibn Albaitar y otros; la medicina con los de Ibn Abdun, Averroes, los Aven Zoar y otros sin número; la cirujía con los del famoso Abulcasis. Gracias al extraordinario cultivo de la historia natural, y aun de la química, la materia médica se enriqueció con muchos simples y productos, ya vegetales ya minerales. La cirujía se mejoró con el auxilio de nuevos instrumentos y operaciones. Los Árabes, en fin, se distinguieron especialmente en la parte de experimentación apenas conocida de los antiguos. Mucha parte ha de caberles a los Andaluces del elogio que tributa a los Árabes el célebre Humbolt,

diciendo que deben ser considerados como los verdaderos fundadores de las ciencias físicas, tomando esta palabra en el propio sentido que hoy se le da.

La música y el canto alcanzaron grande aceptación y boga entre los árabes de España, que inventaron gran número de instrumentos musicales¹⁴⁹: los alcázares estaban llenos de cantores, y sobre todo de cantoras, que los inundaban de armonía en las continuas zambras y fiestas. La arquitectura, aprendida de los Griegos y otros pueblos orientales, había sido llevada por los Andalusíes al grado de gentileza y magnificencia que aun se admira en Córdoba y en Granada.

Es innegable asimismo la influencia que ejerció la literatura árabe-hispana, así en los reinos cristianos de la península como en las demás naciones de Europa, contribuyendo en gran manera al renacimiento de las ciencias y artes. En la segunda mitad del siglo X el monje francés Gerberto, después Silvestre II, vino a estudiar con los doctores moros de Sevilla y Córdoba las matemáticas, astrología y retórica, recogiendo allí buena parte del saber con que después asombró a la Europa cristiana. Bajo el reinado de Alfonso X el Sabio se estudian la lengua y ciencias arábigas por disposición de aquel ilustradísimo monarca, que procura por todos los medios posibles enriquecer el idioma y la literatura castellana. Merced a este cultivo, que fue considerable, se aclimataron entre nosotros los conocimientos astronómicos de los árabes, así como también el proverbio, el apólogo y la leyenda oriental. Así se comprueba por el poema de *Josef y Zulaija*, por las famosas *Tablas Alfonsinas*, por los *Cánones de Albateni*, por la traducción del libro de *Calila y Dimna*, por *El Conde Lucanor* y por otros documentos numerosos.

Tampoco es posible negar que la poesía y literatura amena de nuestros Árabes ejercieron alguna influencia, por lo menos formal, en la provenzal y castellana, comunicando a los trovadores y romanceros la riqueza, la brillantez y el fuego de la oriental. Por conducto de nuestros Árabes recibe la Europa al declinar la edad media las obras de Aristóteles, Euclides y otros sabios de la Grecia, que se traducen al latín de las versiones arábigas al par con los estudios, anotaciones, comentarios, enmiendas y adelantos hechos en aquellas ciencias por los Abulcasis, Ibn Chabir, Aben Zoar, Ibn Zarcas, Averroes, Ibn Albatani y otros Moros españoles. Esta influencia se nota hasta en los estudios escolásticos, porque las obras aristotélicas que se leen en las escuelas y universidades están traducidas del árabe y no del griego, aceptándose como del filósofo de Estagira las doctrinas que son en rigor del cordobés Averroes.

Pero la ponderada influencia árabe tuvo sus justos límites a que debemos reducirla, no dejándonos extraviar por nuestras particulares aficiones. El amor de la verdad y el respeto debido a la civilización española, eminentemente cristiana, nos obligan a rechazar las temerarias afirmaciones de un orientalista moderno que exagera extraordinariamente la influencia y la supremacía literaria de los árabes en la edad media. Nosotros reconocemos con Mr. Sedillot¹⁵⁰ que los Árabes de España estaban realmente en el siglo XI a la cabeza de las naciones cultas, pero sólo en lo tocante a la industria y a ciencias y artes determinadas, y de ningún modo en los demás ramos de la civilización fecundados por la savia inmortal del cristianismo. El mencionado escritor parece desconocer los orígenes y desenvolvimiento de la literatura en las naciones europeas cuando afirma que los árabes han sido en todo nuestros maestros. Su alucinación por las cosas árabes es tal que no

149 Acerca de los instrumentos músicos inventados y conocidos por los árabes españoles, véase a Almacari, II, 143 y 144, y el extracto de este pasaje que se halla en el excelente discurso leído ante el claustro de la Universidad Central por mi querido amigo y compañero el distinguido orientalista D. Leopoldo Eguílaz al recibir la investidura de doctor en la facultad de Filosofía y Letras, pág. 46. Este discurso lleva por epígrafe *Poesía histórica, lírica y descriptiva de los árabes Andaluces.—Principales escritores de estos géneros*, y merece los mayores elogios por la mucha y buena erudición en que abunda. El arte de la música recibió gran impulso en España desde la época del célebre maestro Ziryab, contemporáneo y favorito de Abderrahman II; más adelante en el siglo XII escribió un excelente libro sobre la música española el famoso granadino Abu Becr Ibn Bacha, que según dice un escritor árabe alcanzó en el Occidente la misma reputación que Alfarabi en el Oriente; y en el siglo XIII Yahya Atjodoch, de Murcia, compuso una *Colección de las canciones andaluzas* en competencia del celebrado libro *Quitab Alaghani alquebir*: véase Almacari, II, 125, y al Sr. Eguílaz, ibidem, pág. 45 a 46.

150 *Histoire des Arabes* etc., pág. 439.

duda asegurar de que bajo el concepto moral, lo mismo que bajo el científico e industrial, los árabes eran superiores a los cristianos en aquellos siglos, mirándose adornados con excelencias y virtudes que en vano se buscarían en otras naciones. Por ensalzar la cultura mahometana no rebajemos la propia ni sublimemos el islam a costa del cristianismo.

El principio regenerador y fundamental de toda civilización está en sus creencias religiosas y en sus doctrinas morales: ya hemos visto cuán imperfecto era lo uno y lo otro entre nuestros musulmanes; no nos deslumbremos, pues, aunque es achaque del siglo actual, por los progresos de la industria y de las ciencias profanas, por los regalos y goces de los sentidos, por la magnificencia y el lujo que ostentaban Córdoba, Sevilla, Granada y los demás grandes centros de la cultura árabe-española, en fin, por la civilización materialista y corruptora de aquel pueblo destinado a corta aunque brillante grandeza. Reparemos antes en los defectos que ya pintamos de aquella sociedad, en la condición miserable de la inmensa mayoría de la nación, en la negación de la familia, en el despotismo intolerable, en fin, en lo vano, efímero y fugaz de su existencia y de su cultura que han pasado sin dejar más que escasas huellas.

Así, pues, la influencia árabe en nuestra cultura y letras es mucho menor de lo que a primera vista parece: rechazada por la incompatibilidad de las ideas religiosas y aun del gusto literario que forzosamente había de existir entre musulmanes y cristianos, por lo incoherente y antipático de ambas civilizaciones, aquella influencia no penetró jamás en el fondo de nuestra literatura, fue puramente exterior y formal. Téngase en cuenta que esta influencia, rechazada en los primeros siglos de la dominación árabe, no fue activa y eficaz hasta el siglo XIII, cuando ya asegurado el predominio de las armas cristianas y de nuestra civilización nacional, se moderó la animadversión contra las cosas musulmanas, y entonces tal influencia se limitó a ciencias que no eran propias sino adoptivas entre los árabes, no teniendo relación alguna intrínseca y esencial con su civilización. La resurrección de nuestras letras y cultura se verificó principalmente en virtud de la renovación de los estudios latino-cristianos, y sobre todo de la doctrina y ciencia *isidoriana*, única enseñada en nuestras escuelas y admitida por la *clerezia*, como lo sostiene con gran caudal de ingenio y erudición un distinguido crítico nuestro maestro y amigo¹⁵¹.

Aun sin admitir esta enseñanza y magisterio tan principal de los árabes españoles sobre nuestros antepasados en la edad media, quédanle todavía a aquel pueblo poderoso e ilustrado hartos títulos de gloria, hartos lauros y blasones para merecer los aplausos de la posteridad. No tributaremos a nuestros Árabes poco elogio con admirar la civilización prodigiosa para su tiempo que desarrollaron en la edad de oro que hemos descrito; con encarecer la superioridad que alcanzaron en muchas ciencias, artes e industrias; con señalar la parte que tuvieron en el renacimiento de las letras; con celebrar la riqueza que en palabras y giros prestaron a la lengua castellana; y, en fin, con ponderar merecidamente la importancia de los monumentos escritos que han producido, y cuyo estudio es interesantísimo para ilustrar la historia política y literaria de nuestra nación durante algunos siglos.

151 El Sr. D. José Amador de los Ríos, en su excelente *Historia crítica de la literatura española*, III, 478-480, etc.

INFLUENCIA DEL ELEMENTO INDÍGENA EN LA CULTURA DE LOS MOROS DE GRANADA

*Congreso Científico Internacional de los Católicos
que se ha de celebrar en Bruselas en septiembre de este año
Málaga 1894*

I

Famoso en todo el mundo, celebrado largamente por poetas, viajeros e historiadores, y encarecido particularmente por los encomiastas de la ponderada civilización árabe, es el reino Nazarita de Granada. Más, ¿quién creó sus maravillas? ¿Quién esparció tantos esplendores entre la doble oscuridad de los siglos medios y del mundo pagano? ¿A quién se debe el mérito de haber cultivado tan superiormente estas tierras, poblando de arboledas y vergeles, no sólo las bien regadas llanuras, sino hasta los enriscados cerros? ¿A quién el honor de haber erigido tan notables obras de arquitectura y haber producido tanto caudal de escritos literarios y hasta científicos, como han llegado a nuestra noticia? ¿Por ventura a los Árabes conquistadores de nuestra Península? ¿Por ventura a los Bereberes y Moros, que tan eficazmente ayudaron a los Árabes en la conquista y se establecieron juntamente con ellos en este territorio? ¿Por ventura al islamismo importado y profesado por unos y otros? ¿Por ventura quizás a la sometida población hispano-romana y visigoda, tan poco considerada por ciertos historiadores, y que, sin embargo, bajo la dominación sarracénica subsistió largamente y conservó la tradición literaria, científica y artística de los periodos anteriores?

Para contestar satisfactoriamente a estas cuestiones, conviene advertir previamente que, en la exagerada cultura de los Moros de Granada, no es oro cuanto reluce y aparece a primera vista, sino en gran parte, encarecimiento de poetas y novelistas, así de los arábigos, ciegos admiradores y apasionados de esta especie de paraíso terrenal, como de los españoles y europeos, entusiasmados con las bellezas naturales del país y con la importancia de una conquista que vino a completar la restauración de nuestra patria, y, como vulgarmente se dice, a terminar la epopeya nacional y cristiana de los ocho siglos. Deslúmbrense y engañanse los que imaginan poderoso y floreciente un Estado que nació pequeño y pobre, que disfrutó escasos días de paz y de fortuna, y que consumió la mayor parte de su vida en lastimosa decadencia y larga agonía.

Fácilmente se comprenderá que una sociedad como aquélla, formada de elementos tan diversos e incoherentes, tan viciosamente constituida, tan mal gobernada y sometida a la ley bárbara, despótica y corruptora de Corán, no podía subsistir larga ni felizmente. Subsistió aquel reino mientras los sultanes de Granada cumplieron lealmente la sumisión y vasallaje prometidos a los monarcas de Castilla, o encontraron suficiente apoyo en los Benimerines y otros príncipes africanos, empeñados en sostener este baluarte del ya decadente islamismo; floreció hasta cierto punto, según veremos después, mientras no se gastó ni desvirtuó la influencia saludable del elemento indígena.

Que el reino de Granada se encontraba ya en la segunda mitad del siglo XIV, es decir, a los ciento y diez años de su fundación, en grave decadencia, así moral como material, lo prueba el testimonio irrecusable de su principal historiador Ibn Aljathib en ciertos pasajes de su curioso libro titulado *El justo peso de la experiencia*, donde se contienen los elogios y los vituperios de las distintas poblaciones de este reino. A cuyos preciosos pasajes servirá de oportuno preámbulo la siguiente advertencia del insigne arabista M. Reinhart Dozy, que, al tratar del mencionado libro, se

expresa así: «En ninguna otra parte se encontrará una descripción tan exacta e imparcial de Andalucía en el siglo XIV, y puede servir para desechar tanta representación poética o falsa (como hallamos en otros descriptores). Hay hartas quejas sobre la rudeza de los habitantes de algunas poblaciones: muchas de las pequeñas eran verdaderas cuevas de bandidos. Aun en las ciudades grandes como Málaga y Granada parece que la limpieza dejaba mucho que desear.»

En efecto, por un documento tan luminoso se ve claramente que la barbarie, la ferocidad, la discordia civil y el bandolerismo imperaban en las poblaciones de menos importancia¹⁵², y aún en algunas ciudades como Guadix, Archidona y Antequera; que la bella Loja era un laberinto de calles angostas y sucias; que Almería había decaído ya de aquella prosperidad que la industria y el comercio le habían proporcionado en los siglos anteriores; y en cuanto a las dos capitales más principales de este país, como Granada y Málaga, sus grandezas y glorias se hallaban mezcladas con hartas miserias. Al describir Ibn Aljathib la hermosa y excelsa metrópoli de este reino, deplora la oscuridad y desaseo de las calles, el deterioro de los edificios, ya en gran parte ruinosos, las malas condiciones de las viviendas, la escasez y penuria que solían sentir sus habitantes con la tasa de los comestibles y lo gravoso de los impuestos, la avaricia de los ricos, la interrupción de la industria y del tráfico en medio de las mayores necesidades, la poca afabilidad y cortesía de los moradores para con los vecinos y los forasteros, el lujo desenfrenado de las mujeres, el menosprecio de los hombres respetables, el malestar y angustia que todos sentían allí, así las personas pudientes como las menesterosas, y por remate de todo, la corta duración de la vida.

Pues el estado de Málaga no era menos deplorable. Lamentábase Ibn Aljathib de que sus calles eran, por su estrechura y tortuosidad una selva intrincada; de que en los extremos de la ciudad abundaban los muladares; de que el arrabal de los leprosos estaba muy poblado, sin que el resto de los vecinos tomase las debidas precauciones contra el contagio; de que las aguas de pozos que abastecían al vecindario a falta de fuentes, se corrompían fácilmente por falta de limpieza; de que en el pueblo malagueño abundaban los borrachos y los pendencieros con harta molestia de la gente pacífica, y de que aprovechaba poco la baratura de los comestibles por lo mucho que sus vendedores robaban en el peso. Notábase, en fin, según dicho autor, una segura decadencia en lo tocante a la ciencia y a la literatura, menospreciadas al par con sus cultivadores por la muchedumbre popular, en el lustre y esplendor de la antigua nobleza, oscurecida o extinguida con el trascurso del tiempo, y, finalmente, en los edificios que empezaban a desaparecer al par con sus habitantes, viéndose páramos y ruinas donde ayer se allegaban tesoros y preseas.

De la decadencia moral de aquel estado dan fe asimismo las intrigas, escándalos y crímenes de la corte; los continuos desórdenes y atrocidades de monarcas y de súbditos, las interminables reyertas de los emires y magnates, las repetidas insurrecciones, y en suma, las incesantes discordias civiles que facilitaron a los Reyes Católicos la conquista de aquel país¹⁵³. «Desde el reinado de Mohammad III de este nombre, que empezó en 1417 (según escribe un diligente arabista de nuestros días), comenzaron de nuevo las fatales disensiones que ya no habían de tener término hasta la total destrucción del poder musulámico en España. De aquí en adelante la historia de Granada se reduce a una serie no interrumpida de motines, asesinatos, rebeldías, venganzas parciales y rencores de partidos, causas todas suficientes para desconcertar, no ya un débil y apocado reino, sino aun el más floreciente, poderoso y bien organizado imperio.»¹⁵⁴

Pues tal es la realidad histórica del reino fundado en Granada por los emires Nazaritas, conviene para desvanecer errores y preocupaciones de algunos autores modernos, investigar en los

152 Como Almuñécar, Vélez-Málaga, Comares, Cártama, Cantoria, Andarax, Purchena, Fuengirola y Dalías.

153 A este propósito deben consultarse: Hernando de Baeza, en su crónica titulada *Las cosas que pasaron entre los Reyes de Granada desde el tiempo del Rey D. Juan de Castilla, Segundo de este nombre, hasta que los Católicos Reyes ganaron el reino de Granada*; D. Francisco Fernández y González, en su *Estado social y político de los Mudéjares de Castilla*, y D. Miguel Lafuente y Alcántara, en su *Historia de Granada*.

154 Lafuente Alcántara, (D. Emilio) en sus *Inscripciones árabes de Granada*, páginas 42 y 43.

elementos constitutivos de aquella sociedad las causas de los varios y al parecer opuestos fenómenos que presenta, cubriendo con el manto de una brillante cultura rasgos indudables de profunda corrupción y estupenda barbarie. Al estudiar la historia de este reino durante el dominio sarracénico, hallamos en primer lugar a los Árabes que, empeñados a todo trance en conservar la superioridad que les correspondía por el doble título de conquistadores y de propagadores del islamismo, lograron después de grandes luchas con los demás partidos y entre sus mismas razas fundar en 1238 el principado de los Nazaritas, tan celebrado en nuestra historia.

En realidad, no fueron muchos los Árabes establecidos en este suelo. Pocos de ellos debieron ser los que Tháric ben Ziyád puso de guarnición en Granada, con un número muy superior de Judíos, al tiempo de su primera conquista¹⁵⁵ y los demás que acudieron a estas tierras, hasta su completa sumisión, bajo el virreinato de Abdalaziz¹⁵⁶. Tampoco debieron ser muy numerosas, ni exceder de algunos millares de personas las colonias de Árabes damascenos y ribereños del Jordán, que vinieron con el caudillo siríaco Belg, y que el virrey Abuljatthar estableció en las provincias de Elbira (Granada), y Reya (Málaga), por los años de 744¹⁵⁷. Es cierto que según el mencionado Ibn Aljathib¹⁵⁸, en su tiempo, o sea a mitad del siglo XIV, había en la capital de este reino Árabes de las cabilas más antiguas y principales de la Arabia, que enumera prolijamente¹⁵⁹; pero éstos, que debieron venir en la gran inmigración de musulmanes de todo linaje y raza, verificada en este territorio a mitad del siglo XIII, después de las memorables reconquistas de Jaén, Córdoba y Sevilla, no debieron ascender a una gran muchedumbre, a juzgar por un dato muy importante que alegaremos dentro de poco, y por donde consta que entre los habitantes de Granada a principios del siglo XIV, el elemento árabe y africano era muy escaso con respecto a la suma total de la población.

Pero los Árabes, además de su corto número en este reino, no era un pueblo civilizador, ni literato, ni artista, antes bien grandemente refractario a la vida social, a las doctrinas de buen gobierno y al cultivo de las ciencias y artes. Así lo confiesan sus mismos autores, especialmente uno de los más insignes, el célebre Ibn Jaldún de Túnez¹⁶⁰, afirmando que entre todos los pueblos del mundo, el árabe, por sus aficiones nómadas, es el más incapaz e inepto para constituir un estado y para cultivar ciencias, letras y artes. M. Reinhart Dozy, con ser tan apasionada de los árabes reconoce¹⁶¹ que ellos no llevan consigo gérmenes de desarrollo, adelanto y progreso; que con su pasión por la independencia personal y su carencia absoluta de sentido político parecen incapaces de plegarse a las leyes de la sociedad, y que no por impulso propio, sino por su contacto con los pueblos vencidos, llegaron a cultivar las ciencias y se civilizaron en cuanto les era posible.

A fuerza de prolijas investigaciones, emprendidas con ardor y preocupación sobre los documentos históricos y literarios escritos en lengua árabe, la crítica moderna desapasionada reconoce por boca de católicos y de racionalistas que la ciencia árabe-muslímica, recibida de maestros cristianos en el siglo II de la hégira, carece de originalidad y carácter propio. Así lo prueba con muchos datos y autoridades el célebre orientalista Mr. Félix Néve, honra de la universidad

155 Véase la crónica árabe *Ajbar Marchmua*, página 25 de la versión de D. Emilio Lafuente y Alcántara, y Almacari, I, 166 del texto árabe, edición de Leiden.

156 Véase al Sr. Saavedra en su *Estudio sobre la invasión de los árabes en España*, págs. 86 y 127.

157 Véase a Almacari, II, 146 y 147, Ibn Adzari, II, 33f e Ibn Aljathib en el prólogo de su *Ihatha*.

158 En su mencionado prólogo.

159 Cahthanies, Codhaitas, Fihries, Caisitas, Anzaríes, Yyyaditas, Hodzailitas, Gassanitas, Becritas, Absitas, Chodzamitas y Salinaníes. También consta por ciertos nombres geográficos, mencionados por el mismo autor en su *Historia de la dinastía nazarita*, que algunas tribus o familias de Árabes Yemenitas o del Arabia feliz, hicieron asiento en Alcalá la Real, Alhendín, Orce, Guadix, Güéneja, Fiñana y Almería, y otros puntos de este reino, aunque se ignora la época de su advenimiento.

160 En los prolegómenos de su *Historia Universal*, tomo II, páginas 365 y 366 de la versión francesa.

161 *Histoire des musulmans d’Espagne*, I, 14 y 15.

católica de Lovaina¹⁶². El ilustre indianista Mr. Carlos Lassen¹⁶³ no ve en el Islam más que un principio negativo, y en la ciencia árabe-musulmana préstamos recibidos de los Griegos y de los Indios. Mr. Keinhardt Dozy, además de afirmar que no hay religión menos original que el islamismo¹⁶⁴, confiesa que los Árabes, dotados de escasa imaginación¹⁶⁵, son el pueblo menos inventor del mundo; que sus poetas carecen juntamente de invención y de idealismo; que los cuadros fantásticos de las *Mil y una noches* son de origen persa o indio, y añade: «Finalmente, cuando los Árabes, establecidos en inmensas provincias conquistadas con la punta de la espada, se han ocupado en asuntos científicos, han mostrado la misma ausencia de potencia creadora. Han traducido y anotado las obras de los antiguos; han enriquecido ciertas especialidades con observaciones pacientes, exactas y minuciosas; mas no han inventado cosa alguna, no se les debe ninguna idea grande y fecunda.»¹⁶⁶

Por efecto de estas condiciones y de su aversión a la vida sedentaria y social, los Árabes fueron en los tiempos pasados, como lo son hoy, de los pueblos menos sabios y artistas del mundo. Ineptos para la filosofía, según confiesan sus mismos autores¹⁶⁷, corrompieron y viciaron las doctrinas aristotélicas¹⁶⁸, y hallando contradicción entre los estudios racionales y las doctrinas alcoránicas, persiguieron de muerte, sobre todo en España, a los filósofos y astrónomos¹⁶⁹. En cuanto a las bellas artes, exceptuando la poesía, en que con más o menos ingenio y gusto produjeron muchas obras, de todas ellas apenas cultivaron sino la arquitectura, por ser la más necesaria y material de todas¹⁷⁰. Pero la poesía árabe, así la antigua como la moderna, aunque copiosa en número de composiciones, no puede sostener comparación con la griega y la latina, pues según ha observado M. Dozy, dicha poesía carece del género épico y aún del narrativo: «Exclusivamente lírica y descriptiva, no ha expresado jamás otra cosa que el lado poético de la realidad... La aspiración hacia lo infinito, hacia lo ideal, les es desconocida, y lo que desde los tiempos más apartados ha merecido su preferencia, es la propiedad y elegancia de la expresión, el lado técnico de la poesía.»

Pues en cuanto a la arquitectura, debe tenerse muy en cuenta que a diferencia de los Griegos, de los Romanos, de los Hispano-Romanos y de otros pueblos, los árabes fueron muy poco aficionados a edificar¹⁷¹, y que la mayor parte de las construcciones que se llevaron a cabo bajo su

162 En su interesante opúsculo *Saint Jean de Damas et son influence en Orient sous les premiers khalifes* (Bruselas, 1861), citando en su apoyo a Lassen. Renan y otros.

163 En sus *Antiquités indiennes*, III, (1158), citadas por Mr. Néve.

164 En su *Essai sur l'histoire de l'islamisme*, cap. 5.

165 A nuestro entender lo que más escasea en los poetas y literatos árabes, no es imaginación, sino juicio, razón y buen criterio, cualidades que no suelen andar hermanadas, sino reñidas con el exceso de la imaginación.

166 *Histoire des musulmans d'Espagne*, I, 12-15. Las observaciones de Mr. Dozy, y principalmente la última, son de mucha importancia, pues dan al traste con la pretendida influencia literaria, científica civilizadora del pueblo árabe.

167 Por ejemplo, Hachi Jalifa, en las ilustraciones preliminares a su *Lexicón bibliographicum Encyclopedicum*, tomo I, pág. 77.

168 Véase sobre este punto a Luis Vives en su obra *De causis corruptarum artium*, y entre los modernos a José Prisco, Cesar Cantú, Amador de los Ríos, Humboldt y otros muchos.

169 Véanse las *Analectas* de Almacarí, I, 136, Ibn Adzari, II, 314 y siguientes; monsieur Dozy. *Hist. des mus.*, III 176 y 177, etc., etc...

170 El Sr. D. Juan Valera, en la advertencia preliminar a su traducción española de la obra titulada *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, por A. P. de Schack, después de advertir la falta de originalidad de la ciencia y cultura árabe y aun de su misma poesía, añade: «En las artes tampoco tienen los Árabes nada propio, si se exceptúa la arquitectura.»

171 Así lo reconocen el historiador árabe Ibn Jaldún y el célebre arabista M. Reinhart Dozy en sus *Recherches sur l'hist. et la litt. de l'Espagne pendant le moyen age*, tomo I, página 335 de la 3.^a edición. En prueba de esto mismo, puedo citar el autorizado parecer de un moderno e ilustrado viajero francés, el coronel J. Sancerre, que ha recorrido gran parte del África y reconocido sus antiguos monumentos de la época romana, el cual en cierto estudio acerca de los que conserva esta ciudad, escribe: «Les Árabes n'ont jamais construit, n'ont jamais eu l'idée de construire

dominación, así en España como en el África y en el Oriente, fueron obra de artífices cristianos e indígenas, ya Mozárabes, ya Muladíes, ya cautivos¹⁷². Doctos arqueólogos y críticos afirman que en el orden arquitectónico, como en el científico y literario, los Árabes no han creado ni inventado cosa alguna: que cuando no fueron tributarios de la antigüedad oriental, se hicieron imitadores del Occidente cristiano¹⁷³, y, sobre todo, de la España visigoda¹⁷⁴. El ya citado Ibn Jaldún confiesa¹⁷⁵ que en arquitectura los Árabes se mostraron harto inferiores a las naciones antiguas. Por último, a juicio de autores competentes¹⁷⁶, del arte arquitectónico los Árabes no han cultivado con éxito sino la parte decorativa u ornamental.

Colígese de todo esto la impotencia de los Árabes para comunicar su cultura a los pueblos sometidos, y sobre todo a aquellos que los superaban incomparablemente en letras, ciencias y artes, como lo eran al tiempo de la conquista los habitantes de la Siria, del Egipto y de nuestra España¹⁷⁷. Además, según hemos notado en otra ocasión¹⁷⁸, cuando los Árabes invadieron nuestra Península, año 92 de la hégira, eran un pueblo nómada, guerrero y ciertamente bárbaro, muy distante aún de la cultura que llegaron a conocer posteriormente bajo la dinastía oriental de los Abbasidas. M. Dozy corrobora nuestra opinión diciendo¹⁷⁹ que cuando los Árabes entraron en España eran todavía los

quoique ce soit, alors qu'ils n'y étaient pas impérieusement obligés. L'Arabe est nomade et guerrier, etc.»

172 Entre los muchos datos y testimonios que podríamos aducir a este propósito, merece especial mención lo que escribe el historiador Annowairí, citado por Weyers en su libro titulado *Specimen criticum exhibens locos Ibn Khacanis de Ibn Zeiduno*, pág. 78, a saber, que Abderrahman III, al ajustar un tratado de paz con los cristianos del Norte, les exigió el envío de doce mil operarios para emplearlos en la construcción del famoso alcázar de Medina Azzahrá. Según cálculo del Sr. Weyers, los doce mil operarios que dicho califa pidió y recibió de la España cristiana, debieron ser los doce mil canteros y lapidarios que, según los cronistas cordobeses, y en tandas de a mil cada una, trabajaron en aquella grande obra. También contribuyeron artífices cristianos a la edificación de los monumentos arábigo-egipcios, como lo ha notado su diligente investigador Sir Stanley Lane Pool en su libro *The art of the Saracens in Egypte*, donde tiene buen cuidado de llamar a aquel arte sarracénico y no arábigo.

173 M. Alfredo Maury y otros, citados por M. Félix Néve.

174 En prueba de esto, bástenos citar dos autoridades españolas tan competentes como el Sr. Amador de los Ríos en su *Discurso sobre el arte y estilo mudéjar*, páginas 10 y 11, e *Historia crítica de la literatura española*, II, 18, 38 y 39, y D. Francisco María Tubino en sus *Estudios sobre el arte en España.—La arquitectura hispano visigoda y árabe española* (Sevilla, 1886), páginas 158-166, donde refuta «los errores más crasos y los dislates más impertinentes» (son sus propias palabras) sustentados en elogio de los Árabes por M. Lebon en su libro titulado *La civilisation des Arabes*.

175 En sus mencionados *Prolegómenos*, II, 273 y 274.

176 Como el Sr. D. Pedro de Madrazo, que en su *Discurso de contestación* al de don Juan Facundo Riaño (leídos ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1880), dice así: «El sentimiento de la bella ornamentación es una de las pocas compensaciones que concedió la naturaleza a una raza de admirable aptitud para la guerra, y no menos dispuesta a adormecerse en los brazos del deleite, totalmente desprovista de talentos para levantarse a la esfera del progreso intelectual y moral.» El señor Schack, en su mencionada obra, tomo III, páginas 13 y 14, reconoce que los Árabes no pudieron competir en arquitectura con los pueblos que han creado las más altas formas de aquel arte, quedando muy por bajo, así de los autores de los antiguos teatros, templos, hipódromos y termas, como de los artífices que hicieron las catedrales góticas. «Los Árabes (añade) han creado obras de arquitectura que, si bien en el todo no contienen un plan extenso y perfecto, ejercen un poderoso encanto por la graciosa maestría, la armoniosa forma y la exuberante riqueza de los detalles.» El Sr. Lubke, en su *Ensayo sobre la historia del arte*, traducido del alemán al francés, por E. Ad. Koeller, tomo I, página 312 de la edición de París, 1886, dice así: «Esta arquitectura de hadas (es decir, fantástica) sabe disimular, a fuerza de seducciones, que le faltan precisamente los caracteres de una arquitectura, revistiendo más bien las formas de un encanto.» Y el ilustrado viajero ya citado M. J. Sanceri, en un curioso estudio sobre la catedral-mezquita mayor de Córdoba, después de señalar los defectos de la parte arábica, dice: «Ésta no puede ser obra de un arquitecto; como las menudas labores de la Alhambra y del Alcázar, por graciosas que sean, no son una arquitectura.»

177 Acerca de la ineficacia de la cultura arábica y musulímica para infundir su espíritu a la de otros pueblos, véase al Sr. Amador de los Ríos en su *Hist. crit. de la lit. esp.*, tomo II, capítulo 11.

178 En el estudio preliminar de nuestro *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los Mozárabes*, págs. XLVI y sigs.

179 En su mencionada *Hist. des mus. d'Espagne*, I, 15.

verdaderos hijos del desierto, y sólo se ocupaban en continuar sobre las orillas del Tajo o del Guadiana, las luchas de tribu contra tribu y de pueblo contra pueblo, que habían comenzado en Arabia, en Siria y en África. Por lo tanto, no es lícito suponer que la raza árabe introdujese en nuestro país, tan civilizado entonces, nada importante en letras, artes y ciencias, sino que, por el contrario, aquí, y bajo el docto magisterio de los cristianos indígenas (como les sucedía al mismo tiempo en las regiones orientales), fueron aprendiendo los conocimientos compatibles con sus aptitudes naturales y espíritu nacional. Harto hicieron los Árabes con imponer su religión, su lengua y por largo tiempo su dominación a otras muchas razas y naciones; pero no así su ciencia ni su civilización, por no tenerlas propias ni ser aficionados a las artes de la paz.

Finalmente y contrayéndonos a este reino de Granada, sabemos por la historia que los Árabes que se establecieron en este territorio conservaron constantemente su carácter altivo, fiero e ingobernable, siendo el azote de las demás razas. De ello quejábase amargamente Ibn Aljathib en sus celebrados *Elogios y vituperios*, diciendo que los naturales de Andarax eran Árabes beduinos, muy a propósito para la guerra y matanza de los enemigos, pero propensos a desmanes, y los fuertes opresores de los débiles; que los de Purchena conservaban las aficiones y costumbres de sus antepasados los Árabes beduinos, siendo, como ellos, muy arrogantes, muy dados al rencor y a la enemistad, a la vida alegre y disoluta, al vino y las borracheras; y que los de Guadix, cuya ciudad se llamó también *Medina Beni Sami* por haberse establecido allí la tribu arábiga de Beni Sami, eran orgullosos y provocativos, metidos siempre en riñas, discordias y trastornos, prontos a desnudar los alfanjes, y muy aficionados a toda vanidad y locura. Tales fueron los Árabes domiciliados en estas hermosas tierras, y tales continuaban siendo en las desdichadas regiones donde aún imperan.

II

Pues si a los Árabes no debe atribuirse en buena crítica el grado mayor o menor de esplendor y cultura a que llegó el reino de Granada, tampoco fuera razonable atribuirlo a otro pueblo musulmán que alcanzó mucha influencia en los destinos de este país. Aludimos a los Bereberes y Moros de África que, como es sabido, acudieron en mayor número que los Árabes a la conquista de nuestra península, y de los cuales grandes muchedumbres se establecieron aquí en diferentes épocas, al tiempo de la primera invasión, bajo el gobierno del *hagib* cordobés Almanzor (siglo X), y en las sucesivas irrupciones de Almorávides y Almohades.

Por el historiador granadino Ibn Aljathib, sabemos que en la segunda mitad del siglo XIV abundaban en este territorio los naturales u oriundos de las tribus berberiscas de Achisíes, Gomerres, Magrawitas, Tichaníes, Zenetes y Benimerines, preponderando así en el pueblo como en el ejército. Gracias a esas muchedumbres, los Bereberes lograron durante largo tiempo sobreponerse a los Árabes; y desde la caída del califato cordobés a principios del siglo XI, hasta el advenimiento de la dinastía Nazarita en 1238, predominaron en esta región y en una gran parte de Andalucía. Pero estas gentes, muy, semejantes a los Árabes en sus aficiones y costumbres¹⁸⁰, y compitiendo con ellos en ferocidad y fanatismo, eran aún más rudos y hostiles a la civilización, y no importaron a la arábigo-andaluza ningún elemento nuevo, sino gérmenes poderosos de anarquía y de barbarie¹⁸¹. Entre los

180 Así en sus virtudes como en sus vicios, según los pinta Ibn Jaldún en su *Historia de los Bereberes*, t. I. pág. 199 de la versión del Barón Mac Guckin de Slane.

181 Véanse a este propósito las acertadas observaciones del Sr. Schack y de su traductor el Sr. Valera, en el t. III, págs. 84-86 de la mencionada obra. A nuestro juicio, si el primero se excede en algo, es en elogiar demasiado el mérito literario y artístico de los Árabes; más en cuanto a los Moros y Bereberes, lo creemos justo cuando escribe: «Lo que se producía en literatura o en arte, procedía de los Árabes. Jamás se dio alguna actividad de este género que fuese propia y original de los Bereberes, los cuales tenían fama de bárbaros; y si los Moros han de ocupar un puesto en la historia del arte, deben tomar sólo el de asoladores de Córdoba, y saqueadores y destructores de Azzahrá. Las empresas arquitectónicas de algunos príncipes de dicha casta, son siempre en el estilo y según el modelo de los edificios arábigos, y verosímilmente llevados a cabo también por artífices árabes. Con las invasiones y el dominio de los Almorávides, vino a España un nuevo aluvión de gente mauritana; pero en el mencionado modo de ser artístico no hubo cambio alguno. Los flamantes conquistadores, por razón de su barbarie, no trajeron arte alguna, y

grandes estragos causados por su vandalismo, la España árabe lamentó la desolación de los magníficos y maravillosos alcázares a tanta costa erigidos en Córdoba bajo la dinastía Umeya¹⁸².

En el año 1013 de nuestra era, la raza bereber fundó en Granada el reino y dinastía de los Ziritas, que subsistió hasta el de 1090. Debióles esta ciudad el recobrar la antigua capitalidad de la provincia, que los Árabes habían trasladado al *vico* no lejano de Caslella o Castilia¹⁸³, y ciertas mejoras materiales, como la fundación de algunos palacios, casas de recreo y fortalezas al estilo arabigo-andaluz, que conservaron sin alteración; mas no les debió los beneficios de la paz y la prosperidad. La dominación de aquellos africanos fue harto revuelta y calamitosa para esta ciudad y reino, por el mal gobierno de sus emires y por incesantes luchas con los principados vecinos de Córdoba, Sevilla, Málaga y Almería; pues cada uno de ellos aspiraba a engrandecerse a costa de sus confinantes. El más famoso de aquellos sultanes fue Badis ben Habbús, titulado Almutdaffar o el victorioso, el cual reinó desde 1037 a 1073, y fue un monstruo de orgullo, de crueldad y de disolución. Pero si este sultán fue sanguinario, no lo fueron menos sus vasallos de la propia raza, pues en 1066 asesinaron en Granada cerca de cuatro mil Judíos, incluso el consejero real Josef ben Samuel ben Nagdela, a quien no le valió la prianza que gozaba cerca del emir, siendo asesinado en el mismo alcázar regio donde se había refugiado¹⁸⁴.

Ni fue más dichoso este reino de Granada bajo la dominación de otros Bereberes, los Almorávides, que en 1090 pusieron fin a la dinastía de los Ziritas. Estos bárbaros, aún más rudos y feroces que los anteriores, como recién salidos del desierto, trataron a nuestra península como país conquistado, e incapaces de unificar con un buen gobierno las diversas razas que formaban la España musulmática, solamente pretendieron sojuzgarlas y dominarlas con la fuerza. Durante el imperio almorávide, que subsistió hasta la segunda mitad del siglo XII, el pueblo andaluz, como escribe M. Dozy¹⁸⁵, tuvo un gobierno imbécil y corrompido, una soldadesca cobarde, indisciplinada y brutal y una policía deplorable; las ciudades se llenaron de ladrones y los campos de bandoleros, se paralizaron el comercio y la industria, encarecieron y escasearon los víveres, y se hicieron más frecuentes las incursiones de los cristianos fronterizos. En particular, padecieron mucho los cristianos Mozárabes por la intolerancia y el fanatismo de aquellos africanos que les derribaron sus iglesias¹⁸⁶ y, finalmente, apurando su paciencia, les obligaron a implorar el auxilio del rey don Alfonso el Batallador, que a sus ruegos llevó a cabo, en 1125, aquella memorable expedición en que consiguió libertar a diez mil familias cristianas, llevándolas consigo a sus estados de Aragón.

Pero la dominación almorávide fue también intolerable y odiosa para los mismos musulmanes andaluces que, hartos ya de tanto despotismo y desgobierno, solicitaron someterse bajo tributo al rey de Castilla¹⁸⁷. Ni lo hicieron mejor los Almohades, también Bereberes, que vinieron después, y que, no sin reñidas luchas con los musulmanes de las demás razas, ocuparon por algún tiempo una considerable porción de Andalucía y este territorio.

Y no valdrá citar, en desagravio de éstas gentes africanas, los monumentos artísticos que bajo su dominación se erigieron de una y otra parte del Estrecho, y cuya notable semejanza ha inspirado

tuvieron que valerse, cuando quisieron edificar, de los antiguos habitantes del país, los cuales permanecieron naturalmente fieles a sus pasados usos y procedimientos.» Afortunadamente, el Sr. Valera (página 87, nota,) ha puesto las cosas más en su verdadero punto, adjudicando a los indígenas mucha parte de la gloria que Schack atribuye a los Árabes.

182 Sobre estas destrucciones, véase al señor Schack, III, 63, 67, 68 y los autores árabigos citados por él.

183 Que por esta razón recibió el nombre de Medina Elbira o capital de la provincia de Eliberri o Iliberis. Véase a M. Dozy, en sus *Recherches*, tomo I, pág. 327 y siguientes.

184 Dozy, *Hist. des mus. D’Espagne*, t. IV, capítulos 2, 3, 4 y 7.

185 En su mencionada *Hist. des mus.*, IV, 266.

186 Entre otras, una magnífica situada en las afueras de Granada, y en el sitio llamado hoy *El Triunfo*, cerca de la puerta de Elvira. Véase la relación del cronista granadino Ibn Azzairafí, traducida por M. Dozy en sus mencionadas *Recherches*, I, 361 y 352.

187 Véase a M. Dozy en su *Hist. des mus.*, IV, 166-168.

a no pocos escritores¹⁸⁸ la absurda idea de una eficaz y provechosa influencia mauritana y berberisca en las artes y en la cultura de la España sarracénica. Porque testimonios irrecusables de escritores árabe-africanos demuestran que las ciencias, las letras y las artes, desarraigadas del África occidental por la invasión árabe y las incursiones berberiscas¹⁸⁹, no empezaron a renacer en aquellas regiones sino con mucha posterioridad a su florecimiento en la España árabe, y cuando arribaron a aquellas costas los Moros emigrados de nuestra península en diferentes tiempos¹⁹⁰, y sobre todo después de reconquistados por los cristianos los territorios de Córdoba, Sevilla y Valencia. Y en cuanto a los monumentos arquitectónicos construidos desde el siglo XII en adelante en Marruecos, Fez, Túnez, Tremecén, Rabat y otras capitales de Berbería, los escritores árabes afirman terminantemente que se hicieron a imitación de los andaluces o españoles, y con modelos y por artífices procedentes de España¹⁹¹. Pues si la arquitectura y demás artes árabe-españolas llegaron a penetrar y predominar en la Berbería durante aquellos siglos hasta el punto de que los mismos escritores árabe-orientales, según ha notado un crítico de nuestros días¹⁹², al mencionar algún palacio parecido al de la Alhambra y edificado en África, dicen que es un alcázar por el estilo andaluz¹⁹³, ¿con cuánta más razón no supondremos con otro crítico no menos competente¹⁹⁴, que los monumentos árabe-granadinos nada deben a la influencia africana, y no deben llamarse moriscos?

El descontento contra la dominación berberisca contribuyó eficazmente al establecimiento del reino Nazarita de Granada (en el año 1238 de nuestra era); mas para llevarlo a feliz término en

188 Entre ellos Luis del Mármol, en un pasaje de su *Historia de la rebelión y castigo de los Moriscos*, libro I, cap. 8, donde dice: «que los Reyes de Granada siempre fueron imitando a los de Fez, y las (dos) ciudades en sitio, aire, edificios y gobierno, y en todo lo demás fueron muy semejantes.» También nosotros, al copiar dicho pasaje en los apéndices de nuestra *Descripción del reino de Granada*, lo celebramos y emitimos irreflexivamente la opinión que ahora, mejor informados, no podemos menos de combatir.

189 De esta desolación y ruina que sumió en la barbarie la mayor parte de aquellas regiones, dan testimonio los mismos autores árabes.

190 La influencia española en África empezó a principios del siglo IX con la inmigración de los musulmanes desterrados de nuestra península por Alhacem I, en castigo de la memorable insurrección de los arrabales meridionales de Córdoba, con cuya ocasión, según el cronicón titulado *Alcartás* (al referir el reinado de Idris), ocho mil familias cordobesas se establecieron en Fez, construyendo muchos edificios, y dando su nombre a la *idua* o ribera de los Andaluces. Es de notar con M. Dozy (*Hist. des musulm.*, t. II, capítulo 3), que estos emigrados eran en gran parte Muladíes o Españoles renegados. Aumentóse dicha influencia por las conquistas y dominación que alcanzaron los califas cordobeses en el África occidental bajo los reinados de Abderrahman III, de Alhacem II, y de Hixem II. Muchas son las noticias que hallamos en el susodicho *Carthas en el Bayán Álmogrib* y en otras crónicas árabes acerca de grandes edificaciones hechas en aquel país antes de los Almorávides por artífices españoles; pero baste a nuestro propósito notar que el año 865 Mohammad ben Hamdon Alandalusi (es decir, el español), edificó la suntuosa aljama del Cairowan (en el África propia); que en 875 unos marinos españoles fundaron el castillo de la ciudad de Tenez; que en 902, cierto Mohammad ben Abi Aun ben Abdus y otros andaluces fundaron la ciudad de Orán (reconstruida muchos siglos después por los Moros expulsados de nuestra península), y que en 925 Obaidallah el Xiita empezó a edificar la ciudad de Almesila, bajo la dirección de cierto Alí, conocido por el hijo del Ándalus.

191 Atestíguenlo como cosa cierta y notoria los historiadores árabes Ibn Galib, Ibn Said y el Xocundi, citados por Almacari, II, 105, 106, 126, 144, e Ibn Jaldún en sus celebrados *Prolegómenos*, 11, 23, 24, 362 y alibi de la versión mencionada. Consta por estos autores que los emigrados andaluces introdujeron en Berbería hasta sus instrumentos músicos, su escritura, su agricultura y demás artes y oficios, haciéndolos prevalecer, por su mayor gusto y perfección sobre los usados hasta entonces en aquel país. Por lo tanto fundados en tan valiosas autoridades, los críticos modernos más competentes, como los señores Schack y Valera (tomo III, capítulo 15 de su mencionada obra), el Sr. D. Juan Facundo Riaño (en la página 13 de su *Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, Madrid, 1880), y el señor D. Francisco Tubino (páginas 145 y siguientes de su mencionada obra), se oponen a la pretendida influencia, que tanta boga llegó a conseguir, de los Moros y Bereberes en la arquitectura y arte de los Árabes españoles. Finalmente, debemos notar con Ibn Jaldún, que la cultura literaria introducida en el África por los Moros andaluces fue de corta duración, a causa de la arraigada rudeza de aquellos habitantes.

192 El Sr. Schack en el lugar citado.

193 Almacari, II, 814.

194 El Sr. Valera, ib. III, 86, nota.

medio de las turbulencias de aquella época, fue preciso que su fundador, Mohammad Alahmar, se sometiese a la protección del rey de Castilla, que lo era a la sazón San Fernando, reconociéndose como vasallo y feudatario suyo, obligándose a asistirle con tributos y soldados, y ayudándole a la expugnación de Sevilla. Así nació y pudo sostenerse largo tiempo este ponderado reino árabe de Granada, siendo desde su principio súbdito y tributario de la gloriosa monarquía castellana y leonesa.

Como queda dicho, los Nazaritas, que reinaron en Granada hasta fines del siglo XV y completa restauración de la España cristiana, fueron de estirpe árabe, y construyeron notables monumentos arquitectónicos; pero su gobierno no fue más afortunado y pacífico que el de sus predecesores, como contrariado constantemente por las antipatías y rivalidades de las diversas razas, por las ambiciones de los jefes de los diferentes partidos, por la insubordinación de las fuerzas militares, en su mayor parte berberiscas, y por el espíritu de independencia, inextinguible en la gente árabe¹⁹⁵.

III

Mas si las bellezas artísticas y literarias que dieron esplendor al antiguo reino de Granada, no deben atribuirse ni al genio de los Árabes ni al de los Bereberes y Moros africanos, tampoco fuera razonable adjudicarlas a la influencia civilizadora del islamismo que unos y otros profesaban¹⁹⁶. Si, como afirma M. Dozy, el genio poético de los Árabes desconoció la aspiración hacia lo infinito y lo ideal, para llenar este vacío y elevarse a mayor altura, les faltó la verdadera inspiración religiosa y un modelo tan poético, tan sublime y tan perfecto como el de la Sagrada Escritura¹⁹⁷, que no pudieron compensar con el texto [alcoránico](#), tan disparatado y falto de razón cuanto desprovisto de belleza estética¹⁹⁸.

No negaremos que entre las bellezas y delicias que atesoró la morisma de Granada, hay algo que especialmente se podría atribuir a la civilización musulímica, y que ciertamente no la envidiamos. Aludimos a la deleitosa multitud de palacios y sitios de recreación, que bajo la dinastía de Nazar hermoseaban este suelo, convirtiéndolo en una especie de paraíso terrenal. Nosotros convenimos con el infatigable viajero [Ibn Batutha](#), de Tánger¹⁹⁹, que había recorrido la mitad del orbe, desde las costas del Atlántico hasta los extremos orientales de la India y de la China, en que los alrededores de Granada no tenían rival en el mundo: y con el célebre Pedro Mártir, de Angleria²⁰⁰, cronista de los Reyes Católicos, que entró en esta ciudad a raíz de su reconquista, y que, ensalzando sus bellezas sobre las que naturaleza y arte han reunido en las principales ciudades de Italia, equipara su territorio a los mitológicos Campos Elíseos. También convenimos de buen grado con otro viajero italiano, Andrés Navagero²⁰¹, que visitó a Granada treinta y cuatro años después de su reconquista, en «que cuando esta tierra estaba en poder de los Moros era mucho más hermosa

195 Lafuente Alcántara en la reseña histórica que precede a sus mencionadas *Inscripciones*, pág. 49.

196 Mucho se ha desatinado en nuestros días por pretendidos sabios y críticos que, en odio a la civilización cristiana, han ensalzado la musulímica, especialmente en lo relativo a la Edad Media y a la deseada regeneración del África, cuya actual barbarie es cabalmente efecto de la dominación musulímica. Para desvanecer tan deplorable preocupación bastaría leer algunos escritos de autores modernos, no sólo católicos, sino aún racionalistas, como Renan y Dozy; pero no podemos menos de recomendar especialmente la lectura del excelente opúsculo publicado por el sabio profesor de la Universidad de Lieja, M. Godofredo Kurth, con el título de *La Croix et le croissant*.

197 A este propósito, no podemos menos de recordarlas siguientes palabras de nuestro insigne Donoso Cortés, en su *Discurso sobre la Biblia*, que leyó al ser recibido en la Real Academia Española: «Hay un libro, a donde han ido a beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones y de arrebatarse las almas con sobrehumana y misteriosa armonía. Este libro es la Biblia, el libro por excelencia», etc.

198 Según lo reconoce y afirma M. Dozy en su *Essai sur l'histoire de l'islamisme*, páginas 117 y siguientes de la versión francesa, Leyden, 1879.

199 Tomo IV, pág. 968, citado por Schack, III, 139.

200 Citado por el mismo Sr. Schack, III, 139, 141.

que lo es en el día». En efecto, bajo la dominación sarracénica no estaban desnudas y yermas como hoy las alturas que coronan y rodean el monte de la Alhambra, sino pobladas de vergeles y de alcázares, surcadas por acequias y regadas por fuentes.

Las riberas del Darro y los collados que lo abrigan eran aún más amenos y frondosos que hoy, todos vestidos de verdor por ambas márgenes, poblados de casitas con sus correspondientes jardincitos y metidas de tal modo entre árboles, que parecían estar dentro de un bosque. Todo el contorno de Granada estaba cuajado de casas de recreo, fuentes y vergeles; todo cultivado y copiosamente regado, todo vistoso y placentero a maravilla²⁰². Claro es que esta lozanía y belleza se debía, en gran parte a la natural amenidad y fertilidad del terreno, tan abundante en agua, y a su pintoresca situación, así como también a labores y procedimientos agrícolas practicados desde remota edad y con mucha anterioridad a la invasión sarracénica²⁰³ y conservados por la raza indígena; pero también en gran parte se debe adjudicar al sensualismo mahometano. Esta observación no escapó a Marineo Sículo²⁰⁴ cuando llamó a los maravillosos alcázares y sitios de recreación de los Moros granadinos *luxurias y deleites de los reyes*; ni al mismo Navagero, cuando escribía: *por lo cual de tantos restos de lugares de recreo se puede colegir que los reyes moros no omitían cosa alguna para el placer y la vida regocijada*.

Este sensualismo, que igualmente condenamos en los Moros que en los materialistas modernos, no pudo menos de influir desventajosamente en las artes y letras de aquel reino arábigo y musulmán. En vano un escritor moderno, muy entendido en materia de arte, pero apasionado excesivamente del arábigo²⁰⁵, ha pretendido vindicarlo de la fea nota de sensualismo con que lo tildan y rebajan muchos críticos modernos no menos competentes. Entre otros, D. José Jimenez Serrano, en su *Manual del artista y del viajero en Granada*²⁰⁶, con notable precisión se expresa así: «En arquitectura no carecieron los Árabes de yerros esenciales, pues crearon un género particular a propósito para la voluptuosidad y los placeres, tan poco sólido como los goces mundanos y tan seductor como ellos: espejo de su religion, de sus costumbres y de sus leyendas.» Otro escritor, coetáneo nuestro y no menos entendido en bellas artes, el Sr. D. Pedro de Madrazo²⁰⁷, considera los suntuosos alcázares de Córdoba como representación genuina de la magnificencia, del lujo y del sensualismo del califa Abderrahman III y del *hagib* Almanzor, y añade muy a nuestro propósito lo siguiente: «Tanta prosperidad material, tanta grandeza, tanta ostentación y lujo, tanta sabiduría en las ciencias y en las artes *voluptuarias*, cómo pudieron desaparecer tan pronto? Ah, sí; desaparecieron porque no era duradera la base sobre que descansaba el portentoso simulacro de civilización que los califas habían dado al mundo.» Y en otro lugar²⁰⁸: «Esta que llamaremos *poesía de la ornamentación* de los Árabes, es semejante... a la de su literatura: nace de un voluptuoso refinamiento, más que de una verdadera elevación de ideas.

201 Copiado por el mismo Schack, III, 141 y 142, y más extensamente en los apéndices de nuestra *Descripción del reino de Granada*.

202 Así lo afirma [Navagero](#) y lo confirman varios pasajes de Luis del Mármol, que fuera prolijo copiar y que se hallan en su mencionada *Historia*, capítulos V-XI.

203 Es ya cosa perfectamente averiguada y reconocida por los mismos autores arábigos que los Árabes y Moros no introdujeron en España los procedimientos agrícolas, antes bien los recibieron y aprendieron de los naturales de nuestro país. Véase Almacarí, II, y Dozy, *Hist. des mus.*, II, 39.

204 En su libro *De las cosas memorables de España*, f. 169 v. de la edición de Alcalá, 1539.

205 El Sr. D. Juan Facundo Riaño en su *Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes* (1880), páginas 19 y 20. Y no vale alegar con el Sr. Riaño las inscripciones religiosas que abundan en los monumentos arábigo-musulmicos: porque cabalmente en la voluptuosa religión mahometana todo respira materialismo y sensualidad, empezando por el texto alcoránico de donde suelen tomarse dichas inscripciones.

206 Cap. XIV, pág. 38 de la edición de Granada, 1846.

207 En su prólogo a nuestras *Leyendas históricas árabes*, Madrid, 1858.

208 En su contestación al discurso de recepción. del Sr. Riaño, pág. 45.

A este grosero materialismo incapaz de toda elevada inspiración y vuelo sublime, más que a condiciones de raza, como algunos suponen²⁰⁹, se debe en nuestro concepto la gran inferioridad que presentan los monumentos arquitectónicos más importantes del arte arábigo-muslímico en comparación con los del arte cristiano. El eminente literato D. Juan Valera, que pagó notable tributo a las aficiones arábicas, traduciendo del alemán al castellano el interesante libro del Sr. D. Adolfo Federico de Schack, titulado *Poesía y arte de los Árabes en España y Sicilia*, dice así²¹⁰: «Aunque yo me admiro de la Alhambra y de la mezquita de Córdoba, mi entusiasmo no raya muy alto. No lamento y deploro tanto como otros el que se haya levantado un templo cristiano en el centro de la soberbia fábrica de Abderrahmán. Todavía me parece aquel templo cristiano más noble y hermoso que el arábigo que lo circunda; y los primores de la celebrada capilla llamada vulgarmente del Zancarrón no llegan, en mi sentir, a los primores de la sillería del coro ni a la gracia y belleza de uno de los púlpitos.»²¹¹

Por su parte el Sr. de Schack²¹², aunque extranjero y protestante, y grande admirador de la cultura arábica, además de afirmar que en la primorosa y fantástica exornación de la aljama cordobesa, quisieron nuestros musulmanes formar un trasunto de su mahomético Edén, reconoce que aquel edificio, muy lejos de competir en perfección artística con el Partenón o la catedral de Estraburgo, así en su conjunto como en sus pormenores, muestra muchos defectos y lleva el sello de un arte poco adelantado. «No se nota aquí (añade) la armonía nacida del más alto sentimiento de la belleza e iluminada por la divina serenidad del templo griego, que por todos lados manifiesta la perfección en la arquitectura, ni se advierte tampoco la maravillosa creación de la catedral gótica, levantada sobre colosales pilares de piedra, la cual arrebató la mente hacia los cielos con un raptó poderoso: porque de todas sus partes transpiro una vida arcana, y todas concurren a formar como un gran símbolo de la fe, propio y adecuado centro de la piedad y de las profundas meditaciones, lleno de severas imágenes de mármol y de flotantes figuras luminosas en las ventanas, al través de las cuales se difunde sobre los fieles que oran un resplandor místico, algo como un rayo de la gloria divina.»

Pero, ¿a qué amontonar autoridades en un punto en que basta la razón? Negar o desconocer el sensualismo en los monumentos del arte musulmán es negar que las ideas, las creencias y el espíritu de cada pueblo se reflejan de ordinario en sus manifestaciones literarias y artísticas, negar que las diversas formas del paganismo se revelan en los antiguos monumentos de Asia y de Egipto, de Grecia y de Roma, y la ardiente fe cristiana de los siglos medios en la arquitectura gótica u ojival. Si en el islamismo todo huele y apesta a liviandad, si los críticos convienen generalmente en el sensualismo literario de los Árabes y mahometanos, con más razón debemos atribuir este carácter a su arquitectura, por ser cabalmente este arte el que más se acomoda a la vida, usos y aficiones de los pueblos y por ser sumamente viciosas y disolutas las costumbres de aquellos sectarios²¹³. Al construir a tanta costa y con tanta profusión unos sultanes y magnates tan dados al regalo y al

209 Como Schack, Tubino y otros.

210 En la página VII de su advertencia preliminar.

211 De la misma opinión es un docto crítico y viajero francés, el ya citado M. J. Sancery, en una interesante carta escrita el año pasado desde Córdoba, donde después de haber estudiado aquella mezcla de aljama y catedral histórica y artísticamente, supone que el hábil constructor del templo cristiano, Fernando Ruiz, dejó en pie la mezquita musulmana por vanidad de artista, a fin de que pudiera compararse su concepción grandiosa con el ridículo plantío de columnas de su colega arábigo, si es que Abderrahman el Grande, (en cuyo reinado se engrandeció notablemente dicha aljama) tuvo un arquitecto.

212 Tomo III, páginas 32-34 de su mencionada obra.

213 No es posible leer sin sonrojo los cuadros y pinturas que los poetas y literatos arábigo-españoles (como los africanos y orientales), en una lengua libre y sensual como sus gustos, hacen de los deleites y pasatiempos en que gastaban torpemente su vida y a que se entregaban en los suntuosos alcázares y floridos jardines de Almería, Córdoba, Granada, Sevilla, Toledo, Valencia, Murcia, Zaragoza y demás ciudades del Ándalus. Acerca de este punto, que hemos tratado someramente en algunos escritos, se hallarán muchos detalles en las conocidas *Analectas* de Almacarí y en la mencionada obra de Schack.

placer, unas mansiones tan deliciosas, ¿qué puede suponerse que pretendieron sino realizar en la tierra, por medio de palacios y jardines, la sensual belleza del paraíso prometido por Mahoma a su grey? Por eso un insigne poeta moderno²¹⁴ ha llamado a la Alhambra:

«Edén terreno
Modelado en el Corán.»

y a sus lindos aposentos:

«Alcázares dorados,
Misteriosamente alzados
Del placer para mansión.»

Nada más sensual y voluptuoso que la imagen del paraíso celestial ofrecida por Mahoma a sus sectarios; paraíso que, según el abad mozárabe Esperaindeo²¹⁵, no debía llamarse paraíso sino lupanar y lugar obscenísimo²¹⁶ y que, según César Cantú, participa de lupanar y de figón. Pues tal imagen, que el fundador del islamismo presentó con prolija insistencia²¹⁷ a la carnalidad de sus compatriotas, no pudo menos de reproducirse en la vida íntima de los musulmanes y, por consiguiente, en su arquitectura, en la traza y ornato de aquellos mágicos alcázares y floridos jardines, en que nuestros musulmanes amontonaban mujeres, joyas, tesoros y delicias, imaginando, en contra de su misma fe, que el vergel del paraíso, según cantaba uno de sus poetas²¹⁸, no existe sino en la región del *Ándalus* o península española.

IV

Colígese de todo esto que hay que buscar fuera de los Árabes, de los Bereberes y de las doctrinas alcoránicas, tan opuestas a todo progreso racional y civilización verdadera, la parte más principal y noble del esplendor literario y artístico que hallamos representado en la historia y en los monumentos árabe-granadinos. A diferencia de los africanos y orientales, los musulmanes de nuestro país, según observa un historiador árabe²¹⁹, fueron muy dados a mejorar y embellecer sus artefactos, perfeccionándolos con suma prolijidad y fatiga; por consiguiente, fueron menos refractarios al progreso y al idealismo que sus correligionarios de otras regiones. Mas, ¿dónde hallaremos la razón de una diferencia tan considerable? Esta investigación nos será fácil, admitiendo con el historiador tunecino Ibn Jaldún²²⁰, que la perfección y subsistencia que las artes lograron en varios puntos de la España sarracénica, se debió a una tradición conservada a través de varias dinastías desde la edad visigótica²²¹. Semejante tradición debieron transmitirla los indígenas; así los Mozárabes, que conservaron su fe cristiana, y con ella los demás elementos de su civilización, como los Muladíes, o sea los Españoles renegados, que al arabizarse y hacerse musulmanes, mantuvieron de su antigua cultura hispano-romana todo aquello que era compatible con el islamismo y aún no escasa parte de su espíritu cristiano y nacional²²². En este país, donde las ciencias y las letras habían florecido tanto durante la dominación romana y la visigoda, debió

214 Zorrilla en su poema *Granada*.

215 Citado por San Eulogio de Córdoba en el libro I de su *Memoriale Sanctorum*.

216 *Hoc non erit paradisus, sed lupanar et locus obscenissimus*.

217 En las suras y aleyas o versículos siguientes, II, 23, III, 13, IV, 60, X, 9, XIII, 22-34, XIX, 61-63, XXXV, 30, XXXVI, 54-57, XXXVII, 39-47, XXXVIII, 50-52, XXXIX, 21, XLIII, 70-73, XLVII, 16 y 17, LV, 46-76, LVI, 14, 39, y LXXVI, 12-21.

218 Ibn Jafacha de Alcira en unos versos copiados por Almacari, I, 451, y traducidos por los señores Schak y Valera, en su citada obra, I, 181.

219 Ibn Gálib, citado por Almacari, II, 104 y 105.

220 En sus *Prolegómenos*, II, 360 y 361.

221 Debíó decir desde la edad romana.

222 Véase a M. Dozy, *Hist. des mus.* III, 350, donde contrapone el espiritualismo de los ingenios de raza indígena al sensualismo de los Árabes y musulmanes de abolengo.

acontecer bajo el imperio árabe-musulmán lo mismo que afirma el tantas veces citado Ibn Jaldún²²³ con respecto a las regiones orientales: que no fueron los Árabes, dedicados con predilección a las armas y cargos políticos, los que cultivaron con tanto ardor la ciencia y la literatura en el brillante período de los Abbasitas, sino los indígenas de los territorios sometidos, es decir, los Mozárabes y los Muladíes.

Aunque no poco maltratados y perseguidos, los Mozárabes subsistieron durante cuatrocientos cincuenta años en Andalucía, y particularmente en este reino de Granada, donde tenía grande arraigo la fe católica²²⁴, conservando juntamente con su fe su propia cultura y espíritu nacional, teniendo templos que eran verdaderas maravillas de arte²²⁵, Obispos tan insignes como Recemundo de Iliberri y Julián de Málaga, y según cuenta un autor árabe²²⁶ jefes de su misma raza y religión sobremanera entendidos y hábiles, y particularmente el último apellidado Ibn-Alcallás, que fue muy nombrado y gozó de grande consideración entre los gobernadores musulmanes de la provincia. Pero los Mozárabes, apartados de los musulmanes por el abismo de las distintas creencias, no podían ejercer en ellos una influencia tan activa y eficaz cuanto era menester para corregir la rudeza y modificar los gustos de Alárabes y Berberiscos. Esta influencia la ejercieron más inmediata y poderosamente los Muladíes o Españoles renegados, que al abrazar la ley y la lengua de Mahoma, venían a constituir con sus sectarios, aunque no sin antipatía de razas, un solo cuerpo de nación. Como consta por la historia y lo afirma Mr. Reinhart Dozy²²⁷ a propósito de las discordias civiles que desgarraron la España sarracénica en la segunda mitad del siglo IX, los Muladíes constituían la parte más numerosa, más ilustrada e inteligente de la población, contaban en su seno mucha gente noble y acaudalada, y abrigando el sentimiento de su fuerza material y moral, en más de una ocasión se sublevaron victoriosamente contra las demasías de los sultanes, poniendo a punto de ruina la potente monarquía cordobesa. Aunque por diferentes motivos habían desertado de la fe cristiana, muchos conservaban de ella un piadoso recuerdo; y al verse ultrajados por el orgullo y egoísmo de los Árabes y por el menosprecio de los musulmanes viejos, se aferraban más en las tradiciones de su raza y en el espíritu de su antigua nacionalidad.

Los Muladíes llegaron a ser muy numerosos en esta ciudad de Granada y su territorio, donde muchos Mozárabes se habían islamizado ya movidos por el aliciente de varias ventajas que esto les proporcionaba, ya por el miedo de las persecuciones y por eximirse de los pesados tributos que les imponía la codicia de sus dominadores. Principalmente la población agrícola, que aquí abundaba mucho, merced a la feracidad del suelo, aprovechándose de las franquicias y beneficios que la ley mahometana concede a los islamizados, había logrado por este medio conseguir su libertad y librarse del odioso impuesto de la capitación. Las conversiones al islamismo, ya numerosas desde los reinados de Abderrahman II y Mohammad I de este nombre²²⁸, se aumentaron considerablemente bajo las dinastías de los Almorávides y Almohades, y principalmente bajo la de estos últimos, que impusieron pena de destierro a cuantos cristianos o judíos no abrazasen las creencias musulmánicas. Y aunque después de reconquistadas por San Fernando las ciudades de Jaén, Córdoba y Sevilla, mucha gente árabe y berberisca vino a establecerse en este país, todavía a principios del siglo XIV de nuestra era, la población de la ciudad de Granada mostraba evidentemente que se componía en su mayor parte de Muladíes o descendientes de cristianos. Así

223 *Prolegómenos*, III, 300.

224 Sobre este punto véase a M. Dozy, *Hist. des mus.* II, 209.

225 Tal era entre otras, una situada en las afueras de esta ciudad, enfrente de la puerta de Elvira, de la cual dicen los autores árabes (apud Dozy, *Recherches*, I, 351 y 352) que era célebre e incomparable por la belleza de su construcción y de su ornato y de fábrica muy sólida. Esta iglesia fue destruida por el fanatismo de los Almorávides en 23 de Mayo de 1099.

226 El mismo citado en la nota anterior.

227 *Hist. des musulmans d'Espagne*, II, 52, 53 y alibi.

228 Dozy, *Ib.* II, 210.

consta por un documento importante alegado por nuestros historiadores Zurita²²⁹ y Mariana²³⁰, o sea por la relación que los embajadores del rey D. Jaime II de Aragón hicieron al Sumo Pontífice Clemente V en el Concilio General de Viena (año 311), afirmándole como cosa notable y cierta que de doscientas mil personas que a la sazón moraban en Granada, apenas se hallaban quinientas que fuesen Moros de naturaleza, porque casi todos eran descendientes de cristianos: que había en ella cincuenta mil renegados²³¹ y pasaban de treinta mil los que estaban cautivos en aquel reino. Cuya cuenta, aunque algo exagerada, se confirma por varios documentos y testimonios, entre ellos el del celebrado historiador granadino Ibn Aljathíb²³², el cual asegura que en su tiempo, es decir, en la segunda mitad del propio siglo, entre los habitantes de Granada, al par con los de linaje árábigo y berberisco, había muchos de origen extranjero.

Por conducto de unos, y de otros, Mozárabes y Muladíes, la España sarracénica recibió de la visigoda los caracteres especiales que distinguen su ponderada civilización y que la aventajan sobre la desarrollada por los mulsumanes en África, y aún en las regiones orientales. Así consta de muchos descubrimientos y estudios realizados de pocos años a esta parte, y que han venido afortunadamente a desvanecer las preocupaciones y antojos de escritores anteriores, aficionados en demasía a las cosas arábicas y musulmicas. Gracias a tales descubrimientos y estudios, hace ya más de veinte años que un insigne erudito español²³³ pudo escribir las siguientes palabras: «Si hubo, pues, como creemos que hubo, algo de peculiar, de distinto, de propio, en la civilización hispano-musulímica, que vino a distinguirla de la general civilización mahometana, nos parece que más bien debe atribuirse al influjo de los Españoles mismos que al de los rudos y advenedizos Bereberes: fue el *estilo andaluz* y no el *estilo morisco*.» Ya muchos años antes un literato y crítico infatigable²³⁴, al estudiar con admirable erudición y sagacidad el desenvolvimiento de nuestra literatura durante el largo y calamitoso periodo de la dominación sarracénica, ganoso de vindicar contra suposiciones extravagantes y absurdas el carácter propio y original de nuestra ciencia y arte, eminentemente nacionales y católicos, había establecido sólidamente el hecho de que así los cristianos libres del Norte como los Mozárabes del Mediodía, no solamente habían rechazado con igual empeño la influencia árábica y musulmica, sino que, altamente cultos e ilustrados, habían comunicado a sus rudos dominadores una gran parte del saber literario, científico y artístico atesorado en nuestro país bajo la monarquía visigoda.

A las muchas y razonables pruebas aducidas por tan sabio crítico hemos hallado confirmación en testimonios de autores arábigos y en importantes documentos de la España musulmica y de la cristiana²³⁵. Por ellos consta que los cristianos mozárabes, así en España como en el Oriente, siguieron cultivando, según se lo permitía su desdichada situación, las letras, ciencias y artes heredadas de sus mayores, y como (sin olvidar su idioma patrio, que en España era el latín y en el Oriente el siríaco, griego o copto) cultivasen con aprovechamiento la lengua árabe hablada por sus dominadores, tradujeron a ella muchas obras clásicas, e iniciaron a los Árabes y Moros (refractarios al estudio de los idiomas extranjeros) en diversas artes, ciencias y conocimientos que hasta entonces habían ignorado. Gracias a versiones arábicas hechas del latín, y acaso también del griego, por los Mozárabes, los musulmanes andaluces lograron conocer la famosa obra de agricultura de nuestro gaditano Junio Moderato Columela, las historias de [Orosio](#), las doctrinas médicas de los autores

229 [Anales de Aragón](#), libro V., cap. 93.

230 En su [Historia General de España](#), libro XXV, capítulo 16.

231 Por este motivo un escritor eclesiástico, el continuador de los Anales del Cardenal Baronio, dice que Granada, bajo la dominación sarracénica, era una sentina de apóstatas que habían renegado de la fe cristiana.

232 En su libro titulado *El esplendor de la luna llena acerca de la dinastía nazarita*.

233 El Sr. D. Juan Valera, en su mencionada traducción, tomo III, pág. 82, nota.

234 El Sr. D. José Amador de los Ríos en su *Historia crítica de la literatura española*, tomo II, cap. 11.

235 De esta materia hemos tratado con alguna extensión en el estudio preliminar a nuestro *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los Mozárabes*, cap. 2.

helénicos y algunos escritos de Aristóteles. Y por lo que toca especialmente a este territorio granadino, en la segunda mitad del siglo X, la silla episcopal de la antigua Iliberri fue ocupada por un astrónomo y filósofo eminente para aquel tiempo, el célebre Recemundo, a quien los Árabes llamaron Rabí ben Zaid²³⁶. También sabemos por el morisco granadino Juan León, conocido por el Africano²³⁷, que reinando en esta capital el emir Almanzor²³⁸ se tradujo del latín al árabe un gran *Tesoro de Agricultura*, dividido en tres partes y manejado en su tiempo por los Moros de Berbería²³⁹.

Ni debieron influir menos nuestros Mozárabes en el desarrollo, progreso y perfeccionamiento de la ponderada arquitectura arábigo-andaluza, porque ellos debieron ser, y así se colige de muchos y razonables indicios, los que instruyeron a nuestros musulmanes; en los conocimientos arquitectónicos que tanto habían florecido en nuestro país durante la dominación romana y la visigótica, produciendo aquellas maravillas artísticas que deslumbraron los ojos de los Sarracenos conquistadores²⁴⁰. Baste a nuestro actual propósito observar, con el celebrado Sr. Ríos²⁴¹, que la imitación hispano-románica y latino-bizantina se nota de un modo evidente en los primeros monumentos de la arquitectura arábigo-hispana, erigidos en nuestro sentir por artífices mozárabes o muladíes; y de aquí el que Ambrosio de Morales tuviese por romanas las ruinas de Medina Azzahará, famoso alcázar construido por Abderrahman III en el siglo X de nuestra era. Después de haber causado con su ciega y feroz barbarie enormes estragos en las grandiosas y suntuosas construcciones que revelaban la majestad y poder de los Romanos y la fastuosidad de los Visigodos, al fin sojuzgada su imaginación por la belleza de aquellas obras, y aspirando a semejante grandeza nacional y política, los Árabes y Bereberes no dudaron conservar e imitar en provecho propio los trofeos de su grande victoria²⁴².

«Los Árabes (añade otro crítico no menos competente en la historia del arte)²⁴³ no trajeron a nuestra España más ciencia arquitectónica que la que fueron recogiendo a retazos en su ominosa conquista. Pero al encontrarse aquí con un arte hecho y granado como el que habían producido los Visigodos, dóciles alumnos del imperio de Oriente, arte no desemejante del bizantino en cuanto a las reglas generales de la construcción, ni tampoco en los principales elementos del ornato, amalgamaron fácilmente con sus recuerdos de Asia y del Egipto la impresión actual de lo que tenían a la vista. Este proceder de las tribus musulmanas, que fundaron el califato de Córdoba, es manifiesto; Sólo así se explica la diferente fisonomía que presentan el arte árabe-cordobés y el arte árabe del Cairo, por ejemplo: sólo así puede motivarse el empleo exclusivo entre nosotros desde el siglo VIII al X, del arco ultra-semicircular, vulgarmente llamado de herradura, que tan característico es del arte visigodo²⁴⁴ y del árabe español primario; mientras este arco, aún siendo quizás de origen persa, es de uso casi excepcional en el Oriente; y sólo así también el mantenimiento del capitel

236 Sabido es que muchos Mozárabes usaron de nombres arábigos, confundiendo así a los críticos menos cautos.

237 Acerca de este célebre autor, nacido en Granada hacia los últimos tiempos de la dominación sarracénica, véase a Casiri, en su *Biblioteca Árabe Hispana Escorialensis*, I, 172 y 173.

238 Probablemente Zawi ben Ziri, titulado Almanzor, fundador de la dinastía de los Ziritas, que reinó desde 1013 a 1019 de nuestra era.

239 «Extat et penes eos (los Moros de África) ingens quoddam in tres divisum partes volumen; *Thesaurum Agriculturae* vocant. Hic iis temporibus Latino in eorum linguam versus est cum Almanzor apud Granatas rerum potiretur.» J. León Africano *De Africae descriptione*, parte I.

240 Véase Almacarí, I, 170, *Ajbar Machmúa*, pág. 16 del texto y 29 de la versión.

241 En su mencionada *Historia crítica*, tomo II, capítulo I, y principalmente páginas 18 y 38.

242 Véase a este propósito al Sr. Ríos, ib. II, 18, nota 150.

243 El Sr. D. Pedro de Madrazo en su mencionado *Discurso de contestación* al del Sr. Riaño, página 43.

244 Hállase este arco en varias iglesias de la edad visigótica, conservadas hasta hoy en Castilla la Vieja, Asturias y Galicia, y entre ellas la de San Juan de Baños, diócesis de Palencia, que se remonta al reinado de Recesvinto, año de 661.

corintio romano, cual lo usaron los visigodos cuando en Bizancio estaba poco menos que proscrito.»²⁴⁵

Pero estos Árabes y Bereberes, a quienes la ignorancia o la malicia ha supuesto introductores de la civilización en nuestro suelo, tardaron mucho tiempo en vencer su rudeza y en salir del periodo de imitación artística. Pues como escribe a este propósito otro crítico no menos competente en la materia²⁴⁶, «necesario es descender al final del siglo IX y a los comienzos del X, esto es, a doscientos años después de la invasión, para encontrar las maravillas de la arquitectura cordobesa, que habían logrado, según dicen, su máxima perfección en los alcázares de Azzahrá: a los siglos siguientes pertenecen los más nobles monumentos de este linaje, lo que nos prueba que fueron necesarias algunas centurias para que el genio árabe, fecundado por la savia de otros pueblos, y entre ellos por el hispano-cristiano, alcanzaran su completo florecimiento y madurez.»

V

A tan valiosas autoridades debemos añadir algunos datos recogidos en nuestras lecturas e investigaciones sobre la cultura árabe-española y en particular sobre la granadina objeto especial del presente estudio. De la tradición artística hispano-visigoda y de su influencia en la granadina, dan fe numerosos restos artísticos hallados a legua y media de esta ciudad cerca del pueblo de Atarfe y conservados en el precioso Museo Arqueológico formado por la Comisión de Monumentos de esta provincia; cuyos restos, según observa un crítico muy competente²⁴⁷, pertenecen al período comprendido entre los siglos VIII y XI, y corresponden al estilo románico y al llamado latino-bizantino, hallándose entre ellas la notable inscripción latino mozárabe de cierto Cipriano que murió en el año 1002 de la era cristiana²⁴⁸. Del origen hispano romano de esta ciudad dan evidente testimonio, al par con la historia, monumentos y vestigios que ni la dominación sarracénica ni la acción destructora de los siglos han podido borrar hasta ahora²⁴⁹.

De origen hispano-latino son muchos términos de arquitectura y ornamentación que suenan en los documentos árabe-españoles, y particularmente en los granadinos.

Tal es el vocablo *parthal* o *partal*, corrupción indudable del castellano portal y bajo-latino *portale* y *portallum* que en el sentido de pórtico se halla en nuestros autores árabes al tratar del famoso alcázar de Abderrahman III en Medina Azzahrá (siglo X), del de Badis ben Habbus en

245 También hay motivos para suponer que los primores de la ornamentación árabe-hispana deben no poco a la imitación de los monumentos visigodos, pues según observan autores muy entendidos (el Sr. Madrazo, en su *Estudios sobre las coronas de Guarrazar*, y el Sr. D. Francisco María Tubino, en sus *Estudios sobre el arte en España*, págs. 83 y siguientes), gracias a la riqueza, ostentación y fausto que despegaban los Visigodos en la vida doméstica y en la pública, el arte decorativo de aquella época, revelado en las ya célebres coronas de Guarrazar, vino a resultar tan original en su fisonomía y tan rico en sus detalles que puede considerarse como superior al lujoso de Oriente en el modo de disponer los motivos sacados del reino vegetal.

246 El Sr. Tubino en sus citados *Estudios*, págs. 161.

247 El reputado pintor y diligente anticuario D. Manuel Gómez Moreno, en su interesante opúsculo titulado *Medina Elvira*, Granada 1888.

248 También merece consultarse el concienzudo opúsculo publicado por el aventajado joven D. Manuel Gómez Moreno y Martínez (hijo del celebrado en la nota anterior), con el título de *Monumentos romanos y visigóticos de Granada*, 1889.

249 A este propósito, nos parece oportuno citar el siguiente fragmento de un estudio sobre Granada, escrito por el ya celebrado Coronel Sancery. Dice así: «Iliberis-Granada es una ciudad romana, y en todo semejante a todas las ciudades de la costa de África. El mismo recinto de muros y de torres; la misma *oppidum* o *ciudadela*, la *casba* (o alcazaba) de los Árabes: las mismas obras subterráneas para defensa de los baluartes: la misma disposición para surtir de aguas a la ciudadela y repartirlas a las casas de la ciudad, las cuales son en un todo semejantes a la de Pompeya, etc. Los guerreros del Islam se establecieron en esta ciudad sin destruirla, por la misma razón que no destruyeron a Cartago, Haidera, Tebessa, Cyrta (Constantina), Bugía, Argel, etc., porque el trabajo de destrucción no es menos antipático a los Árabes que otro trabajo cualquiera. Así, pues, se limitaron a acomodar esta ciudad a sus propios usos, según lo muestran las construcciones accesorias de la porción del recinto romano en que se asienta la Alhambra, adornando los edificios a la usanza oriental.»

Granada (siglo XI), y del mismo palacio de la Alhambra, donde aún se conserva dicho nombre en un sitio llamado *el Partal*²⁵⁰. De origen vascongado o ibérico es la voz *calahorra*²⁵¹ con que los escritores árabe-granadinos designan comúnmente las fortalezas y torres, y especialmente las de la Alhambra. De origen hispano-bizantino son, a nuestro entender, en el nombre y en la realidad, los azulejos o mosaicos de piedras menudas y de piezas de barro cocidas y esmaltadas, que con tanta profusión y belleza adornaban los edificios árabe-españoles, a diferencia de los orientales²⁵²; pues aunque el vocablo *azulejo* no viene del adjetivo *azul*, como algunos han imaginado, sino del árabe-hispano *azzuláich* o *azulláich*, éste a su vez es corrupción del latino-greco *asurotum*²⁵³ o más bien del bajo-latino *asaroticus*, aplicado por un célebre escritor francés del siglo V²⁵⁴ a las piedrecitas de los mosaicos o azulejos (*asaroticus lapillus*). Igualmente son de procedencia hispano-latina los siguientes vocablos técnicos de albañilería y carpintería que se encuentran en autores árabe-granadinos y en el famoso *Vocabulista árabe en letra castellana*, de Fray Pedro de Alcalá (1505) que, como es sabido, contiene el lenguaje hablado por los Moros de este reino: *barrina*, *cortabon*, *cobthál*, *cortal*, *cortina*, *fornáx*, *lachaira*²⁵⁵, *lathon*, *lauxa* o *leuxa*, *laxamáx*, *paceat*, *pal*, *párchele*, *pila*, *puchún* y *xerralga*, que corresponden a los castellanos *barrena*, *cartabón*, *codal*, *corral*, *cortina*, *hornaza*, *lumbrera*, *latón*, *losa*, *argamasa*, *pegar*, *palo*, *porche*, *pila*, *pisón* y *cerraja* o *cerradura*²⁵⁶.

A la influencia de la población indígena debemos atribuir asimismo el uso muy frecuente entre los Moros y Españoles de adornar los edificios, a despecho de la conocida prohibición musulmana²⁵⁷, con esculturas y representaciones de seres animados. De este uso, que empezó muy temprano y que se extendió a muchas ciudades de nuestra península²⁵⁸ y aún de Berbería²⁵⁹, quedan muchos restos y recuerdos históricos; y por lo que toca a Granada, creemos del caso mencionar la estatua ecuestre del rey Badis ben Habbus, que dio su nombre a la famosa Casa del Gallo²⁶⁰, y los relieves con escenas de caza que adornan la pila que el sultán Mohammad, III de éste nombre, hizo labrar para la mezquita mayor de la Alhambra; los dos leones marmóreos que hoy se conservan en

250 Véase nuestro *Glosario de voces ibéricas y latinas*, art. *partal*.

251 Hállase este vocablo en las inscripciones de mismo alcázar con referencia a sus torres. También se halla en el *Vocabulista* de Fray Pedro de Alcalá y en escrituras árabe-granadinas con referencia a fortalezas de este territorio.

252 Ibn Said, citado por Almacarí, I, 124.

253 Que Nebrija traduce por «pavimento o suelo de azulejos», y Freund por suelo de mosaico.

254 El vocablo *lachaira* corresponde por su forma al gallego *luceira* (claraboya) y al castellano *lucero* (postigo por donde entra la luz.)

255 Acerca de estos vocablos puede consultarse nuestro referido *Glosario de voces ibéricas* en los artículos correspondientes.

256 San Sidonio Apolinar (carm. XXIII, v. 56). Sabido es que este autor, según recuerda el señor Tubino (pág. 83,) al describir el lujo de las costumbres visigodas bajo el reinado de Enrico, advirtió que imperaba en ellas la elegancia griega.

257 Véase la sura V, aleya 92 del *Corán*, con la nota correspondiente de Kasimirski, y al Sr. Montant (del Instituto Egipcio), en su disertación *De la représentation des figures animées chez les musulmans*. Según parece, Malhoma sólo condenó las estatuas a que pudiera rendirse un culto idolátrico; pero la tradición musulmana extendió la prohibición a toda figura representativa de seres animados. No obstante, así en el Occidente como en Oriente, gracias siempre a la influencia de los indígenas, y sobre todo de los romanizados o helenizados, dichas representaciones se repitieron con frecuencia en los monumentos artísticos y decorativos.

258 Como consta de los datos y testimonios aducidos por el Sr. de Schak en su mencionada obra, tomo III, páginas 78-81 de la versión del Sr. Valera, y por el Sr. Fernández Guerra (D. Aureliano) en su Discurso de contestación al de su hermano D. Luis, páginas 59 y 60.

259 *Con figuras de leones y avejillas estuvo adornado el maravilloso alcázar edificado en Bugia (Argelia) por el sultán Almanzor ben-Annacir, de la dinastía de los Beni Hammad, que murió en 1104 de nuestra Era, y celebrado por el poeta siciliano Ibn Hamdís, copiado por Almacarí I, 321 a 325.*

260 Llamóse así porque la figura ecuestre, a causa de su imperfección, pareció un gallo.

el carmen de Arratia, llamado vulgarmente de la Mezquita, y, finalmente, los que dan su nombre al cuarto y patio de los Leones, a no ser que estas informes figuras sean de origen asirio.

La persistencia, e influencia del elemento indígena en este reino de Granada se revela a cada paso en los monumentos históricos, filológicos y geográficos que han llegado hasta nosotros. En cuanto a la geografía, bástenos copiar las siguientes palabras de un ilustrado autor de nuestros días²⁶¹: «Sabemos perfectamente que en toda aquella tierra quedó un gran migajón de población romana y gótica que conservó tenazmente sus leyes y su idioma, y con mayor razón los nombres geográficos²⁶² de ríos, montes, ciudades y fortalezas.» En cuanto al lenguaje, de voces hispano-latinas e ibéricas está henchido el ya citado *Vocabulista árabe* que a fines del siglo XV compuso fray Pedro de Alcalá por mandato del primer Arzobispo de Granada, fray Hernando de Talavera, para facilitar la conversión de los Moros de este reino²⁶³. Asimismo se hallan a cada paso en las escrituras árabigas y en otros documentos de este territorio relativos al periodo de la dominación sarracénica²⁶⁴. Es curioso ver cómo los vocablos de tal origen abundan en los términos de indumentaria, en los nombres de manjares, de utensilios y usos domésticos, en los de diversas artes y oficios, y en las obras de agricultura, botánica y materia médica escritas por el Thignarí (llamado así por ser natural de Thignar, cerca de Granada), de Ibn Loyón, de Almería, y de Ibn Albaithár, de Málaga²⁶⁵.

Los apellidos y apodos de origen español suenan con alguna frecuencia en la historia política y literaria de los Moros de este reino. Bástenos citar a los Benu *Chorg* (Jorge) de Elbira, Ibn *Alpedex*, Ibn *Exquilola*, Ibn *Furcón*, Ibn *Gatha*, Ibn *Moxolyón*, Ibn *Román*, Ibn *Vivax*. El *Chorroth*, el *Royo* y el *Thauchol* de Granada; los Ibn *Lobo*, Ibn *Loyón* (León), Ibn *Xalvathór* (Salvador) y el *Racaníl* de Almería; los Ibn *Bono*, Ibn *Corral*, Ibn *Dordux*, el *Calápac*, el *Lobo*, el *Partal*, y el *Royol* de Málaga²⁶⁶. A los cuales podemos añadir el de *Adefonso*, nombre de un conde visigodo, progenitor del famoso caudillo Omar ben Hafçon, que tanto se distinguió a fines del siglo IX y principios del X, levantando una gran parte de este reino y de otras comarcas andaluzas contra la monarquía de Córdoba²⁶⁷.

Entre los literatos y sabios de conocida raza muladí que produjo este territorio durante la dominación sarracénica, merecen mención especial los *Benu Bono*, de Granada y Málaga, en cuyo número, según creemos, debe contarse el insigne botánico malagueño del siglo XIII Ibn Albaithar²⁶⁸; el distinguido gramático y retórico Abdallah ben *Vivax* (*Vivas* o *Vives*), que fue uno de los maestros del famoso historiador granadino Ibn Aljathib²⁶⁹; Abú Otmán Ibn *Loyón* (León), de Almería, insigne poeta y naturalista, que también dio lecciones a Ibn Aljathib, y dejó escrito un notable poema de agricultura, que se conserva manuscrito entre los códices árabigos de la biblioteca de esta Universidad²⁷⁰; el distinguido gramático Ibn *Corral* de Málaga, y el poeta Ibn *Xalvathor* (Salvador), de Almería²⁷¹. Granadino, y según otros zaragozano, pero de raza española, a juzgar por

261 Nuestro insigne maestro el Sr. Estébanez Calderón, en su *Epístola aljamiada*,

262 Sobre este punto puede verse nuestro referido *Glosario*, pág. CLXXIII del Estudio preliminar, y en varios artículos.

263 Véase el estudio preliminar de nuestro referido *Glosario*, página CLXVI y siguiente,

264 Véase el mismo estudio, pág. CLVIII.

265 Véase el mismo estudio, página LXXX y siguientes.

266 Acerca de la significación y equivalencia de estos y otros apellidos y apodos usados por los Moros de nuestro país, véase nuestro *Glosario* en los correspondientes artículos. Allí se verá que algunos de los apodos son muy ridículos, como *Chorroth* (cerote), *Moxolyon* (mosquito) y *Calápac* (galápago).

267 Ibn Aárdi, II, 108; Ibn Aljathib, en su biografía del mismo personaje, y Dozy, *Hist. de mus.*, II, 190.

268 Acerca de este punto, véase nuestro *Estudio preliminar*, pág. XCIV.

269 Celebrado por Ibn Aljathib en su autobiografía.

270 Acerca de este autor, véase nuestro citado *Estudio*, pág. CLIII.

271 Celebrado por Ibn Aljathib en su *Ihatha*.

su apellido, fue el egregio escritor de filosofía y música, llamado vulgarmente *Aven Pace*²⁷², que murió en Granada el año 1135 de nuestra era²⁷³.

No se diga que entre los literatos y personajes de este territorio que aparecen en la historia, los nombres y apellidos españoles son bien escasos en comparación con los árabigos; porque, si bien se considera el uso de estos nombres nada arguye en favor de la raza o linaje de los individuos que lo llevaron; pues los hallamos usados, no solamente por los Muladíes o renegados, sino por los mismos Mozárabes. En cuanto a los Mozárabes, ya hemos notado en otra ocasión²⁷⁴ que usaron con harta frecuencia de nombres árabigos, aunque no musulmicos, y sobre todo aquellos que, investidos de algún cargo o dignidad, necesitaban tratar con los Árabes y Moros, a quienes eran repulsivos los nombres extranjeros. Baste a nuestro actual propósito citar los ejemplos del obispo eliberitano Recemundo, que entre los Árabes fue conocido con el nombre de *Rahi ben Zaid*²⁷⁵, y el de Ibn Alcallás, que así se apellidaba el caudillo o jefe de los Mozárabes granadinos que a principios del siglo XII imploraron el auxilio del rey de Aragón D. Alfonso el Batallador²⁷⁶. En cuanto a los Muladíes, estos naturales, según han observado críticos competentes, a fin de hacer olvidar su origen español y cristiano, que los exponía a los desdenes e insultos de los Árabes y musulmes rancios, solían tomar carta de naturaleza en las tribus árabes o berberiscas y fingir abolengos de este jaez, aunque algunos de ellos, para más desorientar a los curiosos, se suponían oriundos de la remota Persia²⁷⁷.

A la raza indígena pertenecieron muchos escritores y literatos insignes que en las bibliotecas o catálogos árabigo-hispanos constan como *maulas* o clientes de los Árabes, entre ellos el famoso Abdelmélíc-ben-Habíb, autor del siglo IX, que nació en una aldea cerca de Granada y se apellidó *Assolamí*, por ser liberto o cliente de la tribu árabiga de Solaim. Este Abdelmélíc, a semejanza de otro gran talento de la propia raza, el célebre Alí ibn Hazm de Córdoba²⁷⁸, produjo con pasmoso ingenio y fecundidad multitud de obras en que abarcó casi todos los conocimientos humanos, distinguiéndose como poeta, gramático, retórico, jurisconsulto, tradicionista, médico, historiador, autor de arte militar, y hasta de astronomía (ciencia aborrecida, como ya se dijo, por los musulmanes) habiendo escrito sobre estas y otras ciencias hasta mil cincuenta volúmenes y merecido el título de *Alim-al-Ándalus* o el sabio de España²⁷⁹. También sospechamos que perteneció a la misma raza indígena el célebre Ibn Thofail de Guadix, apellidado Alcaisí, por ser natural o cliente de la tribu de Cais²⁸⁰, el cual ejerció en Granada la profesión de médico, y murió en Marruecos, año 1185; y aunque sobresalió en muchos ramos del humano saber, pero principalmente

272 Aunque en los textos árabigos se lee Ibn Bacha o Ibn Bache, que también puede leerse Ibn Pache, el apellido de que se trata es indudable corrupción del latino *Pace*, abl. de *pax*.

273 Acerca de este autor, véase a Iba Aljatbib, copiado por Casiri, *Bibl. Ar. Hisp. Esc.*, II 110 y las *Analectas* de Almaccarí, II, 125, 130 y alibi.

274 En nuestro citado *Estudio preliminar*, págs. XVII, XVIII, XXXIII y XXXIV.

275 Véase a este propósito nuestro *Santoral Hispano-Mozárabe*, escrito en 961, etc., y el excelente artículo de M. Dozy titulado *Die Cordovaner Arib ibn Sad der secretar und Rabí ibn Zeid der Bischof*, inserto en el *Diario asiático alemán*, tomo XX, páginas 595 a 609.

276 Véase a M. Dozy en sus mencionadas *Recherches*, I, 351.

277 Como el célebre Ibn Hazm; véase a M. Dozy, *Hist. de mus.*, III, 341 y 342. «Probablemente (escribe a nuestro propósito el Sr. Valera, III, 87 nota) todo el que se distinguía en letras, o en armas o de cualquier modo, procuraba ocultar su origen renegado y mozárabe, y se forjaba una genealogía, cuyo tronco tenía sus raíces en el Yemen, y tal vez estaba fundado por un compañero del Profeta.»

278 Acerca de este gran ingenio véanse los documentos históricos aducidos por M. Dozy en el tomo I del *Cat. Cod. Ar. Bibl. Lugd. Bat.* y en su *Hist. de mus.* III, página 341 y siguientes,

279 Acerca de este autor véanse las bibliotecas de Ibn Alfaradhi, páginas 225-228 de la edición del Sr. Codera, y de Addhabbi, páginas 321-326 de la misma edición, así como también las *Analectas* de Almaccarí, ed. de Leiden.

280 Su origen caisita consta en Almaccarí, I, 399.

en la astronomía, las matemáticas y la filosofía, es decir, en las ciencias más aborrecidas por los mahometanos²⁸¹.

Además de los Mozárabes y Muladíes, consta que por otro conducto el elemento español o indígena influyó eficazmente en los usos y artes de los Moros granadinos. Habiendo nacido este pequeño reino bajo la protección y amparo de los monarcas de Castilla y León, a quienes su fundador Mohammad Alahmar se sometió bajo feudo y tributo²⁸², la monarquía castellana influyó considerablemente sobre esta especie de vasallos. A este propósito leemos en la crónica de Ibn Saíd, escritor granadino del siglo XIII²⁸³ y coetáneo de dicho Alahmar, lo que sigue: «Y con harta frecuencia los sultanes andaluces y sus milicias se visten con el traje de los cristianos vecinos, imitándolos en sus armas, y en sus mantos de escarlata y de otras telas, e igualmente en sus banderas y en sus sillas de montar, y en su modo de pelear con escudos y lanzones largos para herir de punta; y no conocen las mazas ni los arcos de los Árabes, sino que usan los arcos de los Francos, ya para los cercos de las plazas, ya para uso de la infantería al ordenar los ejércitos en batalla.» También sabemos que Alahmar adoptó, a imitación de la nobleza de Castilla, un escudo de armas atravesado por una banda, en donde puso por divisa la piadosa frase: *Wa la gálib ille Allah* (sólo Dios es vencedor), cuyo escudo se conserva aún en varios monumentos de aquel monarca y de sus descendientes²⁸⁴.

Admiróse el historiador africano Ibn Jaldún, cuando, visitando a Granada por los años de 1363, vio quebrantadas las prescripciones alcoránicas y musulmicas con figuras y representaciones de seres animados, que halló en los muros y techos de muchas casas particulares, y acaso en los mismos alcázares regios. Del efecto que le hicieron aquellas imitaciones da cuenta en un pasaje de sus mencionados prolegómenos, que dice así: «Un pueblo vecino de otro que le supera considerablemente, no puede menos de copiarle y remedarle en gran manera. Esto pasa hoy día entre los (Moros) Andaluces por sus relaciones con los Gallegos (los cristianos de Castilla y León), siendo de ver cuánto se les asemejan en los trajes y atavío, usos y costumbres, llegando hasta el extremo de poner imágenes y simulacros en las paredes de sus casas, en sus edificios y aposentos. Quien observe esto con ojo de sabiduría, no podrá menos de estimarlo como indicio de extranjera superioridad y predominio. Pero el imperio pertenece a Dios.»²⁸⁵

Ignoramos si por ventura Ibn Jaldún alcanzó a ver las singulares pinturas con retratos de varios sultanes Nazaritas y con escenas harto extrañas al gusto e ideas de los Árabes y musulmanes que adornan las bóvedas de tres camarines en la Sala de Justicia de la Alhambra, cuyas pinturas han llamado poderosamente la atención de varios críticos modernos. Pero sea lo que fuere de la época

281 Ibn Aljathib, citado por Casiri, II. 76; Almacarí, II, 130.

282 Con tal carácter de vasallo suscribe este sultán en algunos diplomas de los reyes de Castilla San Fernando y D. Alfonso el Sabio. Sirva de ejemplo una escritura de 1253, a cuyo pie leemos: «Don Aboabdille Abennazar, Rey de Granada, vassallo del Rey, la confirma D. Mahomat Abenmahomat Abenhut, Rey de Murcia, vassallo del Rey, la conf. Don Abenmahfot, Rey de Niebla, vassallo del Rey, la conf.»

283 Citado por Almacarí, I, 137.

284 Tratando de los Reyes Nazaritas, representados en las bóvedas de la Sala de Justicia de la Alhambra, el Sr. Fernández Guerra, escribe: «Muestran la banda bermeja en campo de oro, y bien se sabe que tales blasones pertenecen al linaje y dinastía de Alahmar, que dio veintiún príncipes al solio de Granada.» Y los Sres. Oliver y Hurtado, en la parte II, cap. VIII de su erudita obra titulada *Granada y sus monumentos árabes* (Málaga, 1875), al tratar de los mismos retratos, dicen así: «En ambos extremos se hallan los escudos que hemos dicho ser propios de los Reyes Alahmares, con fondo rojo y banda de oro diagonal y dragonada, sostenido cada cuál por dos leones que aproximan a este efecto sus cabezas.»

285 El texto de tan curioso pasaje se halla en la edición de M. de Quatremere, tomo XVI, página 267, de la colección titulada *Notices et extraits des manuscrits de la Bibliotheque Imperiale, etc., publiés par l'Institut Imperial de France*.

en que se hicieron²⁸⁶ y de los artistas que las ejecutaron²⁸⁷, estos monumentos pictóricos, colocados en uno de los sitios más principales del alcázar regio granadino, corroboran el juicio de aquel insigne historiador, y prueban a cuán alto punto llegó la influencia de la preponderante cultura castellana sobre los Moros de este reino²⁸⁸.

Finalmente sabemos que cristianos cautivos trabajaron en los edificios y monumentos de la Granada árabe, como en los de Rabat, Mequínéz y otras ciudades de África. Obra de tales cautivos, que eran muy numerosos en esta ciudad y reino²⁸⁹, fue la gran muralla conocida vulgarmente por *la cerca del Obispo D. Gonzalo*, la cual se extiende por las alturas del Albaicín desde la puerta de Fajalauza hasta la antigua Torre del Aceituno, hoy San Miguel el Alto. Así consta por varios letreros en lengua y escritura castellanas, descubiertos hace pocos años y trazados, según parece, reinando el rey de Castilla Don Alfonso el XI²⁹⁰. Por una poesía árabe, que se lee en los muros del patio de los Arrayanes, sabemos que una parte de la Alhambra fue construida por cristianos, cautivados en el cerco y toma de Algeciras por el sultán granadino Mohammad V de este nombre (que reinó desde 1338 a 1359). En cuya poesía, según la versión de D. Emilio Lafuente y Alcántara²⁹¹ se lee lo que sigue:

«¡Cuantas veces te acercaste por la mañana a las
ciudades, de los infieles y por la tarde fuiste árbitro
de la vida de sus habitantes!

»Les impusiste el yugo de los cautivos y
amanecieron en tu puerta construyendo tus alcázares
como servidores tuyos.»

En conclusión, colígese de los datos y testimonios que hemos alegado que, ni al elemento árabe, ni al berberisco, ni al musulmánico, sino al indígena y cristiano, se debe en su mayor parte, el esplendor literario y artístico que admiramos en el antiguo reino Nazarita de Granada, como en el califato cordobés y como en las regiones levantinas de Siria, Caldea, Persia y Egipto bajo el califato oriental²⁹². Y por si acaso nuestras razones no parecieren bastante fuertes, o inspiradas tal vez por el sentimiento patrio, concluiremos apoyándonos en la autoridad de un crítico extranjero muy competente, el sabio y moderno doctor alemán Guillermo Lubke, que en su ya celebrado *Ensayo sobre la historia del arte*²⁹³ se expresa así: «Si el arte árabe se desarrolló en España con más perfección que en los otros países islamizados, se debe sin duda a las relaciones íntimas de moros y

286 Según algunos críticos, estas pinturas son del siglo XIV; mas nuestro ilustrado colega el Sr. D. Leopoldo Eguílaz, las reduce a la primera mitad del siglo XV.

287 Según D. José Jiménez Serrano, en su celebrado *Manual*, páginas 98 y 99, los artistas fueron árabes; pero del diligente estudio comparativo hecho por los Sres. Oliver, en los capítulos 8 y 9 de la parte II de su mencionada obra, se colige con certeza que estas pinturas fueron hechas por artistas italianos o discípulos de la misma escuela. De la misma opinión es el señor Lubke en su celebrada obra.

288 Acerca de estas famosas pinturas, véanse los importantes estudios y descripciones hechos por los Sres. D. Aureliano Fernández Guerra en su mencionado *Discurso de contestación*, páginas 60 y 61; D. Rafael Contreras en su Ligerio estudio sobre las pinturas de la Alhambra, Madrid, 1875; D. José y D. Manuel Oliver en su mencionado libro; D. Leopoldo Eguílaz en su *Estudio sobre los pinturas de la Alhambra*, y más extensamente por D. Rodrigo Amador de los Ríos en su erudito *Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, Madrid, 1891.

289 Ya hemos visto que a principios del siglo XIV llegaban a treinta mil.

290 Acerca de este descubrimiento véase el *Boletín del centro artístico de Granada*, núm. 6, año 1886.

291 En su mencionada obra pág. 35.

292 Acerca de este hecho hemos aducido muchas y valiosas pruebas en el citado estudio preliminar de nuestro *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas por los Mozárabes*, págs. XIII a XIV, pero baste a nuestro actual propósito repetir las siguientes palabras del Sr. Fernández Guerra (D. Aureliano) en su celebrado *Discurso de contestación*, pág. 58: «Es hoy cosa del todo averiguada y resuelta no deberse atribuir en manera alguna a los Árabes de Oriente la gran civilización que allí hubo; pues toda entera pertenece a los antiguos pueblos cristianos avasallados y oprimidos por los sectarios del Corán en tan alongadas regiones.»

293 Tomo IV, página 306.

cristianos, de los cuales estos comunicaron a aquellos algo de lo noble, amable y caballeresco que resplandece en todos los ramos de su civilización, ciencias, arte y poesía.»

Granada 28 de Marzo de 1894.

BIOGRAFÍA DE OMAR EBN HAFSUN

Crónica de ambos Mundos, número 5, 1 de julio de 1860

La oscuridad que reina en nuestra historia durante el largo período de los siglos medios, no nos permite apreciar, como fuera justo, todos los grandes esfuerzos y sacrificios que hicieron los cristianos españoles para llevar a cabo la gloriosa empresa de su restauración. Por desgracia, los documentos árabes, únicos casi con que se pudiera llenar tan considerable vacío, apenas han sido consultados hasta ahora. Llegados nuestros árabes a un alto grado de ilustración, mientras nuestros cristianos sólo sabían pelear, a ellos se deben importantísimos monumentos de la historia nacional en aquellos siglos y por su relato más o menos imparcial, tenemos noticia de muchas glorias y proezas de nuestros mayores, condenadas por otra parte al más completo olvido.

Entre otros grandes héroes y personajes españoles, que el estudio de los autores árabes nos ha dado a conocer, se distingue *Omar* hijo de *Hafsun*, de quien en nuestras crónicas apenas se halla algún ligero rastro, a pesar de ser una de las figuras más notables que sobresalen en nuestra historia en la segunda mitad del siglo IX. Los arabistas Casiri y Conde nos han dado de él algunas noticias, poco incompletas e inexactas, que han extraviado lastimosamente a los que sin otros documentos han querido tratar la historia de aquella época²⁹⁴. Por fortuna nuestra, el hallazgo de textos desconocidos de autores árabes, algunos de ellos publicados recientemente por orientistas extranjeros, ha venido a proporcionarnos nuevos e importantísimos datos sobre tan ilustre varón y su siglo, y de ellos nos aprovecharemos en el presente relato, que servirá para corregir los errores cometidos por Conde y sus copistas²⁹⁵.

Pero al trazar la biografía de Omar Ebn-Hafsun, debemos antes para que mejor se comprendan sus hechos, describir brevemente el estado en que se hallaba a la sazón la España sarracena, teatro de aquellos sucesos.

La monarquía regida por los califas Omiadas o Umeyas de Córdoba era una mezcla heterogénea y mal concertada de pueblos diferentes entre sí por sus razas, lenguas, religiones y costumbres. Porque si la gran muchedumbre de los conquistados y sometidos se componía de *mozárabes* o sean los cristianos descendientes de los antiguos godos y romanos, de *muladíes*, que eran los hijos o nietos de la misma gente cristiana convertida al islamismo, y no pocos *judíos*; los moros conquistadores y dueños del país se dividían en *árabes* y *bereberes*, subdividiéndose los primeros en *yemeníes* y *sirios*. Estos linajes y pueblos se gobernaban por diversas constituciones y códigos, así civiles como religiosos; porque, si bien todos los musulimes se regían por las leyes alcoránicas, los *mozárabes* y los *judíos* tenían sus respectivos fueros, templos y magistrados

294 Solo para demostrar los gravísimos errores en en que han caído Casiri y Conde, sería menester escribir largos artículos. Sus relatos no merecen fe alguna, pero debemos notar entre las equivocaciones que han padecido, tres muy sustanciales. La primera ha consistido en colocar el teatro de los sucesos de Omar en Barbastro de Aragón; la segunda en poner la muerte de Omar como acaecida de resultas de la batalla de Aibar en el año 270—833, y la tercera en decir que con esta fecha sucedió a Omar su hijo Calib, personaje inventado por el segundo de aquellos autores, y que no es más que una mala pronunciación del nombre de perro, en árabe *quelb*, que los historiadores musulmicos dan por desprecio a Omar.

295 Nosotros hemos consultado para esta biografía los textos árabes de los siguientes historiadores, a cual más autorizados: 1.º Ebn-Hayan de Córdoba, en sus *Varones ilustres de España*, cuyos extractos ha tenido la bondad de franquearnos el docto arabista Sr. D. Pascual Gayangos; 2.º Ebn-Alcuthia, también cordobés, C. M. S. del E. S. D. Serafín E. Calderón; 3.º Ebn-Adzari en su *Bayan Almoghreb*, edición de Leiden por M. Reinhart Dozy; 4.º Ebn-Aljathib de Granada, C. M. S. de la biblioteca del Escorial; y 5.º Ebn-Jaldún en su historia universal, copia del M. S. de la biblioteca de Leiden. También hemos compulsado el pasaje breve y escaso por cierto que consagra a Omar el arzobispo D. Rodrigo Jiménez en su *Historia de los árabes*, cap. XXIX.

propios. Así, pues, el enflaquecimiento de los moros, tan divididos entre sí, la vida propia que conservaban los muchos cristianos que aún quedaban en la tierra, y los odios y rivalidades entre las diferentes razas y partidos, acrecentados a veces por la tiranía de los dominadores: todo esto daba ocasión a frecuentes choques, movimientos y revoluciones cuyos males, con la administración débil de los emires de Córdoba, llegaron a tal extremo en el último tercio del siglo IX, que el fuego de la guerra civil prendió a un tiempo en muchos y diversos puntos del Ándalus, o sea la España árabe.

De esta ocasión supo aprovecharse un personaje ambicioso, llamado Omar Ebn Hafsun, varón de grandes cualidades, prudente, sagaz, invencible y emprendedor, el cual, descendiendo de una ilustre familia goda, acometió la difícil empresa de restaurar en aquellas partes el imperio y religión de sus antepasados, que los árabes habían derrocado hacía poco más de siglo y medio. Nació Omar por los años 240 de la hégira, 854 de nuestra era, en una alquería llamada por los árabes Torrichela o Torrecilla, cerca del lugar de Autha, hoy Parauta; a dos leguas de Ronda, en la provincia de Rayya, que correspondía, como sabemos, a la moderna de Málaga. Por su genealogía, que han conservado cuidadosamente los autores árabes, sabemos que Omar descendía por línea directa de un conde godo, llamado *Adefonso* o Alfonso, que vivió poco antes de la conquista de España, y cuyos descendientes conservaron entre los moros la religión cristiana durante tres generaciones, hasta que Chafar, bisabuelo de Omar, abrazó el islamismo²⁹⁶. Omar, por lo tanto, pertenecía a la clase de los muladíes o moros nuevos.

Niño todavía, Omar manifestó un genio resuelto, osado, indómito, revoltoso y reñidor, así como el encono que su linaje, a pesar de haber islamizado, profesaba a la gente árabe, pues con ellos trababa frecuentes pependencias, haciéndoles todo el mal que podía. Estos desafueros provocaron el enojo del gualí o gobernador de aquella comarca, el cual, aplicando a Omar varias correcciones, le obligó a desamparar su patria y deudos, pasando a un pueblo de África llamado Tahart. Allí, no teniendo otro recurso, se puso a trabajar en casa de un sastre que era de su misma provincia, donde vivió pobre y miserable hasta que le ocurrió un suceso, que pudiera llamarse providencial. Estando un día en su tienda, entró un *xeque* o anciano que, reparando algo de extraño y notable en la fisonomía del mancebo aprendiz, quiso saber su nombre y patria; y como Omar satisficiera a sus preguntas, el anciano le elijo: «¡Oh desdichado! ¿Qué mal consejo te ha traído aquí a luchar con la pobreza? ¡Vuélvete a tu país, y llegarás a dominar sobre los Umeyas, y poseerás un gran reino!»

Este pronóstico levanto el ánimo de Omar, que al punto se despidió del maestro y del *xeque*, y sin más viático que un pan que metió en la manga de su aljuba, se encaminó a la costa, embarcándose para Andalucía. Pasó a Ronda donde, encontrando a un tío suyo, llamado Mothahir, hombre acaudalado, le contó el vaticinio del *xeque* de Tahart. Mothahir le dio crédito y recursos con que armar una partida de gente, compuesta de sus parientes y amigos, y de otros muchos hombres que, desavenidos con los musulimes por los odios de raza, o perseguidos por sus fechorías, se lanzaron atrevidamente a aquella rebelión.

Este primer alzamiento de Omar acaeció en el año 267—880. Omar, con cuatrocientos hombres que logró reunir, se guareció en un monte inaccesible, llamado *Barbaxter* o *Bobastro*²⁹⁷, cuya cumbre, defendida por laderas erizadas de peñascos, y por las aguas de un río que bañaba el pie de sus tajos y precipicios, le ofrecía un asilo seguro contra toda persecución. Desde allí bajaba con frecuencia al frente de los más resueltos, y entrando en los pueblos y alquerías de la comarca, mataba y despojaba a los musulimes, recogién dose con la presa a su inexpugnable refugio.

296 El historiador árabe Ebn Hayan nos da la siguiente genealogía de nuestro personaje: Omar, hijo de Hafsun, hijo de Omar, hijo de Chafar, hijo de Xatim (debe ser Séptimo o Septimio), hijo de Dzobian (debe ser Damián), hijo de Fergalux, hijo de Adefonso. Ebn Jaldun da a este Adefonso el título de *Comes* o conde.

297 Sobre la situación de Bobastro, recuérdese lo dicho en las páginas 84 a 86 de: *Descripción del Reino de Granada bajo la dominación de los Naseritas, sacada de los autores árabes, y seguida del texto inédito de Mohammed ebn Aljathib*, por Don Francisco Javier Simonet, Madrid 1860.

Avisado de estos desmanes y peligrosa rebelión, acudió a sofocarla, desde la plaza de Archidona, Amer Ebn Amer, que gobernaba a la sazón en la provincia de Rayya por el califa de Córdoba, Mohammed I. Pero Omar le salió al encuentro, y le acometió con tanto brío, que desbarató sus tropas y le obligó a huir tan precipitadamente, que abandonó en manos del rebelde hasta su tienda de campaña. Tan venturoso suceso prestó grandes ánimos a Omar y su partido. Omar empezó a fortificar en Bobastro un castillo donde poderse refugiar con menos riesgo, y allí echó los cimientos del estado y poder en que meditaba. Ofrecíale elementos y ventajas para ello el estado de aquella comarca y sus confinantes, pobladas por gran número de mozárabes y muladíes, unos y otros interesados en aquella rebelión. Todos ellos hicieron causa común con Omar, y además se le unieron muchos de los mismos musulimes, gente desalmada y levantisca que no conocía más ley ni religión que su espada y el interés del botín.

Omar los reunió a todos en el monte de Bobastro, su plaza de armas, y con ellos se encontró tan fuerte que, si bien el califa depuso al vencido Amer, y nombró en su lugar por gualí de Rayya a otro general, llamado Abdelaziz Ebn Alabbás, éste no pudo someter al rebelde, y, escarmentado en algunos encuentros, tuvo que ajustar con él una tregua.

Alarmado el emir Mohammed por los progresos de la revolución, depuso a Abdelaziz, y envió en su lugar al gualí Haxem Ebn Abdelaziz, uno de sus mejores generales, con un poderoso ejército. Omar le resistió valerosamente en varios lances de armas; y si al fin tuvo que ceder ante las mayores fuerzas de su adversario, no se rindió sino obteniendo seguro de su vida y otras condiciones muy ventajosas. En virtud de esta capitulación, Omar, con lo principal de su gente, fue llevado a Córdoba, en donde el califa, estimándolos por su valor, les hizo muchas honras, y los admitió en su guardia.

Ocurrió por este tiempo que los cristianos fronterizos por la parte de Castilla hicieron una entrada en tierra de moros, y deseando el califa escarmentar a aquellos invasores, envió contra ellos al general Haxem, y con él a Omar y su compañía. En esta expedición, Omar se distinguió por su valor y sus prendas militares, contribuyendo mucho a la derrota que Haxem hizo probar a aquellos cristianos en un lugar llamado Fontecorb²⁹⁸. Pero la reputación que ganó Omar con este suceso le granjeó, al volver a Córdoba, juntamente con la estimación del emir, la envidia y mala voluntad de muchos de los musulmanes. Empezaron estos a persudirle: el *sahebalmedina* o gobernador de Córdoba, reservaba para él y su gente las peores provisiones; y tanto, en fin, le mortificaron, que el mismo Haxem, que le estimaba por su valor, le aconsejó que dejase el servicio del sultán, volviendo a levantar en Andalucía el estandarte de la rebelión.

Así, por culpa de los mismos musulimes, Omar, cuyo carácter indomable era poco a propósito para semejantes humillaciones, se volvió con sus antiguos compañeros a la provincia de Rayya, refugiándose de nuevo en el monte de Bobastro (año 271—884). Bien presto, al rumor de su venida y a la noticia de sus proezas, se alteraron sus antiguos auxiliares los mozárabes y muladíes, aclamándole por su caudillo y recibéndolo por su señor los moradores de muchos pueblos. Fortificó más y más a Bobastro, convirtiéndolo en el más inexpugnable castillo de toda la España árabe. Desde allí envió sus emisarios y espías por toda aquella comarca y las demás de Andalucía con mensajes revolucionarios, en que ponderaba la tiranía del gobierno de Córdoba y las demasías de sus gualíes, ofreciendo grandes ventajas a todos los que le reconociesen y ayudasen. Un autor árabe ha conservado el siguiente curioso fragmento de las proclamas que Omar dirigió a los mozárabes y muladíes: «Harto tiempo hace que el sultán os maltrata y os despoja de vuestros bienes, y os abrumba con cargas superiores a vuestro sufrimiento. La gente árabe os humilla y os fuerza a la servidumbre; y, por lo tanto, yo he resuelto levantarme para vengaros y sacaros de vuestra esclavitud.»

«Y en verdad —añade el mismo historiador—, no hubo persona a quien Omar, dirigiese estas persuasiones que no condescendiese con ellas de buena gana; y de este modo le rindió obediencia la

298 Acaso sea Pancorbo, en la provincia de Burgos.

gente de los castillos.» Tal sería el descontento con que se sufría en aquella tierra el gobierno de los califas, y lo dispuestos que estaban sus naturales a sacudir el penoso yugo que los oprimía.

Con tales llamamientos, de todas partes fueron acudiendo auxiliares en favor de Omar. Con su ayuda se fue apoderando de muchos pueblos y fortalezas de aquella región, entre ellos los castillos de Autlia, Mixas y Comares, y por ultimo, de la importantísima plaza fuerte de Archidona, capital a la sazón del gualiato de Rayya.

Así fue creciendo de día en día la fortuna y gloria de Omar, sin que el emir de Córdoba, por más capitanes y huestes que mandaba contra él, pudiese atajar sus adelantos. Lo más calamitoso para el califa, y que no le permitió desplegar todas sus fuerzas para reprimir la alteración de Omar, fue que, a su ejemplo y por las causas que más arriba apuntamos, otros muchos caudillos y hombres poderosos, entre las diversas razas y bandos que dividían la España musulmana, unos árabes, otros bereberes y otros muladíes, se alzaron en diferentes comarcas contra la autoridad de los sultanes cordobeses, aclamándose emires o príncipes independientes. Algunos de estos rebelados, ya fuese por semejanza de miras e intereses, o por su propia seguridad, se aliaron con Omar Ebn Hafsun contra el califa, su común enemigo.

No cabe en los estrechos límites de este cuadro el dar noticia circunstanciada de los personajes que intentaron estos alzamientos, ni de los hechos notables que en ellos tuvieron lugar. Sólo diremos que tomaron parte en el levantamiento de los muladíes y mozárabes, entre otros muchos, Abderrahman Ebn Meruan, conocido con el nombre de Ebn Alchaliqui, o el Hijo del Gallego, en Mérida; Becr Ebn Yahya, biznieto de cierto Zudolfo o Rodolfo, en Santa María de Ocsunoba, hoy Faro, en Portugal; Abdelmelic Ebn Abilchawad en Beja y Mertola; Sadun el Serranbaqui, en un castillo de Coimbra; y Said Ebn Gualid Ebn Mastana, señor de Luque, en la comarca de Baga o Priego, con muchos castillos.

Además de estos, a quienes la comunidad de intereses hizo ponerse de acuerdo con Omar Ebn Hafsun, algunos caudillos árabes levantados hicieron amistad con él, entre ellos Obeidallah Ebn Umeya, que se alzó con Somontin, Cazlona y otras plazas, y acosado por el califa de Córdoba se unió, para resistirle, con el caudillo muladí, casando a una hija suya con Chafar, hijo de Omar; Jair Ebn Xaquer, alterado en Xódar; Said Ebn Hodzail, en Monteleón, castillo de Jaén; e Ibrahim Ebn Hachag, que se había alzado con los árabes de Sevilla, el cual reunió su hueste con la de Omar, conquistando juntos algunas plazas del califa.

Aquí debemos también hacer mención de ajenos capitanes señalados que acompañaban a Omar en sus expediciones, participando, ya de su buena, ya de su mala fortuna. Estos eran Alohair, uno de los más diestros flecheros de aquel siglo; Hafs Ebn Almarra, varón esforzado y aguerrido, que hizo mucho daño a los árabes sujetos al califa; Nabil y Axxomais, muladíes que habían vuelto a abrazar el cristianismo de sus mayores, e hicieron grandes hazañas en estas guerras; Xarbil, hijo de cierto Hachag, titulado el Cumes o Conde, sin duda porque él o su padre habrían disfrutado esta dignidad entre los cristianos; un hijo de cierto Sernabado o Servando, hijo de Hasán, titulado también Conde, caballero muy valeroso, el cual, por cierto agravio que recibió en Córdoba se fue a reunir con Omar; Haretz Ebn Hamdun, que capitaneaba a los Benu Rafaa y otras cabilas y soldados árabes; Ixun, caudillo de los Benu Matruh, guerrero terrible, despreciador de los peligros y de la muerte; y otros que apuntan los historiadores, pero que sería prolijo recordar.

Con tantos medios y auxilios no son de extrañar los grandes progresos que hizo en pocos años la insurrección de Omar. Poco después de Archidona se le rindió Alhama, última plaza de la provincia de Rayya, en los confines de la de Elbira. Acudió a reducirla el príncipe Almondzir, hijo del califa Mohammed; pero los de Omar la defendieron bizarramente, y entre tanto, avisado el príncipe de que su padre acababa de morir, se volvió a Córdoba, levantando el cerco.

Elevado Almondzir al trono (año 273—886), hizo cruel guerra a Omar y su partido. Recobró a Archidona y algunos castillos que Omar había tomado en la comarca llamada de Bago, hoy Priego, en la parte oriental de la provincia de Córdoba (año 274—887), e hizo crucificar al capitán de los

muladíes Ixun, y a otros muchos que tomó prisioneros en aquellas conquistas. En el año 275—888 marchó con un gran ejército a cercar el castillo de Bobastro; pero Omar le defendió con gran esfuerzo, y el califa murió a poco en su campamento, acaso de heridas que recibiría en el asedio.

Sucedió a Almondzir en el califato su hermano Abdallah, cuyo primer cuidado fue acudir a sosegar la insurrección. Entró en tratos con el caudillo de los muladíes, ofreciéndole el gualiato de la provincia de Rayya y otras ventajas, si se allanaba a reconocer su autoridad. Omar, obligado quizás por algunos reveses, aceptó el partido que se le hacía; pero como el emir, para asegurarle en el cumplimiento de lo convenido, le diese por compañero en el gobierno a uno de sus generales, Abdelwahab Ebn Abderruf, al cabo de algún tiempo Omar, mal avenido con aquella sujeción, volvió a declararse independiente. Marchó la vuelta de Córdoba; llegó con sus correrías hasta Écija y Osuna, y su capitán Hafs Ebn Almarra desbarató cerca de esta plaza a un alcaide del califa, llamado Abdelwahed Ebn Maslama, que le salió al encuentro. Con esto Omar se atrevió a arrojar de Rayya a su compañero en el mando, y recobró su antigua preponderancia en aquellas provincias.

En el año siguiente (276—889), Abdallah intentó otra vez reducir a Omar, cercándole con un grueso ejército en su plaza de Bobastro. Pero el caudillo muladí, no sólo supo defenderla, obligando al califa a retirarse, sino que, saliendo nuevamente a campaña, tomó a Estepa, Osuna y Écija. Por este mismo tiempo se alzaron los cristianos en Pechina y otros puntos de la provincia de Almería. Said Ebn Chudi, general del califa, cercó y combatió aquella plaza; pero como arribase a las costas vecinas una armada de catalanes, al mando del conde Suniario²⁹⁹, que acaso estaba de acuerdo con los alterados, Said, creyendo que venían en su socorro, se retiró, levantando el sitio.

Por este tiempo se aumentaron los alzamientos de emires rebeldes en toda la España árabe, así como también las insurrecciones de los mozárabes y muladíes contra los musulimes, encendiéndose entre las diferentes parcialidades grandes discordias y luchas; de suerte que, según observa un autor árabe, los musulmanes creyeron que iban a perder el país, volviendo a la dominación de los cristianos.

Favorecido por estas revueltas, Omar volvió con mas brío a la campaña; y entrando en la provincia de Elbira, a la cabeza de seis mil combatientes, venció en un encuentro cerca de Montexicar, a un alcaide o general del emir, llamado Ali Ebn Yahya Ebn Sucala, de cuyas resultas se entregó aquel Castillo a los dos capitanes muladíes, llamados Nábil y Axxomais, que mandaban un trozo de la hueste de Omar.

Sabida la derrota de Ali, el califa envió en su lugar, a defender la comarca de Elbira, con título de guali, a un capitán llamado Chad Ebn Abdelgafer. Pero Omar, con igual fortuna, le venció en un combate, y Chad, rendido, le reconoció por su señor, empleando las armas en su servicio. Suscitósele entonces otro adversario más terrible, que fue Sawar Ebn Hamdun el Caisi, capitán de gran cuenta, y caudillo del partido árabe en la comarca de Elbira (año 276—889). Este Sawar levanto el estandarte de los musulimes contra los muladíes, y reuniendo numerosa hueste entre los árabes de las coras o provincias de Jaén y Elbira, presentó la batalla al hijo de Hafsun. En este encuentro, Omar llevó la peor parte, y tuvo que huir; pero al cabo, en otra pelea reñida en los Campos de Elbira, el ejército de Omar, que algunos dicen no iba mandado por él en persona, sino por su capitán Chad, derrotó al caudillo árabe, que pereció en el alcance a principios del 277—890.

Con la derrota y muerte desastrada de Sawar, el caudillo muladí se apoderó fácilmente de las plazas principales de aquella comarca entre ellas la capital Elbira, Granada, que a la sazón era un castillo en las cercanías de aquella ciudad, y Baza. Después revolvió sobre la vecina comarca de Priego, y venciendo en un combate a su gobernador Abdallah Ebn Samaa, se le rindieron muchas plazas y castillos.

299 Debió ser Suniario conde de Urgel, hijo del conde de Barcelona Wifredo I, que entró a gobernar por los años 864 de Jesucristo.

Sojuzgadas ya por su mayor parte las tres coras de Rayya, Elbira y Priego, cuyo dominio ya no compartía sino con algunos señores rebeldes, sus aliados, resolvió dilatar sus conquistas por la de Jaén. En esta empresa fue igualmente afortunado, pues tomó a Baeza y Úbeda; y como se alzasen en su favor los mozárabes de Cazlona, Alcaudete y otras poblaciones, en poco tiempo redujo a su dominación la mayor parte de la provincia de Jaén, en cuya capital entró asimismo algún tiempo después, matando a su gobernador.

Animado por tan buenos sucesos, y teniendo reunido un ejército numeroso, no dudó marchar contra la misma ciudad de Córdoba, cabeza del imperio árabe de España, y silla de sus emires. Acometió y ganó por fuerza de armas a Cabra, ciudad y fortaleza importante de aquel territorio, y por mano de su esforzado capitán, el cristiano Xarbil, rindió y fortificó a *Bolay* o *Poley*³⁰⁰, castillo situado siete leguas al mediodía de Córdoba, estableciendo allí su plaza de armas contra esta ciudad. Desde Poley, los dos caudillos hicieron muchos estragos en las tierras comarcanas, llegando con sus algaras hasta Córdoba. En una de estas correrías murió el bravo Xarbil, derrotado por el califa Abdallah.

En el mismo año (277—890), Omar recibió un golpe terrible de la inconstante fortuna, pero que él supo arrostrar con gran entereza. Vencido por el califa en la famosa jornada de Poley, le desamparó la mayor parte de su ejército. Omar, con algunos pocos, se refugio en el castillo de Poley, de donde, no considerándose seguro, se escapó a media noche, montado en un borrico que le dio un cristiano, y como llegase huyendo a su plaza de Archidona, sus moradores, viéndole vencido, le cerraron las puertas. Gracias a su buena diligencia, Omar pudo refugiarse en su castillo de Bobastro, adonde no tardó en llegar el califa, que venía en su seguimiento. Salió Omar contra los sitiadores; y siendo destrozada su gente, tuvo que recogerse al abrigo de la plaza; pero al fin Abdallah se retiró, viendo que le era imposible rendir aquella inexpugnable fortaleza. El invencible corazón de Omar no tardó en recobrarse de tanto contratiempo; y poco después, llamado por los de Elbira, que seguían su partido, fortificó su alcazaba y los defendió contra el general del califa, Said Ebn Chudi.

Pero sería largo referir todos los sucesos de armas de las continuas y obstinadas guerras, que mantuvo contra los musulmes durante los reinados de Mohammed I, Almondzir y Abdallah, hasta los primeros años del de Abderrahman III. Baste decir, que las sostuvo siempre con gloria, si no siempre con fortuna, mostrándose en ellas tan valeroso y sufrido soldado como entendido capitán; padeciendo no pocos reveses, y alcanzando mayores triunfos contra enemigos tan superiores en fuerzas, y llegando más de una vez, con sus vencedoras huestes, hasta los muros y puertas de Córdoba. El partido árabe, y sobre todo los fanáticos musulmanes, le hicieron la persecución más terrible, temiendo que era llegada la hora de su destrucción en España; tanto que de la misma África acudieron por su cuenta algunos musulmes a hacerle la guerra. En prueba de ello, sólo mencionaré la expedición del alfaquí y guerrero Abderrahman, hijo de Said el Idrisita, emir de Nacor. Omar Ebn Hafsun derrotó en un combate a este africano, que había acudido a defender la causa del Islam, y destrozó toda su gente, salvándose él solo por haber podido refugiarse en Almería, aunque después murió en otro encuentro que tuvo con los cristianos de aquella comarca.

Aunque nunca como dominio enteramente seguro y pacífico, Omar llegó a dominar casi toda la comarca de Rayya, que corresponde, como hemos dicho, a la moderna provincia de Málaga, parte de la confinante de Algeciras, parte de la Cambania, que es la actual provincia de Córdoba, una parte considerable de la de Elbira, hoy Granada, y por último, otra parte de Jaén hasta los montes Alboranos o Sierra Morena. El principal asiento de la rebelión, y el núcleo, por decirlo así, de sus estados, fue la cora o región de Raya, donde además de Medina Bobastro, que era la capital, Archidona, Ronda y Alhama, que eran los puntos más importantes, consta que Omar y sus hijos poseyeron hasta treinta castillos o plazas fuertes. También parece cierto que siguió la causa de Omar la ciudad de Málaga, poblada a la sazón por gran número de mozárabes.

300 Hoy Aguilar de la Frontera.

Luego que Omar consolidó su poder, se consagró a organizar sus estados, y descubrió, más claramente que lo hiciera hasta entonces, su pensamiento de restaurar el cristianismo en aquellas comarcas. Entonces fue (año 286—898) cuando empezó a dispensar una protección más señalada a los cristianos, favoreciendo a los que abrazaban esta religión, y distinguiéndolos sobre los musulmes; cuando fundó varias iglesias consagradas a aquel culto, así en su capital Bobastro, como en Torrox y en otros puntos de sus dominios, y cuando abiertamente volvió a la fe de sus mayores, haciéndose bautizar.

Y aquí, para desagravio de nuestro héroe, debemos rectificar un error cometido por el arzobispo de Toledo, D. Rodrigo Jiménez en su *Historia de los Árabes*. Este cronista, en las escasas noticias que da sobre Omar, afirma que, viéndose apretado por las incursiones del califa Abdallah, tuvo que recurrir a la ayuda de los cristianos; por lo cual abrazó nuestra religión, recibiendo el bautismo y haciendo profesión, de la fe católica, aunque no con sinceridad, sino en apariencia. De este pasaje del arzobispo de Toledo se colige que alcanzó pocos datos sobre la revolución de Omar y el carácter que la distinguía. Omar no se convirtió a nuestra creencia por procurarse el auxilio de los cristianos, sino que antes consta por los autores musulmicos que, como descendiente de mozárabes, fue siempre muy aficionado a aquellas gentes.

Así se ve claramente por el siguiente pasaje de un historiador árabe muy autorizado³⁰¹. Dice así: «En el año 286, el, hijo de Hafsun dio ayuda a los cristianos, y ya antes de esto se complacía en su trato y se aliaba con los infieles, y los honraba y favorecía separándose, por el contrario, de la gente islamita, y persiguiéndola.» En esta misma época, según observa otro historiador casi contemporáneo³⁰², Omar manifestó claramente su pensamiento cristiano, y dio auxilio a esta gente, aventajándola sobre los musulmes por lo cual le abandonaron muchos de ellos.

Por este segundo testimonio se ve que Omar abrazó el cristianismo, más bien por convicción que por propia conveniencia; pues no le importó hacerse impopular con esta conducta a los árabes que predominaban en el Andalucía, con tal de llegar a cabo el plan de restauración cristiana que tenía proyectado. Y tanto odio y animadversión inspiró a los musulmes por la causa cristiana que defendía, que los autores árabes le suelen aplicar los injuriosos dictados de *perro* y de *maldito*. Tampoco la conversión de Omar pudo tener por objeto el granjearse la protección de los príncipes cristianos de España, como acaso quiere indicar el arzobispo D. Rodrigo; pues no consta que le diesen el menor auxilio. Sin duda este cronista no tuvo presente el linaje godo de Omar, ni los intereses y simpatías que le ligaban con los mozárabes y muladíes de Andalucía, y por eso no creyó en la sinceridad de su conversión al cristianismo. Dicho sea esto en vindicación de un héroe y paladín tan distinguido de la nacionalidad española y cristiana durante aquella azarosa época.

Omar también desplegó en el gobierno de sus estados cualidades y virtudes propiamente cristianas, que le reconocen los mismos historiadores musulmes, a pesar de la parcialidad que manifiestan contra su memoria. Si todos ellos celebran su valor y hazañas militares, y la gloria que ganó abatiendo en la guerra a los califas de Córdoba y a los mejores capitanes de su tiempo, subyugando a la fortuna y fundando un reino considerable, todavía hace más honor a nuestro héroe el siguiente retrato que de él hace un historiador musulmán ya mencionado³⁰³. Dice así:

«Fue Omar Ebn Hafsun un azote y castigo con que Allah afligió a sus siervos, aprovechándole lo revuelto de los tiempos, lo rebelde y corrompido de los corazones, y la perversidad de los ánimos, aficionados al mal y dados a la sedición. Pero, juntamente con sus desmanes, era muy amante de sus compañeros, llano y modesto con sus amigos; y a pesar de sus maldades e impiedad, era muy celoso en amparar a los suyos, y evitar que no hiciesen ni recibiesen ofensa o agravio, con lo cual ganaba los corazones. Acontecía en su tiempo que una mujer podía caminar sola de una a otra comarca, con sus alhajas y bienes, sin que nadie la saliese al encuentro para despojarla u

301 Bayan Almogreh, parte segunda, pág. 143.

302 Ebn Hayan en su obra citada.

303 Bayan Almogreb, edición de Leiden. Parte segunda, pág. 117 a 118.

ofenderla. Su espada era el escarmiento de los criminales; y procedía con tal equidad, que daba crédito lo mismo a una mujer que a un hombre o un niño, o a cualquiera que viniese a querellarse contra cualquiera persona que fuese, sin pedir para el caso más testigos que su queja y aflicción, y hacía justicia con sus mismos hijos. Era humano y benéfico con todos los hombres, y honraba a los valerosos; y cuando podía más que ellos, y los vencía, los trataba con magnanimidad. A los que mostraban esfuerzo en los certámenes y ejercicios de armas les regalaba brazaletes y otras preseas de oro, y todas estas cosas contribuían en su favor.» Tan cumplido elogio de Omar, en boca de un árabe, no necesita comentarios.

Se dice que Omar, en los postreros años de su vida, reconoció la soberanía del califa de Córdoba, que lo era ya Abderrahman III el Grande, el cual le confirmó en el gobierno de sus estados. Esto prueba que aquel emir, a pesar de su gran poder, con que fue sometiendo a los alterados de toda España árabe, no pudo despojar a nuestro héroe de su ya asegurado señorío, y así se contentó con lograr de él alguna apariencia de respeto y subordinación. Consta, en efecto, que Abderrahman III hizo diferentes expediciones contra Bobastro, pero siempre infructuosamente, pues supo rechazarlas el caudillo muladí fortificado en aquel inexpugnable castillo.

Tales fueron la vida y principales hechos de Omar Ebn Hafsun. Después de tan laboriosa y aprovechada vida, murió este insigne campeón de la oprimida cristiandad, a fines del año 305—917a 918 de Jesucristo, en su residencia de Medina Bobastro. Murió como buen cristiano, siendo sepultado en aquella plaza con los ritos de nuestra religión, según atestiguan los autores árabes.

Sucedieronle en el gobierno de sus estados sus tres hijos Chafar, Suleiman y Hafs, que sin duda no heredaron las prendas y virtudes de su padre. El mayor de ellos, Chafar, que gobernó primero, fue muerto por uno de sus familiares, instigado, según cuentan, por su segundo hermano Suleiman. Este pereció poco tiempo después, guerreando contra el califa; y entonces los muladíes alzaron al poder a su hermano Hafs, en cuyo tiempo el emir, después de largos asedios, conquistó a Bobastro, y exterminó aquella rebelión (año 315—927).

Conquistada Bobastro, el califa envió a Córdoba a todos los cristianos que encontró allí, desoló sus iglesias, y por odio a la memoria de Omar hizo desenterrar su cuerpo y el de su hijo Chafar, que yacían en aquella población, y llevarlos a Córdoba, en donde fueron expuestos sobre la puerta llamada Bab Assudda, junto a los despojos del otro hijo Suleiman, muerto años antes por los moros. Dicen los autores árabes que, al abrir sus sepulcros, los hallaron tendidos boca arriba, según el uso de los cristianos, atestiguando así que habían muerto en su fe. Sobrevivieron a esta catástrofe dos hijos de Omar, el ya mencionado Hafs y otro llamado Abderrahman, que, enviados a Córdoba, el primero entró a servir en el ejército del califa, y el segundo se dedicó en aquella ciudad a la modesta profesión de *alcatib* o copista.

Tal fue la dinastía nombrada por los árabes de los Benu Hafsun, que duró por espacio de medio siglo, contrarrestando el poder de los califas de Córdoba, y emancipando de su opresión a la gente cristiana de Andalucía.

El islamismo estaba todavía demasiado arraigado en España para que Omar pudiese arrancarlo de aquellas provincias; pues la población cristiana se había debilitado con la larga servidumbre, y tampoco lograban auxilio de afuera, cuando los árabes, sobre ser muchos y poderosos, se veían reforzados con frecuencia por tribus enteras de moros africanos. No era todavía tiempo para que se lograra la empresa de reconstruir la nacionalidad española: empresa que debía costar aún más de quinientos años de lucha.

De todos modos, las revueltas que Omar y su bandería levantaron en la España árabe ayudaron mucho a la cristiandad, ya restaurada en León y Galicia, contribuyendo a los notables progresos que alcanzaron por aquel tiempo las vencedoras armas del rey D. Alfonso III, el Magno. Pero al considerar lo cerca que estuvieron los cristianos españoles de su dichosa restauración, no podemos menos de aplaudir el generoso empeño a que Omar Ebn Hafsun consagró su larga y laboriosa vida, aunque sólo con éxito pasajero, pues no siempre ha de consistir la gloria en el

triunfo. Omar, en fin, por los antecedentes de su linaje, su noble pensamiento, sus virtudes, su valor, y demás altas partes que en él concurrían, es un héroe digno de eterna fama, y cuyos grandes hechos merecen salir, para gloria de España, del injusto olvido en que yacen.

CAÍDA DEL REINO VISIGODO Y CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS SARRACENOS

El Siglo Futuro, del 14 al 25 de octubre de 1893

I

Entre los sucesos más importantes que registra nuestra historia y que más relación ofrecen con las graves circunstancias que en el presente siglo atraviesa nuestra patria, descuella la miserable y asombrosa caída del reino visigodo y conquista de España por los Sarracenos. Este suceso, con sus largas y desastrosas consecuencias, encierra lecciones muy útiles para nuestros compatriotas y coetáneos; y por lo mismo hemos querido recordarlo a los lectores de *El Siglo Futuro*, contemplado a la luz de la recta filosofía histórica e ilustrado con los novísimos estudios y descubrimientos de críticos tan competentes como los Sres. M. Reinart Dozy³⁰⁴, D. Aureliano Fernández Guerra³⁰⁵ y D. Eduardo Saavedra³⁰⁶.

Trabajada por muchos vicios y males en los últimos tiempos de la dominación visigoda, la nación española sucumbió a principios del siglo VIII, cayendo bajo el yugo de los Musulmanes en que debía gemir por cerca de ocho siglos.

La monarquía fundada por Ataúlfo, o más bien por Eurico, después de combatir victoriosamente con diferentes pueblos y naciones, abarcando en sus dominios toda la península ibérica, y dilatándose además por la Galia Gótica y la Mauritania Tingitana, había llegado a componer el Estado más poderoso, el mejor constituido, el más ilustrado y culto de cuantos se habían formado de las inmensas ruinas del imperio romano. Componíase la población española en su mayor parte de la antigua raza ibérica; raza fuerte y valerosa, armipotente, amante de su libertad e independencia, pero juntamente de costumbres sencillas, de vida frugal, morigerada, honesta y religiosa, constante en su fe y en su conducta; si bien no poco desvirtuada en algunos territorios con el injerto de la raza púnica, de la romana, de la griega, de la goda y de otros pueblos de distintos orígenes que habían penetrado en nuestra Península por el Norte, por el Oriente y por el Mediodía. El elemento latino, el semítico, el céltico, el helénico y el germánico, habían influido por diversos modos, ya útiles, ya nocivos, en la civilización de nuestra sociedad, sacando a la raza indígena de su antiguo aislamiento y barbarie, y prestándole nuevos usos, instituciones y conocimientos, aunque introduciendo al par gérmenes de corrupción, anteriormente ignorados.

Al desmembrarse nuestras provincias del imperio romano, habían trabajado con tesón los nuevos dominadores en crear un Estado y un gobierno más firmes, estables y beneficiosos. Este propósito, contrariado durante largo tiempo por la falta de unidad civil y religiosa, por la rivalidad y discordia de las innumerables tribus que poblaban la Península y por el espíritu turbulento, díscolo y rebelde de la aristocracia visigoda, había entrado en vías de feliz ejecución bajo el venturoso reinado de Recaredo el Grande. Proclamada entonces la unidad católica (madre de todas nuestras futuras grandezas), pudo la monarquía visigótica emprender la reorganización nacional con ayuda del brazo eclesiástico, nuevo y poderoso elemento político y legislativo introducido en la constitución de aquel Estado. Reunido en los famosos Concilios de Toledo, el Episcopado español dictó, de acuerdo con los monarcas, así en el orden civil y político como en el religioso y

304 En sus *Recherches sur l'histoire et la litterature de l'Espagne pendant le moyen age*, t. 1.º de la 2.ª y 3.ª edición.

305 En su libro titulado *Caída y ruina del imperio visigótico español*, Madrid, 1883.

306 En su *Estudio sobre la invasión de los árabes en España*, Madrid, 1892.

eclesiástico, las leyes que juzgó más acertadas y oportunas para remediar los males de que adolecía aquella sociedad, uniformando la legislación y el gobierno, equiparando los derechos de Romanos, Godos y Españoles y facilitando la fusión entre unos y otros. Leyes, en verdad, que para aquel tiempo son dignas del mayor elogio y aprecio, que se recomiendan por miras de humanidad y de equidad desconocidas en el derecho romano, que superan mucho a las demás legislaciones contemporáneas y que labraron la grandeza y fortuna del largo período comprendido entre Recaredo I y Wamba. Honra eterna de aquellos legisladores es el Código llamado Forum Judicum o [Fuero Juzgo](#), que sobreviviendo a la ruina del reino visigodo, alcanzó después tanta importancia en la España mozárabe y en la restaurada.

Gracias a la enseñanza de los monasterios y de las curias episcopales, la nación hispano-visigoda sobresalió mucho en ciencias y letras, especialmente desde Recaredo. Esta ilustración y cultura se distinguieron principalmente por su carácter religioso y eclesiástico. Pero los doctores españoles de aquel tiempo no pretendieron destruir la ciencia y civilización antigua, sino solamente sanearlas y purificarlas, amoldándolas discretamente al dogma y espíritu católico. Los escritos que han llegado hasta nosotros de San Leandro, [San Isidoro](#), [San Braulio](#), San Eugenio, San Ildefonso, San Julián, [el Biclarense](#) y otros ingenios españoles de aquella edad, al par con el himnario gótico, manifiestan el objeto y tendencias de aquella literatura clásico-poética y científico-cristiana, que no debía perecer con la conquista sarracénica, legando su tradición luminosa y civilizadora a las edades venideras.

Empero, con estos y otros elementos de vida y adelanto, la sociedad española de aquella edad encerraba gérmenes eficaces de disolución y ruina. Después de un largo periodo de grandeza y prosperidad, el período de Recaredo, Recesvinto y Wamba, el reino visigodo cayó de improviso a fines del siglo VII en gran desconcierto, desmayo y corrupción. Prueba clara de que aquella prepotencia y esplendor no eran sólidos ni estables, y de que los grandes esfuerzos del trono y de la Iglesia por reformar y robustecer aquella sociedad, armonizando los elementos heterogéneos que la componían y sacándola de sus añejos vicios, se habían estrellado al fin en lo azaroso de los tiempos y en la rebeldía de los hombres. Copiosos males y miserias estragaban a la sazón la sociedad española, así en el orden civil y social, como en el político y en el religioso. En cuanto a lo primero, la monarquía visigoda no había logrado realizar cumplida y satisfactoriamente la fusión entre la multitud de razas y pueblos a quienes gobernaba: la antigua raza ibérica, más o menos confundida con la céltica, y con otras gentes advenedizas, la romana, la gótica, la judaica y aun la griega: todas divididas entre sí por intereses encontrados, por rencores antiguos o recientes. Los Españoles y los Romanos no habían llegado a confundirse con los Godos, a quienes consideraban como sus opresores; y aunque Recesvinto, a mitad del siglo VII, había dictado la famosa ley que permitía los enlaces entre una y otra raza, esta medida llegó algo tarde y no produjo suficientes resultados. Oponíanse a esta fusión, de una parte las pretensiones de la gente goda, poco arraigada aún en la fe católica y empeñada en sostener a todo trance su predominio sobre las demás razas, y de otra las aspiraciones de la iberoromana, que formando la inmensa mayoría de la población, sufría de mal grado la dominación de un pueblo tan inferior en número y en cultura, cuanto arrogante y despótico.

Tan opuestas tendencias contrariaban grandemente a los monarcas visigodos, que no podían inclinarse a una parte sin provocar la ojeriza de la otra, dispuesta siempre a la insurrección y a la discordia civil. Añádase a esto la hostilidad de los indómitos Vascones, que no perdían ocasión de tomar las armas por su libertad e independencia; el descontento con que los Griegos de nuestras provincias orientales, sometidos por Sisebuto y Suintila, sufrían el yugo visigodo, y, sobre todo, la pertinaz obcecación de los Judíos, que aferrados en su triste destino de vivir sin templo, sin patria y sin rey³⁰⁷, rehusaban admitir la fe y las instituciones de la sociedad hispano-cristiana, prefiriendo ser sus víboras y parásitos. Y como la verdad eterna afirmó que todo reino dividido será desolado³⁰⁸, de

307 «Disperri et soli sui extorres vagantur per orfem sine homine, sine Deo, sine rege.» Tertuliano, en su [Apología](#).

308 [Ev. sec. Math. XII, 25.](#) [Ev. sec. Luc. XI, 17.](#)

esta división y antipatía de pueblos y razas resultaron para el Estado visigodo repetidos alzamientos y rebeliones que llegaron a su apogeo a fines del siglo VII, poniéndole en peligro de inminente ruina. Baste a nuestro propósito recordar las dos grandes conjuraciones que por los años 692 a 694 urdieron los magnates visigodos y los súbditos hebreos, conspirando aquellos contra la corona y la vida del rey Égica, y concertados los segundos con sus correligionarios de África para derribar nuestra católica monarquía.

Otro elemento no menos grave de discordia y disolución abrigaba en su seno la sociedad hispano-visigoda. Este mal, común a todas las naciones que habían formado parte del imperio romano, consistía en la profunda desigualdad de las clases, en la excesiva riqueza y prosperidad, que (a semejanza de lo que aun sucede en Inglaterra) alcanzaba un número escaso de nobles y magnates, mientras que la inmensa mayoría de la población, compuesta de colonos, curiales y diversas clases de siervos, yacía en la opresión y en la penuria. La aristocracia (*primates* y *seniores*), compuesta principalmente de la nobleza visigoda, cuyos antepasados, al sojuzgar nuestro país, se habían apropiado las dos terceras partes del suelo, disfrutaban cuantiosos bienes que les permitían gozar toda suerte de comodidades, regalos y deleites. Por el contrario, los colonos, curiales y siervos, aunque tratados con mucha más humanidad que en tiempo de los Romanos³⁰⁹, vivían condenados juntamente al trabajo y a la pobreza, viéndose para mayor desdicha muy dificultados por las leyes para poder mejorar su miserable condición. A las demás penalidades y cargas propias de aquellos siervos, hay que añadir el mayor peso del servicio militar; porque, si en los primeros tiempos un pueblo tan belicoso como el visigodo, había tenido grande afición a las armas, causa de su engrandecimiento, al cabo, vencido y enervado por las dulzuras de la paz, había confiado la defensa del trono y del país en las manos de los siervos, así indígenas como judíos, cuya fidelidad no podía menos de ser sospechosa, llegado el caso de guerra o revolución.

Si esto sucedía en el orden social y civil, también en lo político adolecía de grandes defectos la España Visigoda. Todo el empeño y prudencia de sus soberanos y legisladores no habían bastado a robustecer y enaltecer al trono, convirtiendo en hereditaria la monarquía legalmente electiva, ni a corregir la insubordinación e indisciplina de los magnates. No necesitamos pintar los frecuentes trastornos que probó aquel Estado por la falta de un derecho fijo que regulase la sucesión a la corona, refrenando la ambición de los grandes señores y evitando perturbaciones y guerras civiles. Es verdad que la sucesión hereditaria, como más conforme a la naturaleza, solía prevalecer en la práctica; pero como no formaba parte del derecho escrito y contrariaba los intereses y pretensiones de la grandeza, sucedió repetidas veces que los príncipes asociados por sus padres al gobierno del Estado no llegasen a sucederles, siendo arrojados del trono por una conspiración o pronunciamiento de aquella altiva aristocracia, que con mayor o menor violencia hacia valer su derecho electivo. Tal acaeció, como veremos dentro de poco, al morir el rey Witiza, encendiéndose reyertas y enconos civiles que fueron la causa inmediata de la ruina de aquel carcomido Estado.

Tampoco en esta época revuelta y azarosa se hallaba íntegro e ileso en la España Visigoda el elemento más poderoso en que estriba la fuerza y salvación de las naciones. Aludimos al espíritu religioso, que se debe considerar como el principio y causa que proporcionó a aquel Estado mayores beneficios y engrandecimiento. Mucho trabajó y consiguió la Iglesia católica en favor de la religión y de la patria, arrancando de nuestro suelo la herejía arriana y obteniendo para el trono visigótico reconciliado con nuestra fe, las simpatías de la raza española. Empero, no le fue dado corregir más cumplidamente los defectos de la raza visigoda, tan poco arraigada en nuestra fe, cuanto demandada y viciosa, ni la desatentada afición de sus reyes y magnates a imitar el lujo y la corrupción de la corte bizantina. Mucho trabajó asimismo el Clero católico por la conversión de los Hebreos y por aniquilar los restos del antiguo paganismo, preservando la moral de su perniciosa influencia; pero

309 Siendo imposible abolir la esclavitud en aquellos tiempos, la Iglesia Española, animada del espíritu de caridad propio del Cristianismo, trabajó mucho en atenuarla y dulcificarla. Así consta de muchos datos y testimonios que, impugnando a M. Dozy, hemos alegado en el tercero de nuestros artículos acerca de la *Histoire des musulmans d'Espagne*.

de tamaños intentos, el primero se estrelló en la obstinación judaica, y el segundo fue de muy lenta y difícil ejecución, porque grabadas profundamente la idolatría, la magia y otras supersticiones en las costumbres y letras, no habían desaparecido del todo al tiempo de la invasión sarracénica³¹⁰.

Además, y esto fue lo más doloroso, una parte considerable de aquel mismo Clero que tantos beneficios había prestado a la sociedad hispano-visigótica, produciendo larga serie de santos, de sabios, de hábiles maestros y prudentes legisladores, llegó a inficionarse con la corrupción general. De lamentar fue que muchos Obispos, obligados en demasía por la protección y favor de los monarcas, y más atentos a complacerlos y ayudarlos en la gobernación del reino de lo que convenía a los intereses religiosos y espirituales, permitieran que a su vez el poder real interviniese indebidamente en el gobierno de la Iglesia, usurpando sus atribuciones y cercenando su libertad. Más grave fue todavía el que algunos de ellos tomasen parte en conspiraciones y delitos políticos, como Siseberto, metropolitano de la ciudad regia, que, arrastrado probablemente por los sentimientos e intereses de la raza visigótica a que pertenecía, maquinó el destronamiento y muerte del rey Egica, mereciendo ser depuesto y excomulgado por el Concilio XVI de Toledo. Pero lo peor de todo fue el que muchos Clérigos, y aun Prelados, con sus costumbres disolutas, escandalizasen al pueblo y perjudicasen al resultado de su religioso ministerio y de la civilizadora empresa que tenían a su cargo. Es verdad que la parte más numerosa del Episcopado español, reunido en los Concilios, condenó y reprimió como pudo semejantes excesos; pero ello es que se repitieron con harta frecuencia. En las actas de aquellos Concilios leemos numerosos cánones contra la incontinencia, la simonía y la codicia de Clérigos y aun de Obispos, y contra su poco celo por la gloria de Dios y bien de las almas.

II

Desgraciadamente para el primer partido, el rey Witiza murió a fines del año 707 sin dejar un hijo mayor de edad que le sucediese en el trono y en la política, sino tres niños, al predilecto de los cuales, llamado Aquila, ya algún tiempo antes le había elegido por sucesor y asociado al gobierno, confiándole el mando de las dos provincias Tarraconense y Narbonense, bajo la vigilancia y cuidado del susodicho Requisindo³¹¹. Esta elección fue recibida con gran disgusto, no solamente por el partido verdaderamente nacional, el hispano-romano, sino también por la aristocracia visigoda, porque contrariaba una vez más sus derechos y aspiraciones; y, en general, por la parte más numerosa y sensata de la nación, porque la entregaba a los peligros de una larga minoría. Por lo cual, apenas falleció el rey Witiza, entre los partidarios y adversarios de su hijo Aquila se encendió una porfiada guerra civil, que cundiendo por toda la Península la sumió en completa anarquía. Esta lucha se prolongó por largo tiempo con resultado indeciso y con gran estrago del país (que juntamente veía agostados sus campos por una prolongada sequía) hasta que los enemigos del rey niño lograron ponerse de acuerdo para la elección de otro monarca.

Constituidos en Senado los principales señores de aquella parcialidad, y con ellos una gran parte de la aristocracia visigoda, eligieron por rey de las Españas y de las Galias al duque de la Bética, Rodrigo, que al regir por algún tiempo aquella provincia se había acreditado como hombre de gobierno, y que si no de linaje real, como afirman algunos cronistas, era de encumbrada e ilustre prosapia. Rodrigo, hombre de natural valiente y arrojado, aceptó el grave cargo que se le ofreció en ocasión tan crítica, y proclamado solemnemente en la ciudad regia a mitad del año 710, se apresuró a congregar las milicias de su numeroso partido, marchando con ellas al encuentro de las que

310 Sabido es que el Concilio XII de Toledo (año 681) y el XVI (año 693), dictaron repetidos cánones para anatematizar diversas supersticiones gentílicas y sacrílegas, muy arraigadas todavía en nuestro país. Porque es de notar que las artes mágicas, o sea el trato y culto del demonio, devoción característica del mundo pagano, así en los tiempos antiguos como en los actuales, y de una gran parte de la sociedad moderna descatalogada, estaban muy extendidas y arraigadas en la España Visigoda.

311 Así consta de varios datos e indicios hábilmente estudiados por los ilustrados arabistas y sagaces críticos D. Francisco Fernández y González y D. Eduardo Saavedra.

permanecían fieles a Aquila, capitaneadas por su lugarteniente Requisindo. Trabada la pelea en campo abierto, Rodrigo triunfó completamente de su adversario, que perdió la batalla y la vida. Rodrigo no se durmió sobre sus laureles, sino que procediendo enérgicamente contra los tres infantes hijos de Witiza, llamados Aquila, Olemundo y Ardabasto, les confiscó sus bienes patrimoniales y los desterró de la Península. Por lo cual, los malaventurados príncipes, faltos de apoyo y de consejo, huyeron al África, donde hallaron auxilios eficaces, si no para recobrar el trono perdido, para acarrear la ruina de su patria, amenazada siempre por aquella parte.

No interesan a nuestro propósito todos los pormenores de esta catástrofe, que se hallan con más o menos exactitud en los distintos historiadores latinos y árabes: bástenos apuntar los datos más indispensables para el objeto de los presentes artículos. A principios del siglo VIII, y bajo el califato de Ahvalid, los Sarracenos, capitaneados por Muza ben Noçair, gobernador del África occidental, habían extendido los límites de su vasto imperio hasta el Atlántico, apoderándose de varias plazas fuertes, que, defendidas según algunos historiadores por alcaides visigodos, y según otros por bizantinos, protegían juntamente la provincia tingitana y nuestra Península contra las invasiones de los Africanos. Defendía aquellas plazas el famoso conde Julián, a quien muchos tienen por godo y alguno por persa³¹², varón valeroso y no menos dado a las armas que al comercio: el cual, con el apoyo de la tribu berberisca de Gomera, que profesaba a la sazón el cristianismo, y con los socorros que recibía de España por medio de sus propias naves, pudo durante algún tiempo detener la invasión sarracénica, pero que al fin, en el año 707 no pudo menos de entregar a Muza la ciudad de Tánger, capital de aquella provincia.

Perdida esta plaza, se retiró a la de Ceuta, y desde allí, ya porque fuese súbdito visigodo, o ya porque no tuviese otro recurso de qué echar mano, imploró el socorro del rey Witiza, dirigiéndole o renovándole la expresión de su vasallaje y obteniendo repetidos socorros de soldados y provisiones. Por tal modo pudo Julián sostener a Ceuta contra un nuevo cerco de Muza, rechazándolo con muchas pérdidas y haciéndole ver, según afirma un cronista árabe, que los Españoles que defendían aquella plaza eran más fuertes y aguerridos que todos los demás pueblos con quienes el caudillo musulmán había combatido hasta entonces, peleando esforzadamente por su patria y sus familias, a quienes mucho amaban³¹³. Pero como aquellos auxilios acabasen con la muerte de Witiza, y Muza apretase más el cerco, el conde se vio forzado a capitular, aceptando las condiciones ventajosas que le propuso el caudillo árabe.

Estas fueron que Julián conservaría durante su vida el gobierno de Ceuta, si bien bajo la soberanía del califa, y entregando en rehenes, al par con los suyos propios, los hijos de los xeqes o caudillos gomeres que le obedecían. Poco tiempo después, en el verano de 709, recibió un mensaje de Aquila, que le pedía el auxilio de sus armas para someter a los rebeldes que le minaban el trono heredado. Julián, cumpliendo con las obligaciones de antiguo vasallo, se apresuró a complacerle, y autorizado por Muza, hizo un desembarco en las costas de Algeciras, llevando por largo trecho la desolación y el exterminio, y repasando el Estrecho con muchos cautivos y ricos despojos.

Animados por este buen servicio y prueba de lealtad, los hijos de Witiza no dudaron acudir al apoyo del conde cuando Rodrigo los lanzó, como queda dicho, del trono y de la patria. Llegados a Ceuta, se quejaron amargamente a Julián del partido que había atropellado sus derechos; y como el conde ya no era vasallo de ellos, sino del califa de Oriente, le rogaron que interpusiese su mediación cerca de aquel soberano, bastante poderoso para protegerlos y reintegrarlos en el trono y herencia de su padre Witiza. No debieron ocultarse a la perspicacia de Julián los peligros de la intervención solicitada por aquellos mal aconsejados príncipes; pero interesado, egoísta y más afecto a los hijos de Witiza que a la fe y al bien de la nación española, acogió favorablemente sus deseos, y con encarecida recomendación los envió al caudillo berberisco Tháric ben Ziyad, liberto y teniente de Muza, que se hallaba a la sazón en Tánger. Tháric a su vez los remitió a su jefe Muza, que se

312 Véase sobre este punto al Sr. Saavedra, páginas 50 a 51.

313 [Ajbár Machmúa](#), páginas 18 y 19 de la versión de D. Emilio Lafuente y Alcántara.

encontraba en el Cairowan; y éste, no atreviéndose a tomar una resolución en asunto tan importante, los dirigió al mismo califa, que residía en Damasco. Alwalid accedió de buen grado a su pretensión; si bien con ciertas condiciones favorables a la causa sarracénica, entre ellas que la empresa se ejecutaría bajo la dirección de Muza, su gobernador en África, que el conde Julián concurriría a ella personalmente, y que para calcular sus peligros se intentase una exploración previa en las costas de Andalucía.

En virtud de este acuerdo, y entrado el mes de Julio del año 710, Muza envió a España, por vía de reconocimiento, una partida de Bereberes, capitaneada por el caudillo árabe Tharif Abn Zora, y guiada por el conde Julián. Esta partida, compuesta de 400 hombres de a pie y 100 de a caballo, pasó el Estrecho en cuatro naves, suministradas por el mismo conde; y protegida en su desembarco por partidarios de la dinastía witizana, tomó tierra cerca de la antigua Mellaria, que en memoria de aquel caudillo cambió su nombre con el de Tarifa. Los Bereberes saquearon la costa de Andalucía, desde Tarifa hasta Algeciras, y sin atacar a ninguna de aquellas plazas, que se hallaban bien guarnecidas y a devoción de Rodrigo, regresaron a Ceuta muy satisfechos por el abundante botín que habían cogido.

Este buen suceso, las discordias intestinas que no cesaban entre las diversas banderías de nuestro país y el abatimiento en que se hallaban los Españoles por el azote de la sequía, del hambre y de la peste que habían sufrido durante tres años (707 a 710), animaron a Muza y Julián para llevar adelante su empresa. Hicieron sus preparativos con toda diligencia; y mientras por consejo y mensajes del conde, los partidarios de Aquila provocaban por la parte del Norte una incursión de Francos, Tháric, que como teniente de Muza gobernaba en Tánger, alistaba una nueva y más poderosa expedición para invadir la Bética. Habiendo reunido y armado una hueste de siete mil combatientes, en su mayor parte Gómeros, y por lo tanto adictos a Julián, Tháric pasó con ella el Estrecho entre los meses de Abril y Mayo del año 711, en las naves y en la compañía del mismo conde, que según lo concertado con el califa, debía concurrir personalmente a esta campaña de intervención.

Esta expedición arribó al pie del antiguo peñón de Calpe, que desde entonces tomó el nombre de aquel conquistador, llamándose *Gebal-Táric* (el monte de Tháric), y hoy por corrupción Gibraltar. Bien mereció el caudillo beréber esta honra que debía inmortalizar su nombre, porque conociendo la importancia estratégica de aquel peñón, a la sazón abandonado, lo mandó fortificar cuidadosamente. Al propio tiempo, por medio de uno de sus capitanes, llamado Abdelmilic, se apoderó de la vecina Carteya³¹⁴, y luego de *Julia Traducta*, hoy Algeciras, asegurando así su comunicación con el África.

III

Hallábase el rey Rodrigo en la Vasconia, cuyos belicosos moradores se habían alborotado con la incursión de los Francos, cuando llegó a su noticia la invasión dirigida por Tháric y Julián; y conociendo que el mayor peligro estaba en aquella parte, abandonó al punto la empresa del Norte para acudir a la del Mediodía. Convocó de diversas partes las milicias de su reino, y mientras se le allegaban fuerzas bastantes para ponerse a su cabeza, mandó a su sobrino Enneco que desde Córdoba, en donde residía como duque de la provincia, acudiese a contener y atajar el paso de los invasores. Cumplió el joven duque, como bueno y leal, la orden recibida; pero después de uno y otro encuentro, en que no pudo resistir el empuje de los feroces Africanos, fue vencido y muerto, víctima de su mucho arrojo y bizarría.

Envalentonado con estas victorias, y acompañado siempre del conde Julián y de otros malos cristianos de su dependencia y devoción (que según cuentan los cronistas árabes le iban prestando útiles servicios, dándole noticias e indicándole los lados accesibles del país enemigo), Tháric entró a saqueo en varias poblaciones abiertas y empezó a marchar la vuelta de Córdoba. Detúvose empero

314 Hoy torre de Cartagena, en el centro de la bahía de Gibraltar.

al saber que el rey Rodrigo, habiendo regresado del Norte, se dirigía hacia aquella ciudad a la cabeza de numerosa hueste, y con gran instancia pidió refuerzos a su jefe Muza. El cual, sin perder momento, le envió una legión de 5.000 hombres, bajo la conducta, según parece, del susodicho Tharif, ya acreditado por el feliz sueno de la anterior expedición. Agregáronse a éstos muchos partidarios de Aquila y no pocos habitantes de aquella comarca, a quienes Tháric había arrancado de sus hogares y alistado en su hueste a fuerza de terror; con lo cual el ejército sarracénico llegó a reunir cerca de veinte mil combatientes, en su mayoría gente belicosa, ansiosa de combate y ávida de botín³¹⁵.

Por su parte, el rey visigodo había llegado a juntar, según opinión de varios autores, así arábigos como latinos, hasta 100.000 hombres; pero merced al espíritu nada belicoso del monarca anterior, gran parte de aquellos soldados carecía de suficiente armamento y disciplina; y lo que es peor, muchos de ellos no eran de fiar, por ser siervos o clientes de la dinastía witizana, especialmente los de una división que venía capitaneada por el duque Siseberto, tío o deudo próximo de Aquila.

No consta con certeza el lugar en que se trabó la memorable y funesta batalla que decidió los destinos de nuestra patria con la ruina de la monarquía visigoda. Según varios datos hallados modernamente en los antros arábigos³¹⁶, el ejército español que bajaba de Córdoba y el invasor que subía de Algeciras, vinieron a las manos entre las poblaciones de Vejer de la Frontera, Medina-Sidonia, Alcalá de Gazules y la aldea de Casas Viejas, a orillas de una gran laguna, llamada hoy de la Jonda, y de un río que desde el tiempo de los Romanos lleva el nombre de Barbate (*Barbatus*, o río de los barbos), pero que, por comunicar con aquella laguna, hubo de llamarse *Lacca*, que en lengua ibérica significaba lago; por lo cual los Árabes le nombraron *Wadi-Lacca* o el río del lago³¹⁷. Pero según antigua tradición, aceptada y perpetuada por la totalidad de nuestros autores latinos y castellanos hasta nuestros días, y que también se apoya en algunos textos arábigos, la batalla tuvo lugar entre Medina-Sidonia, Arcos y Jerez de la Frontera, en las márgenes del río *Guadalete*, que pudo muy bien llamarse *Wadi-Lacca* por su inmediación a un extenso lago distinto del de la Jonda³¹⁸, y que en efecto se encuentra con el nombre de *Guadaleque* en documentos del siglo XIII³¹⁹.

Llegado que fue a aquel paraje, el rey Rodrigo revistó sus tropas y las dispuso para la pelea. Rodeado de su guardia real (de la cual formaba parte como espatario el futuro restaurador de nuestra monarquía³²⁰ y de la flor de la nobleza española, el monarca arengó a sus soldados con frases animosas y entusiastas, alentándolos a luchar heroicamente por su fe y por su patria, amenazadas juntamente por los invasores; ofreció dignas recompensas a los que se esforzasen por merecerlas, dirigió palabras de afecto y noble confianza a los dudosos, y mostróse esperanzado en el triunfo. Sin embargo, estas generosas razones no hicieron mella en la mala voluntad de Siseberto y demás partidarios de los hijos de Witiza, que al contemplar la superioridad numérica del ejército español y la inferioridad del africano, temieron que triunfando Rodrigo daría al traste con sus aspiraciones. Reunidos en secreta conferencia, de que han conservado memoria los cronistas arábigos, y teniendo presente, sin duda, el trato que el conde Julián y los hijos de Witiza habían ajustado con los Sarracenos, opinaron que, pues la hueste africana no había venido con pretensiones

315 Según frase de un cronista árabe.

316 Como puede verse en los citados estudios de los Sres. Dozy, Fernández Guerra y Saavedra.

317 Algunos geógrafos y cronistas arábigos llaman a este río *Wadi-Becca*, y según el señor Saavedra, este fue su verdadero nombre, corrompido por escritores más modernos en *Wadi-Lecca* o *Gradi-Lecca*; mas nosotros preferimos esta forma, conservada posteriormente con los nombres *Guadalaque* y *Guadalete*.

318 Véase sobre este punto D. Emilio Lafuente y Alcántara en su [mencionada versión](#), página 22, nota tercera.

319 Entre otros, en un diploma de Alfonso X, firmado en Jerez de la Frontera a 23 de Septiembre de la era 1303 (año 1265), y publicado por Ortiz de Zúñiga en sus *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, págs. 100 y 101, de la 1.^a edición.

320 Por lo cual puede suponerse que asistió a esta batalla.

de apoderarse de nuestro país, sino solamente de ayudar a los infantes y retirarse con abundante presa, su triunfo acarrearía la derrota de Rodrigo y el medio seguro de arrebatarle el trono usurpado, mientras que si triunfaba este príncipe, y se coronaba de gloria con tal ocasión, la causa witizana quedaba para siempre perdida. Por lo tanto, resolvieron apelar a la traición. En esta resolución debieron tener parte los consejos y autoridad de dos personajes tan adictos a la causa de los infantes como su tío D. Oppas, Arzobispo de Sevilla, y su deudo el duque Siseberto, a quienes Rodrigo, con una confianza inconcebible, admitió en su compañía en aquel trance supremo; pues de indicios y testimonios fidedignos consta que al segundo confió imprudentemente el ala derecha, y que el primero concurrió a la jornada y presencié el combate.

La batalla empezó en la mañana del domingo 19 de Julio del año 711. Los Españoles avanzaron valerosamente hacia sus enemigos, animados por la presencia y las exhortaciones de su rey que, según los autores arábigos, llegó rodeado de gran pompa y majestad, ostentando sus más preciosos ornamentos y conducido en una soberbia carroza de oro y marfil, tirada por dos briosos mulos ricamente enjaezados. Luego, apeándose de esta carroza, Rodrigo montó en su caballo tordo sobre una silla de oro, recamada de brillante pedrería, y tomó puesto en la delantera de su hueste. Acompañábale lucidísimo séquito de nobles y magnates, adornados con parecidas galas. Allí debía arrojar sus últimos resplandores la fastuosa monarquía visigótica; mas no sin echar el resto de la valentía y del heroísmo.

En efecto, Rodrigo hizo en el combate prodigios de valor. Aunque la mayor parte de su ejército se componía de gente allegadiza y bisoña, escasa de táctica e instrucción, y los Africanos peleaban con mayor destreza y con verdadera furia, todavía el rey sostuvo esforzada y tenazmente la pelea por espacio de siete días, causando gran mortandad en sus contrarios. Pero al amanecer el octavo día, el ala derecha, mandada por el duque Siseberto, se pasó al enemigo y revolió sus armas contra el ejército real. Todavía Rodrigo se esforzó en sostener la pelea, y avivando con su ejemplo el valor de los capitanes y soldados que le acompañaban, hizo gran destrozo en los musulmanes y malos cristianos que le combatían; mas como Tháric, con los feroces negros de su vanguardia, se arrojase sobre el flanco derecho, que había quedado desguarnecido por la traición de Siseberto, y cortando la retirada a los Españoles, les dificultase el hallar refugio y socorro en alguna plaza importante de aquella comarca, la consternación y el pánico se apoderaron de todos. Al fin, apelando a la fuga, los nuestros marcharon en dirección de Écija, perseguidos y acosados largamente por los Africanos, que hicieron en ellos terrible matanza, y que, según cierta tradición local, alcanzándolos en la dehesa de Morejón, entre el río Guadalete y Montellano³²¹, los derrotaron nuevamente, completando su increíble victoria y la ruina del gran poderío visigodo.

Mucha gente pereció de ambas partes en tan prolongada y reñida pelea, y los partidarios de Rodrigo quedaron no poco vengados de sus émulos los de Aquila; porque si aquéllos tuvieron pérdidas enormes, también éstos las sufrieron considerables, pereciendo, entre otros muchos³²², el duque Siseberto³²³, uno de sus principales caudillos, y el brazo ejecutor de su infama traición. En cuanto al rey Rodrigo, no consta si pereció en la pelea, o si sobrevivió a la ruina de su trono; pues según afirman la mayor parte de los historiadores, así arábigos como latinos, después de la batalla no volvió a aparecer ni vivo ni muerto; mas se hallan razonables indicios de que, habiendo huido con algunos pocos de sus caballeros hasta refugiarse en tierra de Lusitania, logró conservar allí, por cerca de dos años, una sombra de monarquía legítima³²⁴.

No hay noticia de que Rodrigo se hallase en la batalla que pocos días después de la referida tuvo lugar cerca de Écija, en donde los restos de su gran hueste, rehaciéndose con ayuda de la

321 Partido de Morón, provincia de Sevilla, y casi confinando con la de Cádiz.

322 Véase a este propósito el cronicón atribuido a [Isidoro Pacense](#), núm. 34, y el de [Alfonso III el Magno](#), núm. 7.

323 Según el cronicón arábigo anónimo titulado [Fath-Alandalus](#) (es decir, la conquista de España), citado por Saavedra, pág. 76.

324 Sobre este punto véase al Sr. Fernández Guerra, pág. 50 y siguientes, y al Sr. Saavedra, páginas 76, 98 y siguientes.

guarnición de aquella importante ciudad, osaron hacer frente a las hordas enemigas que venían en su persecución. En aquel encuentro los Españoles pelearon brava y porfiadamente, matando e hiriendo a muchos de sus adversarios; mas al fin tuvieron que ceder a su mayor número y pujanza, huyendo en dispersión y refugiándose en dicha plaza.

Estas derrotas, según notan los cronistas arábigos, llenaron de espanto el corazón de los Españoles, y sobre todo, a los magnates y patricios que vegetaban entre deleites; y cuando vieron que Tháric, en vez de tornar al África con los ópimos despojos de sus victorias, como lo había hecho Tharif, penetraba tierra adentro, huyeron delante del afortunado caudillo, retirándose hacia Toledo y no parando hasta refugiarse en los castillos del Norte. Aprovecháronse de esta consternación los Witizanos, animando al caudillo beréber para que, prosiguiendo atrevidamente su marcha triunfadora y dificultando a los partidarios de Rodrigo el poder organizar la resistencia, realizase el objeto de la concertada intervención sarracénica. Ayudado, pues, por el conde Julián y por los demás parciales de Aquila, Tháric logró en el espacio de tres meses tomar por sí mismo, y por medio de sus capitanes, la plaza de Écija, que le dificultaba el paso del río Xenil, la de Córdoba, capital de la Bética en el orden civil, y la de Mentesa (hoy Villanueva de la Fuente), y llegar a Toledo, que se le rindió en el mes de Octubre, después de breve resistencia, por fuga de sus magnates cristianos y traición de la población judaica.

Y, sin embargo, los malos Españoles vieron frustrada la mejor parte de sus deseos; porque ni habían logrado coger viva ni muerta la persona de Rodrigo, ni al llegar a la ciudad regía les fue dado obtener para Aquila los votos del Senado, que se había dispersado por la huida de sus individuos. Los que únicamente se aprovecharon de esta expedición fueron los Sarracenos, que cogieron inmenso botín en las poblaciones que ocuparon, y, sobre todo, en Toledo, donde saquearon a su placer las casas abandonadas de sus opulentos patricios, y en Compluto (hoy Alcalá de Henares), donde se habían refugiado algunos de los Toledanos fugitivos.

Sin embargo, tantas derrotas y contratiempos no bastaron para reconciliar a los españoles, que andaban divididos en discordia civil, quién por Rodrigo, quién por Aquila, ni tampoco para quebrantar la entereza y el valor de la raza ibérica y de la goda, que en muchas partes continuaban luchando contra los invasores, alarmando juntamente al caudillo beréber y al partido witizano. Llamado con instancia por uno y otros, Muza ben Nozair pasó aquende el Estrecho en la primavera del siguiente año (712) con una hueste de diez y ocho mil combatientes, arribando al puerto de Algeciras, acompañado del conde Julián, constante en su propósito de asegurar a los hijos de Witiza, con ayuda de los Sarracenos, el logro de sus pretensiones; pero no menos atento siempre a su propia conveniencia y particular interés. Ayudado por las discordias intestinas de los Españoles y por los partidarios de Aquila y Julián, que les iban sirviendo de adalides y espías, así como también por la perfidia de los Judíos, Muza acometió y rindió, ya por avenencia, ya por fuerza de armas, las importantes plazas de Medina-Sidonia, Alcalá de Guadaira, Carmona y Sevilla. De estas poblaciones, Carmona se rindió a los Sarracenos por una estratagema de los Witizanos; y Sevilla, que después de Toledo era la principal, ciudad de la Península y aun superior a ella en población y grandeza, resistió por espacio de algunos meses; mas se entregó al fin por traición de los malos Españoles y de los Judíos, a quienes Muza confió su guarda en unión de algunos musulmanes. Los defensores de Sevilla huyeron a Beja (Pax Julia) y Muza se encaminó a Mérida, metrópoli de la Lusitania, y, como Sevilla, rica en monumentos artísticos.

La expugnación de esta ciudad fue larga y costosa al caudillo árabe; porque, además de su gran fortaleza, todavía quedaban allí muchos nobles y patricios; y porque, según el parecer de críticos modernos muy respetables, en ella y en los castillos de su jurisdicción predominaban los partidarios de Rodrigo, alentados por la presencia del mismo rey³²⁵. No aguardaron los Emeritenses a que Muza llegase sobre la ciudad, sino que valerosamente le salieron al encuentro a una milla de distancia, trabando con él una reñida y sangrienta palea, en que no llevaron la peor parte. Mas como

325 Sobre este punto véase al Sr. Fernández Guerra, páginas 52 y siguientes, y al Sr. Saavedra, páginas 38 y siguientes.

el combate, interrumpido por la noche, se renovase a la mañana siguiente, los ciudadanos cayeron en una celada, donde sorprendidos por los musulmanes murieron muchos, recogiendo los demás al abrigo de las murallas, que eran fortísimas. Muchos y largos de contar debieron ser los lances de este sitio, que duró un año entero, y durante el cual, sitiadores y sitiados, combatieron con grande valentía y obstinación. Entre otros, cuentan las crónicas árabigas que minando los Sarracenos un torreón, los Españoles salieron contra ellos de rebato y les mataron tanta gente, que aquel baluarte fue conocido desde entonces en lengua árabe con el nombre de *Borg Axxohadá* o la torre de los Mártires. Prevalció al fin la tenacidad de Muza, empeñado en vencer aquel centro de resistencia; y como los Emeritenses no recibiesen socorro de parte alguna por la consternación y división que reinaban en las demás provincias, al fin se rindieron al caudillo árabe el día 30 de Junio del año 713, bajo condiciones relativamente ventajosas³²⁶.

Durante este cerco se habían levantado los cristianos de Sevilla, y reforzados por los de Niebla y Beja, que aún permanecían libres, habían arrojado a los musulmanes de la guarnición, matando algunos y huyendo los demás en dirección de Mérida. Pero Muza envió contra ellos una división de su hueste, capitaneada por su valeroso hijo Abdalaziz, que no solamente sujetó a los de Sevilla, sino que marchando contra los de Niebla, Beja y Ossonoba (hoy Faro), los sojuzgó igualmente y aseguró la dominación sarracénica en todo el Algarbe. También se asegura que en dicho año, y durante el mismo cerco, Abdalaziz se dirigió a la parte oriental de nuestra Península, cercando la ciudad de Orihuela y ajustando con el caudillo visigodo Teodemiro el famoso tratado que lleva la fecha de Abril de 713, y en cuya virtud quedó Teodemiro por señor y gobernador de un vasto territorio que comprendía las ciudades de Orihuela, Valencia, Alicante, Mula, Bigastro, Ello³²⁷ y Lorca, sí bien como súbdito y tributario del califa de Oriente. Pero un crítico moderno muy sagaz³²⁸ alega poderosas razones contra la exactitud de la expresada fecha, y pone la memorable conquista de Orihuela en el año 715.

La pérdida de Mérida tuvo consecuencias desastrosas para la causa de Rodrigo y para toda España. Faltos de aquel apoyo, los restos del partido nacional se sostuvieron por algún tiempo en las intrincadas y ásperas sierras que se extienden entre los ríos Tajo y Duero³²⁹; mas como en busca de víveres y de auxilios saliesen a los fértiles llanos de la actual provincia de Salamanca, fueron acometidos y derrotados por Muza y Tháric, reunidos para esta empresa junto al lugar llamado por el *Moro Rasis Saguyue*, y hoy Segoyuela de los Cornejos, en el partido judicial de Sequeros. Hallóse en aquel encuentro, según la plausible opinión que hemos aceptado, el desdichado rey D. Rodrigo, perdiendo definitivamente corona, libertad y vida, a manos de Meruán, hijo de Muza. Así se colige de varios testimonios e indicios hábilmente combinados por uno de nuestros más insignes arabistas, geógrafos y críticos de nuestros días³³⁰. La piadosa lealtad de algunos súbditos suyos, probablemente lusitanos, pagó el postrer tributo a su infortunado y último rey, conduciendo su cuerpo a través de la sierra llamada de la Estrella, y dándole honrada sepultura en una basílica próxima a la ciudad de Viseo, donde la encontró siglo y medio después el rey de León, D. Alfonso III el Magno.

IV

Con este desastre quedaron los parciales de Aquila libres de competidor que les disputase el trono heredado; mas si se alegraron del mal ajeno, bien pronto su alegría se convirtió en tristeza al

326 Fueron éstas: que los ciudadanos que permanecieron en la ciudad conservasen su libertad y sus bienes; que las haciendas de los que habían perecido en la emboscada y de los que habían huido a Galicia, se adjudicasen a los musulmes, y que las alhajas y bienes de las iglesias se reservaran para Muza.

327 Hoy despoblado cerca de Montealegre, provincia de Murcia.

328 El Sr. Saavedra, páginas 132 y 133.

329 Probablemente las llamadas hoy de Francia y de Gata.

330 El Sr. Saavedra, en el lugar poco antes citado.

ver desvanecidas sus risueñas esperanzas. Árabes y Bereberes habían entrado en España como auxiliares del partido witizano; mas como las delicias y riquezas de nuestra Península, de que se habían saciado durante dos años, placiesen grandemente a su sensualismo y rapacidad, y se hallasen engreídos con sus fáciles triunfos debidos a la división de los Españoles, Muza se atrevió a quebrantar el concierto ajustado con el conde Julián y los hijos de Witiza, convirtiendo su campaña de intervención en verdadera conquista. Ni le importó mucho el que aquel convenio hubiese sido ratificado por el mismo califa; pues no dudó de que este soberano, anteponiendo a todo derecho los intereses del islamismo, aprobaría, como en efecto aprobó, un atentado que ensanchaba considerable y provechosamente los límites de su vasto imperio.

A su vez los Españoles del partido witizano empezaron a desconfiar de sus molestos auxiliares y a rehusarles la ayuda que tan incautamente les venían prodigando. Pero oigamos al egregio crítico, a quien debemos tanta luz sobre aquel oscuro periodo de nuestra historia. Dice así:

«Desde el sitio de Mérida se manifestó la guerra con una nueva fase; porque ya no se confiaba la guarda de los fuertes a los Judíos, ni se abrían por dentro las puertas de las ciudades, ni se cogía desprevenidos a sus gobernadores, signos evidentes todos de una ruptura entre el elemento oriental y el indígena. Debióse este cambio a que durante su marcha desde Algeciras a Mérida, comprendió Muza el mísero estado de la nación, y vio que ni el rey había sido capaz de levantar un ejército respetable, ni tenía el Senado modo de reunirse para deliberar; ni los Witizanos contaban más que con gente desprovista de las necesarias dotes militares y de gobierno. Brotó, sin duda, en la mente del perspicaz caudillo la idea de la conquista, o por mejor decir, de la apropiación de lo que para otro tenía conquistado; y por eso dijo al califa, cuando le dio cuenta de sus actos, que la adquisición de un nuevo reino no había sido más que una anexión. Desembozados los propósitos de Muza, los cristianos se lamentaron amargamente, aunque ya tarde, del engaño sufrido.»

Por lo tanto, no es de extrañar que mientras Muza y Tháric daban el último golpe a la monarquía visigoda, los habitantes de Toledo se sublevaron contra la guarnición africana, que los había oprimido durante un año entero, hartándose de oro y de placeres. Empero Muza, sojuzgando con fraudulentas capitulaciones, obtenidas por medio de fieras amenazas e ilusorias promesas a cuantas poblaciones importantes encontró a su paso, llegó a la antigua ciudad regia, que se le sometió igualmente sin gran resistencia³³¹. Al entrar triunfante en la antigua capital del reino visigodo, el caudillo árabe proclamó resueltamente la soberanía del califa de los Sarracenos sobre toda España e hizo entender a los Witizanos que sus príncipes habían de renunciar al codiciado trono. A este golpe de Estado debieron asistir el conde Julián, nada sensible a las desdichas de España, y el metropolitano de Sevilla, D. Oppas, que se aprovechó de aquella ocasión para intrusarse en el gobierno de la diócesis toledana, desamparada a la sazón por haber huido cobardemente hasta llegar a Roma su arzobispo Sinderedo, favorito que había sido del rey Witiza.

Pero no paró en esto la maldad de aquel ambicioso Prelado; pues como Muza desease hacer un escarmiento en los que se habían levantado en aquella ciudad contra el dominio sarracénico y matar las esperanzas del partido nacional, D. Oppas le ayudó a descubrir los nombres y el paradero de sus enemigos políticos, y sobre todo de los magnates y señores que habían favorecido la elección de Rodrigo, y no habían podido escapar al aproximarse la hueste conquistadora. El caudillo infiel, no menos ávido de sangre que de rapiña, los mandó ajusticiar, y con ellos a cuantos le parecieron sospechosos; y mientras los capitanes de su hueste disputaban entre sí por el reparto de la presa y el mérito relativo de sus hazañas, la infortunada ciudad de Toledo lloraba la muerte de innumerables hijos, así nobles como plebeyos, sacrificados en público patíbulo a la ambición, al rencor y a la crueldad de sus émulos y enemigos.

Desde entonces, los Españoles de uno y otro bando, conociendo la gravedad de la situación, comprendieron igualmente que no les quedaba otro recurso que luchar animosamente contra el enemigo común, y así lo hicieron en diversos puntos de la Península, mas sin avenencia y mutuo

331 [Cronicón atribuido a Isidoro Pacense](#), número 36.

acuerdo, sin una alianza y unión bastante estrecha para remediar en lo posible la falta de rey y de gobierno central. Por su parte, los Sarracenos ya no guardaron con los Españoles los anteriores respetos, y como dice con razón el historiador a quien seguimos con preferencia en este trabajo, «los Árabes y Bereberes, no contenidos ya por la simulación de auxiliares, dieron entonces rienda suelta a sus instintos de ferocidad y de pillaje; un rastro de humo y de sangre marcaba el paso de las huestes, y así anunciaba Muza la suerte que tenía preparada a quien osara resistirle». Según lo testifica un cronista mozárabe coetáneo³³², los Sarracenos se complacieron en quemar hermosas ciudades, en crucificar a magnates, en matar a puñaladas a niños de pecho y en llevar por do quiera la desolación, la muerte y el espanto.

Gracias a este terror, confesado por los cronistas árabes, y a la fuga de muchos condes y patricios, los Moros sometieron la floreciente ciudad de Zaragoza, y extendiendo sus conquistas por la España Citerior, Tháric saqueó y destruyó a Amaya, rindió a Astorga y recibió la sumisión de Fortún, jefe del territorio de Segia³³³ en la Vasconia, el cual, para conservar su señorío, apostató de su fe, haciéndose musulmán y cliente del califa Alwalid; triste ejemplo que, por fortuna, tuvo pocos imitadores. Al propio tiempo, Muza sometía el vasto territorio conocido por hoy Castilla la Vieja, recibiendo la obediencia de los condes que salían a prestársela, conquistando las fortalezas de Barú³³⁴ y de Luco³³⁵; y avanzando hasta Gijón en la costa del Cantábrico, la hizo cabeza de la provincia. Mas no satisfechos con arrasar campos, cautivar habitantes, someter ciudades y castillos, y derribar iglesias, los Sarracenos procuraron consolidar su conquista en aquellos remotos parajes por medio de colonias militares situadas en lugares oportunos, para mantener quietos a los vencidos y contentos a los vencedores.

Las campañas de Muza y Tháric duraron hasta el mes de Setiembre del año 714, en cuyo tiempo, llamados por el califa, pasaron a Oriente, acompañados de su consecuente aliado el conde Julián, y cargados de los despojos de España, que, según la relación, tal vez hiperbólica, de los cronistas árabes, consistían en treinta mil³³⁶ cautivos, escogidos entre la gente más distinguida por su rango y gentileza, contándose en su número hasta 400 mancebos nobles, ceñidos de diademas, y en treinta carros llenos de los tesoros y alhajas, amontonados en mejores tiempos por las lujosas damas y fastuosos magnates visigodos³³⁷. Pero lo más miserable para la vencida España fue la pérdida de muchos millares de hijos suyos, que perecieron en aquella expatriación; pues conducidos por mar a Tánger, y de aquí por tierra a Damasco, no pudieron sufrir las fatigas y privaciones de un viaje que duró más de un año por los abrasados desiertos del África.

Concluyó la obra de Muza su hijo y sucesor Abdalaziz, que ya se había distinguido en la reducción del Algarbe, y que, según el citado cronista mozárabe, hizo tributario el resto de España. Durante los tres años de su gobierno, ganó muchas plazas contra los cristianos, que con más valor que unión continuaron defendiéndose esforzadamente en varios puntos de la Península. Según opina un insigne crítico, ya repetidas veces celebrado³³⁸, Abdalaziz empezó su gobierno avasallando las ciudades de Málaga y Granada; en 715 impuso a Teodemiro la mencionada capitulación de Orihuela, que estableció el dominio musulmán desde Lorca hasta Valencia; y asimismo es de creer que en su tiempo se rindieron a la morisma dos poblaciones tan importantes como Pamplona y Barcelona. Así consiguieron los Sarracenos reducir, en un espacio de siete años no cabales, la

332 El conocido por Isidoro Pacense.

333 Hoy Exea, provincia de Zaragoza.

334 Que algunos han confundido con Viseo, y que el Sr. Saavedra reduce a Villabaruz, provincia de Valladolid.

335 Hoy Santa María de Lugo (*Lucus Asturum*), a una legua de Oviedo.

336 Y según cierto cronista, en cien mil.

337 Es de advertir que ya Muza, por medio de diligentes banqueros y cambiadores (probablemente judíos), había convertido en dinero contante la mayor parte de las alhajas y preseas cogidas por él y por los suyos en los templos y palacios de nuestra Península.

338 El Sr. Saavedra, pág. 27 y siguientes.

mayor y mejor parte de la península española, retrocediendo solamente ante las asperezas de la Cantabria y la Vasconia, donde por los años de 718, y con visible protección del cielo, levantó D. Pelayo el estandarte de la restauración; pues aunque en todo este tiempo³³⁹ los Españoles y Godos no dejaron de luchar valerosamente contra los invasores, no pudieron resistir a la pujanza de tan belicosos enemigos, reforzados con frecuencia por copiosas avenidas de Moros y aun de Árabes, atraídas por el ruido de tan sorprendente y lucrativa conquista.

Tal fue el suceso de la conquista de España por los Sarracenos: suceso a primera vista increíble, y verdaderamente ejemplar, que demuestra cuánto flaquean las naciones cuando andan divididas en opiniones religiosas y políticas, y cuán culpables son los hombres que a sus ambiciones y codicias posponen los verdaderos intereses de la patria. A diferencia de nuestros abuelos del año 1808, que unidos fuertemente por la fe religiosa y monárquica, amantes de su *Dios*, de su *Rey* y de su *Patria*, rechazaron victoriosamente la invasión francesa, los del 711, y sobre todo los magnates y visigodos, tibios en sus creencias, enervados por los placeres, desunidos e indisciplinados, no lucharon debidamente ni lograron salvar la patria común. Por el contrario, el pueblo invasor, el que supo destruir de un golpe la antes potente nación visigótica, aunque distinto en razas y linajes, reunía en sí de unión, de disciplina, de fuerza y de empuje cuanto a ésta le faltaba. Uníanle e impulsábanle irresistiblemente el fervor de su nueva secta, el precepto de la guerra santa, capital en el islamismo, la costumbre de batallar y vencer, y el interés de encontrar en las ponderadas riquezas y delicias de España el premio de sus trabajos y proezas.

Funestos fueron para la España Visigoda los restos del paganismo y del arrianismo; funesta la prolija tolerancia con los Hebreos; funestas las disensiones de razas y de partidos, y no menos funestas la codicia del conde Julián y la ambición de los Witizanos. Porque, si a tamaña catástrofe contribuyó en gran manera el malvado conde Julián, que por ventura no nació en España, no contribuyeron menos los deudos e hijos de Witiza, que, aunque de origen extranjero, nacieron en nuestro país para su ruina y deshonor, a saber: Siseberto, que llevó inmediatamente su merecido; Oppas, que le sobrevivió algunos años para azote y afrenta de su nación; y los tres infantes Aquila, Olemundo y Ardabasto, que habiendo promovido y autorizado la invasión sarracénica, perdieron juntamente la patria y el poder tan codiciado. Así, pues, la traición innegable de los Witizanos, que algunos críticos al uso moderno disculparán tal vez, considerándola como ardid o delito político, hundió en aquella ocasión el trono y monarquía de los Visigodos; pues alentados los invasores con la grandeza de unos triunfos que debieron principalmente al apoyo de aquellos traidores, ya no aspiraron a menos que a la conquista y dominación de España.

Sin duda aquellos malos príncipes, como observa un célebre autor moderno³⁴⁰, no habían deseado ni previsto tan funesto resultado; pero la historia no puede menos de juzgarlos con gran severidad y confundirlos con el mismo anatema que al conde Julián; pues cegados por su ambición y egoísmo, precipitaron a España en su ruina, entregándola al yugo de un pueblo bárbaro, infiel y opresor. Y aunque la Providencia no permitió que ninguno de aquellos malvados llegase a reinar en nuestro país, ellos sacaron no escaso fruto de su delito, y a trueque de algunos bienes y honores continuaron sirviendo a los usurpadores de su patria. Ni cupo pequeña culpa en aquella ruina a los magnates y patricios, en su mayor parte de la raza visigótica, que, sorprendidos por aquel azote entre los deleites y honores de su vida descansada y fastuosa, y más dispuestos a terciar en las discordias civiles que a luchar contra los enemigos de su patria, abandonaron las ciudades a merced de los invasores. Es cierto que algunos de ellos huyeron a las montañas del Norte, y allí hicieron causa común con los restauradores de la monarquía; pero en su mayor parte, por no perder sus bienes y comodidades, regresaron a sus hogares, se sometieron con mayores o menores ventajas a

339 «Inter Gutí et Sarraceni fortiter per septem annos bellus inter illos discurrit»: Pasaje del [Cronicón Albeldense](#), citado por los señores Fernández Guerra y Saavedra.

340 M. Reinhart Dozy.

los conquistadores y al par con los príncipes de la casa de Witiza, atendieron más a granjearse el favor de los dominadores, que no a proteger a sus compatriotas.

Desastrosa fue, desde luego, para la sociedad y civilización de España la caída del reino visigodo: monarquía, Religión, propiedad, libertades y derechos civiles, todo fue atropellado y quebrantado en el principio por una gente bárbara, belicosa, ávida de esclavos, de riquezas y de dominación; pero sobre todo infiel, fanática y grande aborrecedora del cristianismo. La España casi entera se sometió a su imperio, y fue teatro de sus sacrilegios, sus crueldades, sus rapiñas, sus liviandades, sus devastaciones y sus guerras intestinas. Empero la Providencia, que reservaba a nuestra patria larga vida y gloriosos destinos, no quiso que pereciese o degenerase como otras naciones sometidas a semejantes pruebas, sino que se levantase con nuevos y mayores bríos para pelear esforzadamente las batallas de Dios y sostener a su Iglesia en las grandes persecuciones que habían de suscitarle los poderes del infierno. Pues por semejante manera esperamos que, en un plazo más o menos próximo, España ha de levantarse de su actual postración y decadencia, sacudiendo el ominoso yugo del liberalismo, que la inutiliza para toda empresa noble y generosa, y ofreciendo nuevamente refugio y amparo a la Religión católica en las grandes luchas y tribulaciones de la edad presente.

UN PRÓLOGO SOBRE EL ISLAM Y LA ESCLAVITUD³⁴¹

*Godofredo Kurth, La Cruz y la Media Luna,
traducción de A. R. Castroviejo. Granada 1895*

Hace ya algún tiempo que las miras de Europa se han fijado con especial interés en la exploración del misterioso continente africano, en la explotación de sus riquezas naturales y en la civilización de la degradada y miserable raza negra que puebla la mayor parte de su inmenso territorio. Grandes, costosos y harto laudables son los esfuerzos que, con tan elevados fines y sin duda con una misión que no todos comprenden, hacen la política, la ciencia y la fe europea; pero tales esfuerzos serían más provechosos y eficaces si no los desvirtuasen, ya la codicia, ya la herejía protestante³⁴², ya el liberalismo empeñado temerariamente en fundar estados ateos y sociedades incrédulas.

Mientras que Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica y Portugal se esfuerzan en conservar o aumentar sus dominios en África, y los misioneros católicos se sacrifican generosamente por labrar aquella parte inculta de la viña del Señor, sacándola del paganismo y la barbarie, una parte no pequeña del periodismo liberal, racionalista y corruptor, se complace en combatir y destruir, si tanto pudiese, la obra de los nuevos apóstoles, con ideas descabelladas y especiosos sofismas. Entre las quimeras y disparates que dicha prensa aborta cada día en su deplorable intemperancia y malicia, merece especial correctivo la idea que ha cundido de algún tiempo a esta parte entre los escritores de política colonial y que según hemos leído en un periódico, ha encontrado eco hasta en nuestra misma Sociedad de Geografía, ensalzando y ponderando el islamismo como un elemento eficaz para la civilización de los negros africanos.

Los que han incurrido en tamaña aberración muestran una ignorancia profunda en la historia del continente africano. Porque muchos siglos se cuentan ya desde que el islamismo y la raza árabe establecieron su dominación en el África septentrional y en una parte considerable de la ecuatorial; y en lugar de introducir en esas vastas regiones y desdichados pueblos los beneficios de la civilización, les han llevado la desolación y la ruina, según lo reconocen y confiesan los mismos escritores árabes, destruyendo la prosperidad y cultura importadas allí largamente por Griegos y Romanos, así en la edad gentílica como en la cristiana, y envileciendo, si no exterminando, a los naturales³⁴³. Mal podrá contribuir de hoy en adelante a la civilización de los negros africanos una creencia que la ha arrancado de gran parte de Asia y de África, sustituyéndola con estupenda

³⁴¹ El título es de esta edición digital.

³⁴² Sabido es que las intrigas de los protestantes, apoyadas por los agentes de la Compañía Inglesa, dieron motivo en 1889 a la sangrienta persecución sufrida por la reciente cristiandad de Uganda. Véanse los *Anales de la propagación de la fe*, n.º 384, Septiembre de 1892 y las cartas de Mgr. Livinhac, Vicario Apostólico del país de Victoria Nyanza, citadas por el Sr. Kurth en el opúsculo de que tratamos. Ni debemos omitir un dato muy importante, que el célebre explorador portugués Serpa hizo constar en la solemne sesión celebrada en Lisboa el 14 de Diciembre de 1886, al recibir de manos del rey las medallas de honor que le habían conferido la Sociedad Geográfica y la Asociación Comercial y referir su último viaje al África Oriental. Según leemos textualmente en el parte telegráfico de aquella sesión publicado por los periódicos, «el Sr. Serpa censuró duramente la conducta de los misioneros protestantes ingleses, enseñando al auditorio esposas de hierro adquiridas en Europa por dichos misioneros y las cuales fueron detenidas en la aduana portuguesa de la costa.»

³⁴³ Acerca del pueblo egipcio, envilecido por la degradante religión de Mahoma, véanse los mencionados *Anales*, número 348, año 1886.

barbarie y feroz tiranía; mal podrán cooperar a la emancipación de la raza negra, los Árabes y demás musulmanes que sólo piensan en esclavizarla.

Harto conocidos son los horrores de esa infame caza que priva de la libertad y de la vida a tantos millares de negros, arrancados de sus pacíficos hogares y arrastrados como bestias a remotos mercados³⁴⁴. Este cautiverio y tráfico son muy considerables en el África Occidental, y especialmente en el imperio marroquí, donde procedentes del Sudan, de Tombuctú y de otras regiones del interior, se venden al por mayor en las grandes ferias de Tenduf y Muza, produciendo una renta exorbitante para el tesoro del Sultán³⁴⁵, Pero su principal emporio está situado desde hace mucho tiempo en el África oriental y en la sultanía de Zanzíbar, donde la infeliz raza negra proporciona copioso pábulo a la rapacidad y ferocidad característica de los Árabes mahometanos. De ello tenemos datos recientes resumidos en el siguiente parte telegráfico expedido en Londres el 3 de Agosto último. Dice así:

«Los periódicos publican artículos comentando las noticias comunicadas por la Sociedad Antiesclavista acerca del tráfico negrero que se está haciendo en la costa oriental de África. La memoria de dicha sociedad contiene detalles horribles. En el interior de África se cautivan centenares de miles de hombres que son transportados a la Arabia, pereciendo la mayor parte de ellos a causa de las penalidades y fatigas del camino. Se calcula que de cada millar de esclavos capturados en el interior del continente sólo llegan a Zanzíbar 266, vendiéndose a un precio que varía de 200 a 500 pesetas.»

A este brevísimo resumen añade interesantes pormenores el siguiente relato que pocos días después (el 9 del mismo Agosto) hallamos en un periódico, y que por cierto es nada honroso al espíritu, más mercantil que humano, y altamente liberal de la gran república norteamericana. Helo aquí:

«El telégrafo ha dado cuenta de los horrores descubiertos por Mr. Donal de Mackenjie, comisario de la Sociedad Antiesclavista en el África Oriental. Pero aún son más graves los informes que ha comunicado a sus jefes de Roma un misionero jesuita, el P. Relaight. Da espanto saber cómo a fines del siglo XIX se sigue ejerciendo el llamado *negocio del ébano*, esto es, la venta de esclavos negros, y qué torturas sufren los infelices a quienes se trata peor que a bestias.

»Pembo es el centro principal de este comercio, y se da el caso de que hay armadores norteamericanos que se prestan a servir de ejecutores a los que organizan este negocio. A mediados de Junio llegó a Pembo una turba de esclavos, más de quinientos, conducida por una taifa de hombres armados. En aquella manada, que como si lo fuese de viles animales era conducida, había viejos que apenas podían andar y muchachas de quince a veinte años que iban cayéndose de hambre y de cansancio. En Pembo murieron 100 de los esclavos y se siguió con los demás, dejando en el camino un rastro de moribundos.

»¿Quien llevó a la costa este cargamento de desgraciados? Pues un barco norteamericano que se llama, irónicamente sin duda, *Libre América*. En las sentinas del *Libre América* iban los pobres esclavos, cuyo transporte se pagó a nueve chelines por cabeza, dándoles un solo rancho al día, rancho compuesto de vegetales medio podridos.»

Muchas páginas necesitaríamos llenar si intentásemos dar una idea suficiente de tales horrores que se cometen, no solo en África, sino en toda la extensión del mundo musulmán, sin excluir algunos territorios puestos bajo el protectorado de ciertas naciones europeas, menos cristianas que la nuestra.

344 Acerca de este inhumano comercio se hallarán copiosas noticias y pormenores, no solamente en dichos *Anales*, sino también en varios libros especiales y recientes, entre ellos el publicado hace un año por M. J. de la Tour, con el título de *L'esclavage en Afrique et la Croisade noire*.

345 Según el cálculo de un misionero de la Propaganda, el Tesoro imperial de Marruecos recauda anualmente por derechos de importación de estos esclavos más de 224.000 duros.

Hace pocos años leímos con referencia a los periódicos de Singapur la siguiente relación que pintan a lo vivo hasta donde llegan la crueldad y rapacidad de los Árabes y cuán poco aprovecha dicho protectorado a la población negra. He aquí un extracto de dichos periódicos.

«Denunciamos a la execración pública la inaudita ferocidad de los mercaderes de la isla de Lombock, que se halla bajo el protectorado de Holanda. Entre estos negreros el más cruel es sin duda el árabe Said Abdullah, cuya última hazaña es del tenor siguiente.

»Cuatro esclavos, dos hombres y dos mujeres, que se habían escapado de Lombock, fueron perseguidos; y una vez capturados se les condujo a presencia de su amo, el cual los encerró en un oscuro subterráneo de su casa para que se les torturase diariamente de un modo bárbaro e inconcebible. Dos Americanos, movidos a compasión por aquellos desgraciados, ofrecieron a Said Abdullah una respetable cantidad por su rescate; pero el Árabe se negó a ello diciendo que había condenado a muerte a los esclavos y que era preciso que pudiesen a toda costa.

»Después de haberles atormentado durante ocho días hizo llevar a los dos varones a la playa. Una vez allí dispuso que se les cortara la cabeza y que sus cadáveres fueran arrojados al mar. En cuanto a las dos esclavas, una de ellas, que estaba encinta, fue apaleada de tal modo, que llegó a perder el sentido. Acto continuo fue colgada de un árbol por los pies. A la otra le hizo cortar Saíd las orejas y la nariz, disponiendo que le frotasen las heridas con zumo de limón y tamarindo. El feroz negrero no se alejó del lugar del suplicio hasta que vio morir a la infeliz en medio de los más atroces tormentos.»

Mucha ceguedad se necesita para no ver tales hechos; y sin embargo en ella incurren muchos que presumen de doctos y de perspicaces, extraviados por el fanatismo político o por el racionalista, más ciego aún.

Del fanatismo político dan una deplorable muestra, los que consultando a los particulares intereses de su propia nación, quisieran impedir a todo trance el benéfico concurso que las demás naciones pudieran y debieran prestar a una empresa que ha menester el apoyo y generosa cooperación de muchas. Por lo mismo, creemos muy censurable la opinión sustentada por cierto escritor francés, llamado Mr. Polignac, en un folleto publicado hace poco tiempo en Argel, con el título de *Francia y el islamismo*, donde sostiene que la nación francesa debe aliarse con los musulmanes de África, incluso el sultán de Marruecos y el mismo Mahdí del Sudan, para contrarrestar el poder de los Ingleses en Egipto y quitar importancia a su posición de Gibraltar. Si tal hiciese Francia, si extremando su rivalidad con Inglaterra, adoptase en las cuestiones de África una política tan pesimista, frustraría la gran empresa iniciada por el ilustre Cardenal Lavignerie y renovarían con grave daño de la civilización cristiana aquellas infames alianzas que sus reyes concertaron con el Gran Turco y que tanto dificultaron los generosos esfuerzos del Pontificado y de la monarquía española.

No juzgamos lícito al escritor francés que así se expresa al censurar el egoísmo invasor de la nación británica; porque ni la religión cristiana, única fuente de verdadera civilización, ha ganado bastante terreno en África con la conquista de Argel por Francia³⁴⁶, ni la civilización ha perdido nada con la ocupación del Egipto por Inglaterra; y para abreviar, porque entre un francés como Mr. Polignac que propone la alianza de su nación con el Mahdi y un inglés como el general Gordon, que

346 Hace 65 años que la regencia de Argel cayó en manos de los Franceses, y al cabo de tanto tiempo el cristianismo no ha logrado penetrar entre la raza indígena; porque gracias a la política francesa, justamente censurada por el célebre abate Mr. Bargés en su *Aperçu historique sur l'Eglise d'Afrique*, «bajo pretexto de tolerancia y de libertad de conciencia, no se quiere que se le toque al islamismo.» Pero estos mismos Franceses, que no quieren lastimar a la morisma en sus creencias religiosas, no reparan en oprimirla y agraviarla en sus intereses materiales, despojándola injustamente de sus tierras y abrumándola con tributos insoportables. Así consta en varias publicaciones francesas, y especialmente en el libro titulado *L'Algerie, voyage de la delegation de la Commission Senatorial d'études des questions algeriennes par Henri Pensa*, París 1894.

se sacrifica luchando contra aquel enemigo del género humano, nuestra preferencia no puede ser dudosa³⁴⁷.

Pero si el fanatismo político y las antipatías internacionales tanto extravían a algunos estadistas modernos, mayor censura merecen los que a impulsos de la ignorancia o del fanatismo racionalista, pregonan y alaban el mahometismo como una fuerza civilizada que conviene fomentar y apoyar en África en beneficio de la raza negra. En vano, al sustentar semejante aberración, ponderan las maravillas que según ellos produjo en otro tiempo la civilización arábigo-muslímica, que hoy corre parejas con la barbarie; porque al discurrir así, o lo hacen de mala fe, ensalzando la religión de Mahoma para deprimir la de Jesucristo, o ignoran lo que es el islamismo en su doctrina, en su espíritu y en su historia. ¿Qué civilización es compatible con el refinado sensualismo musulmán, con la poligamia, con la esclavitud de un sexo, con la mutilación del otro y con la degradación de ambos? En los dominios del islam todo es materialismo, todo tiranía y servidumbre, así en la sociedad y en el estado como en la familia y en el hogar doméstico: nada de caridad ni de sacrificio voluntario, nada de perfeccionamiento moral, ni social ni intelectual; nada de verdadero progreso. Por lo cual si, llegado al siglo XIII de su ominosa existencia, el islamismo conserva todavía alguna parte de su antiguo poder material y aun hace prosélitos, bajo el concepto moral yace en una barbarie, que en algunas regiones raya en el salvajismo, como sucede en Marruecos.

Si en las sociedades musulmicas o mejor dicho, en los estados regidos por príncipes musulmanes, hubo ciertos periodos de prosperidad material, de esplendor científico, literario y artístico, este progreso según lo confiesan y afirman los mismos escritores mahometanos, fue obra de los mismos indígenas sometidos a su dominación; fue obra de los cristianos mozárabes de la Siria, de la Mesopotamia, de la Caldea, del Egipto y de la península española, los cuales bajo aquel yugo conservaron una buena parte de su antigua y rica cultura y la comunicaron a sus dominadores en cuanto fue compatible con el islamismo. Mas esta influencia exótica, contrariada por la ley alcoránica y por el espíritu bárbaro y feroz del pueblo árabe, apenas trascendió al orden moral y social, que en los periodos más brillantes de la dominación sarracénica fue un continuo desenfreno³⁴⁸; y desapareció rápidamente cuando vino a menos o se extinguió la raza indígena y la cultura arábigo-muslímica quedó reducida a sus propios elementos y recursos. Por lo tanto, el imperio arábigo-musulmán, que durante algún tiempo brilló con los despojos de las naciones más cultas de Oriente y de Occidente, y que tanto contribuyó a su miserable ruina, no posee actualmente, ni puede ofrecer elemento alguno de verdadera civilización a esas otras naciones degradadas que yacen aún en sombras de muerte.

Ni se imagine que al llegar nuestro siglo, los musulmanes han entrado en vías de progreso y mejorado de espíritu y condiciones al ponerse en contacto con la civilización europea. Contemplémoslos en la Turquía, en la Siria, en la Argelia y en la India, y veremos como en todas partes oponen una rémora invencible al progreso de nuestra adelantada cultura. Los Árabes, como gente tan apegada a sus ideas y costumbres, y en general todos los musulmanes, son hoy día lo que han sido siempre: altivos y tiranos, rapaces, crueles, disolutos, ingobernables, insociables y opresores de los demás pueblos, de cuyo despojo se mantienen; pero especialmente en el continente africano y en la infeliz raza negra están cumpliendo una misión harto funesta de corrupción, de esclavitud y de exterminio. Así lo prueban y evidencian numerosas relaciones y testimonios contestes de viajeros, ya católicos, ya protestantes y racionalistas.

Entre otros, un misionero inglés que ha visitado gran parte del África oriental, central y meridional y ha escrito una obra sobre la gramática comparada de los idiomas hablados en aquellas

347 A este propósito se hallarán algunas observaciones muy interesantes en el opúsculo del Sr. Kurth, página 72 de esta edición y párrafo que empieza: «Cuando, no hace muchos años, el Mahdi extendió sus fanáticos batallones por el Sudán...»

348 Así consta por muchos documentos históricos, y especialmente por los que se conservan de la España musulmana.

regiones³⁴⁹, el P. Torrend, de la Compañía de Jesús, escribe a nuestro propósito lo siguiente: «Uno de los hechos menos disputables de la historia es que los musulmanes, por donde quiera que han pasado han hecho retroceder a la civilización en lugar de adelantarla. Al musulmán dos cosas le interesan principalmente: el desierto y las mujeres. Cuando no encuentra delante de sí el desierto, él lo hace. Cuando le faltan las mujeres, él lo lleva todo a sangre y fuego para llenar su serrallo. Con semejantes instintos, ¿cómo podría hacer progresar la civilización? Las experiencias de mi mansión en África me han convencido de que en materia de verdadera civilización, los musulmanes son inferiores a los mismos Cafres. Cuando un negro del África Oriental se hace mahometano, jamás es para volverse mejor, sino al contrario, para hacerse más arrogante, más sanguinario, más disoluto y en una palabra, más olvidadizo de los derechos de sus semejantes.»

Conviene en este punto un escritor protestante muy reputado y competente en la materia, Mr. Reinhart Dozy, el cual en el capítulo último de su Ensayo sobre la historia del islamismo³⁵⁰ confiesa que si esta creencia gana terreno en el interior del continente africano, no es para bien y cultura, sino para mayor barbarie y depravación de los mismos negros; pues según afirman los raros viajeros europeos que han penetrado en el África Central, han encontrado más cordialidad y buena voluntad entre las poblaciones paganas que entre las que profesan el mahometismo.

De esta depravación, debida a la perniciosa influencia musulímica, podemos presentar numerosos ejemplos y datos tomados de documentos fidedignos; pero baste a nuestro propósito y en interés de la brevedad, recordar lo que refieren de los Wanguanas y de Ujiji. Son los Wanguanas una gran tribu o nación de negros convertidos al islamismo, y hoy bandidos feroces que ayudan eficazmente a los Árabes procedentes de Zanzíbar en la persecución y caza de los demás negros.

En cuanto a Ujiji, es una población situada al S. del alto Congo y en la región de los grandes lagos, sobre las orillas del Niyanza, donde los musulmanes han establecido un gran emporio de su inhumano comercio. «Ujiji —escribe un misionero francés, el R. P. Guillemé, en carta dirigida desde Kibauga al R. P. Deguerry, superior de los misioneros de Argel³⁵¹— es el centro árabe más populoso del Tanganyica por reunirse aquí todas las caravanas de esclavos cogidos en el interior y conducidos a Zanzíbar. Este es también el punto de cita de todos los bandidos Wanguanas musulmanes para concertar entre ellos en qué paraje o país han de hacer sus razias. De aquí parten, en fin, todas las bandas de brigantes que inundan ahora el Manyema y que aniquilarán a la larga este país ayer tan poblado. Verdadera Sodoma, esta villa es el teatro de todos los crímenes, de todas las liviandades, de todos los vicios y de todos los horrores. ¡Qué día tan nefasto para el África aquel en que los musulmanes pusieron los pies en el interior! Con ellos penetraron su religión inmoral, sus vicios y sus enfermedades contagiosas no conocidas hasta entonces entre los negros.»

Cuando el P. Guillemé visitó a Ujiji en 1887, para rescatar algunos indígenas de su misión que habían vuelto a caer en manos de los musulmanes, aquel odioso tráfico estaba en su apogeo, y la villa inundada literalmente de caravanas de esclavos llegadas de varias regiones comarcas, cuyos esclavos se vendían a un precio vil por razón de su muchedumbre; pero casi todos se hallaban extenuados de fatiga, de miseria y principalmente de hambre, pareciendo esqueletos vivos y sucumbiendo innumerables.

Tal es en brevísimo resumen la obra que los Árabes y demás mahometanos llevan a cabo actualmente en el África negra y la que han cumplido siempre en todos los países sojuzgados por sus armas: cazar a porfía esclavos de ambos sexos que suplan al efecto de su extremada pereza y

349 Titúlase *A comparative grammar of the South African Bantu languages... comprising these of Zanzibar, Mozambique, the Zambezi, Kafirland, Benguela, Angola, the Congo, the Ogowa, the Camorons, the Lake región, etc.*, by J. Torrend, S. J. Londres, 1891.

350 *Essai sur l'histoire de l'islamisme* traduit du hollandais par Victor Chauvin, professeur a l'Université de Liège. Leiden, 1879, página 522.

351 Esta carta, inserta en los citados *Anales de la propagación de la fe*, n.º 361, Noviembre de 1888, lleva la fecha de Diciembre del año anterior.

satisfangan su sensualidad, permitiéndoles llevar una vida muelle y regalona; y tal es la obra corruptora y tiránica que la sofistería europea honra con el pomposo nombre de civilización, dificultando así los heroicos esfuerzos que hacen los misioneros católicos para emancipar de la barbarie y de la esclavitud a aquellos infelices naturales³⁵².

Merced a este apoyo y a las miras interesadas con que la mayor parte de los gobiernos europeos proceden en la cuestión de que tratamos, los musulmanes continúan sus irrupciones de propaganda y de cautividad, imponiendo su secta y su yugo a muchas tribus del Congo y de los territorios limítrofes, penetrando hasta el Dahomey³⁵³, destruyendo más de una misión europea³⁵⁴ y ganando de este modo en África el terreno que han perdido en otras partes del mundo.

Si bien se mira, este es el lado más grave de la cuestión de África que tanto preocupa a las potencias europeas, y que tanto interesa a nuestra nación; porque de afirmarse y arraigarse el islamismo en aquellas regiones, ni es fácil el conquistarlas, ni aun cuando se conquistasen, podría penetrar en ellas la civilización cristiana y europea. Y por lo que especialmente toca a los derechos y aspiraciones de España, no olvidemos que en los pasados siglos la propaganda musulímica entre los Bereberes y negros de África atrajo sobre nosotros aquellas tremendas irrupciones de Almorávides, Almohades y Benimerines que tanto retardaron el progreso de nuestra restauración.

Yerran igualmente los que juzgan al islamismo como ya moribundo e impotente y los que lo juzgan como un mal menor y como un remedio útil, aunque transitorio, que conviene oponer a la barbarie negra. Para corregir ambas aberraciones, no se necesita acudir a las relaciones de los misioneros católicos, los cuales lamentan naturalmente los grandes obstáculos que les opone el islamismo en su gran empresa de cristianizar y civilizar el África; basta acudir a las publicaciones de diferentes viajeros, políticos y orientistas. Entre otros, un escritor francés, cuyas opiniones políticas y religiosas ignoramos, Mr. A. de Chatelier, en su libro titulado *L'islam au XIX siècle*, afirma que el movimiento de renovación y de propaganda, que hoy realiza el mundo musulmán en Asia, y sobre todo en África, ofrece un peligro grave para los intereses del mundo civilizado. Y otro escritor también francés, el comandante Grandin, al relatar los heroicos esfuerzos que los misioneros católicos y las armas de su país, capitaneadas por el valeroso general Dodds, han hecho por introducir la fe cristiana y la cultura europea entre los feroces negros de Dahomey, cita por vía de epígrafe la siguiente frase de un gobernador inglés de Lagos (en la Nigricia marítima): «Si el África puede ser conquistada, esta conquista ha de ser obra de la Iglesia Católica.»³⁵⁵

Mas quien ha tratado esta cuestión con la detención y lucidez que se merece, estudiándola con gran caudal de erudición y filosofía, es el insigne escritor belga y egregio profesor de la Universidad de Lieja, Mr. Godofredo Kurth en el interesante y luminoso opúsculo, objeto de este prólogo. El Sr. Kurth, sabio eminente y fervorosamente católico, como lo ha probado en otras publicaciones de grande importancia³⁵⁶ y muy entusiasta por la grandiosa y apostólica empresa

352 Actualmente hay en África dos arzobispos, 12 obispos, 33 vicariatos o prefecturas apostólicas, más de 1.000 sacerdotes, y un número considerable de escuelas, seminarios y asilos de huérfanos. Así consta en la curiosa y consoladora estadística de las misiones católicas en África, presentada por el cardenal Lavigerie a Mr. Sadí Carnet, Presidente a la sazón de la república francesa, y que con otros datos muy interesantes se encuentra en un artículo del P. Alarcón, S. J. publicado en el *Mensajero del S. Corazón de Jesús* en Diciembre de 1894 con el título de *Las nuevas cristiandades del África*.

353 Acerca de este punto merecen consulta los citados *Anales*, n.º 390, Septiembre de 1893 y el interesante libro publicado recientemente por Mr. Grandin con el título de *A la assault du pays de Noirs.—Le Dahomey*, París 1895, 2 tomos en 8.º

354 Entre ellas, la ya referida de Uganda y la de Pugú, establecida en Zanguebar por Benedictinos de Baviera y destruida por los Árabes, como puede verse en los citados *Anales* número 368 (Septiembre de 1886) y número 365 (Julio de 1889).

355 Tomamos estos datos de un artículo crítico, publicado sobre el mencionado libro del comandante francés Mr. Grandin en la parte literaria de la excelente revista titulada *Polybiblion*, número de Marzo de 1895.

356 Entre ellas, las tituladas *Philippe II, roy d'Espagne* y *Les origines de la civilisation moderne*.

acometida por el inolvidable Cardenal Lavigerie, se ha mostrado en este opúsculo digno hijo de la Bélgica católica, cuyo monarca, como escribe con razón otro belga ilustre³⁵⁷, tuvo un pensamiento generoso, feliz y magnífico, al concebir el glorioso proyecto, de civilizar el África Central, fundando el estado libre del Congo.

En este opúsculo se hallará un cuadro interesante y completo de la gran lucha de trece siglos que el cristianismo se ha visto precisado a sostener contra el islamismo, que como dice muy bien el S. Kurth, es una religión de conquistadores y no de apóstoles, cuyo principal instrumento de propaganda es el sable, cuyos héroes no son mártires, sino soldados sedientos de sangre, y cuyos únicos misioneros y propagadores son los negreros. Arrojado de Europa por los esfuerzos de muchos Papas y de algunos reyes, en su mayor parte españoles, se ha extendido nuevamente por el África, y desde la sultanía de Zanzíbar, no cesa de penetrar en aquel continente, precedido de hordas matadoras que se ocupan en la caza de los hombres.

Resulta de este escrito y de otros muchos documentos que podríamos alegar al mismo propósito, si dispusiéramos del espacio y tiempo necesarios, que mientras la Iglesia Católica, fiel a su misión salvadora, se apresura a propagar su fe y civilización entre la raza negra, el enemigo del humano linaje trabaja activamente para impedirlo; y para su obra de perdición se vale juntamente de los musulmanes y de los sofistas europeos que, animados de un odio común a la religión de Jesucristo, ensalzan la de Mahoma y le atribuyen virtud civilizadora. Y por que tan pernicioso sofisma y tan censurable aberración han tenido algún eco en nuestro país, importa mucho que demos una voz de alarma y reconozcamos con el Sr. Kurth que el lábaro de la Cruz se encuentra de nuevo frente al estandarte de la Media-Luna y que va a renovarse irremediablemente la lucha entre el islamismo, que necesita de la esclavitud para sostener su tiranía y su sensualismo, y la Iglesia Católica, que constituida por su Divino Fundador en maestra, libertadora y salvadora de las naciones, no puede renunciar a su obligación sagrada de arrancar a los pobres negros del yugo a que los someten sus feroces verdugos. Reciba, pues el sabio profesor belga los homenajes de nuestro más cumplido elogio por el alto fin que ha inspirado su hermoso opúsculo y juntamente el de nuestra gratitud por la justicia que como buen católico ha sabido hacer a nuestra España, llamándola la nación de la cruzada perpetua y reconociendo lo mucho que ha trabajado por el progreso de la civilización cristiana.

También debemos un cordial aplauso al ilustrado y laborioso joven D. Amando Castroviejo, distinguido alumno de esta Universidad por la esmerada traducción de este opúsculo, que ha tenido la bondad de hacer a nuestro ruego sobre la 2.^a edición (Lieja, 1890).

Granada, Septiembre de 1895.

Francisco Javier Simonet

357 El R. P. Victor Van Tricht, S. J. en Su bella conferencia familiar titulada *En África*, y publicada en el *Mensajero del S. Corazón de Jesús*, Junio y Julio de 1894.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 561 Godefroid Kurth, *¿Qué es la Edad Media? y otros artículos polémicos*
- 560 Juan Valera, *Sobre el concepto que hoy se forma de España y otros artículos*
- 559 Ramón del Valle-Inclán, *Visión estelar de un momento de guerra*
- 558 Hans Holbein el Joven, *Danza de la Muerte*
- 557 Megástenes, *La India (fragmentos)*
- 556 Beroso, *Babilonia (fragmentos) seguido del Falso Beroso de Annio de Viterbo*
- 555 Leonor López de Córdoba, *Memorias (1368-1412)*
- 554 Herrada de Lansberg, *Hortus deliciarum. Calcos de las miniaturas*
- 553 Augustin Cochin, *Las sociedades de pensamiento y la democracia en la revolución francesa*
- 552 Manetón, *Historia de Egipto (fragmentos)*
- 551 Horace Greeley, *La Administración Lincoln y la Guerra Civil (1860-1865)*
- 550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiabolucionista de 1860*
- 549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
- 548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
- 547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
- 546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
- 545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
- 544 *La epopeya de Gilgamesh*
- 543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
- 542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
- 541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*
- 540 Havelock Ellis, *El alma de España*
- 539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
- 538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
- 537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
- 536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
- 535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
- 534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
- 533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
- 532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
- 531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
- 530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
- 529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
- 528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
- 527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
- 526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
- 525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
- 524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
- 523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
- 522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
- 521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos (2 tomos)*
- 520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
- 519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
- 518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanese del siglo XVII*
- 517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*

- 516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
 515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
 514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
 513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
 512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
 511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
 510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
 509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
 508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Herald*
 507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
 506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
 505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
 504 Juan Moneva y Puyol, *Política de represión y otros textos*
 503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
 502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
 501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
 500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
 499 Pere M. Rossell, *La Raza*
 498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
 497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
 496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
 495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
 494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscritos*
 493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política... y otros textos*
 492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
 491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
 478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*

- 466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y otros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
 444 Publilio Siro, *Sentencias*
 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
 427 Georges Desdévise du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*
 424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
 420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*

- 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
 410 Tertuliano, *Apologético*
 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
 404 Ángel Pulido, *Espanoles sin patria y la reza sefardí*
 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
 402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532 (2 tomos)*
 399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes (2 tomos)*
 395 *Los españoles pintados por sí mismos (3 tomos)*
 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine (13 tomos)*
 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*

- 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardidés de que se sirven los extranjeros...*
 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
 353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
 347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
 330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
 323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II (4 tomos)*
 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*

- 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
- 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
- 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
- 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
- 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
- 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
- 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
- 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
- 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
- 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
- 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
- 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
- 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
- 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
- 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg (3 tomos)*
- 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
- 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
- 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
- 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
- 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
- 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra... (1793-1795)*
- 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
- 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
- 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
- 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
- 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
- 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
- 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
- 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
- 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
- 286 Miguel Serví († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
- 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
- 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
- 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
- 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
- 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
- 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
- 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
- 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
- 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
- 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
- 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
- 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
- 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
- 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
- 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
- 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
- 269 Homero, *La Odisea*
- 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
- 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*

- 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
- 265 Homero, *La Ilíada*
- 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
- 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
- 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
- 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
- 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
- 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
- 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
- 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
- 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
- 255 Álvarez Núñez Cabeza de Vaca, *Naufraios y Comentarios*
- 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
- 253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934*
- 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
- 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
- 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
- 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
- 248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
- 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
- 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
- 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
- 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
- 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
- 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
- 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
- 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
- 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
- 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
- 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
- 236 Platón, *Las Leyes*
- 235 Baltasar Gracián, *El Político Don Fernando el Católico*
- 234 León XIII, *Rerum Novarum*
- 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
- 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguae latinæ exercitatio*
- 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
- 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
- 229 *Concilio III de Toledo*
- 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
- 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
- 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
- 225 José Echegaray, *Recuerdos*
- 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
- 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
- 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
- 221 *El Corán*
- 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
- 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
- 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*

- 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
 215 *Textos de Historia de España*
 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
 190 Tomás Moro, *Utopía*
 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
 187 Cayo Velejo Patérculo, *Historia Romana*
 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
 179 Platón, *La república*
 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
 173 Aristóteles, *La política*
 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*

- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España. Versión de Hinojosa*
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*

- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus (de Al-Bayan al-Mughrib)*
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*

- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida* (1868-1912)
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupericio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclaro, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*

- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)